

UNIVERSIDAD



MENSUAL DE CULTURA POPULAR

SEPTIEMBRE

1937

•

MEXICO

UNIVERSIDAD

MENSUAL DE CULTURA POPULAR

DIRECTOR: ABOG. MIGUEL N. LIRA

ESTA REVISTA CONSTITUYE UNA DE LAS PUBLICACIONES DEL DEPARTAMENTO DE ACCION SOCIAL Y
SE EDITA BAJO LA DEPENDENCIA DE LA JEFATURA DEL PROPIO DEPARTAMENTO

REGISTRADA COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE CON FECHA 12 DE ENERO DE 1937

O F I C I N A S : B O L I V I A 17. M E X I C O , D. F

S U M A R I O

El Progreso,

JOSE VASCONCELOS.

La Gracia en las Adolescentes,

ANIBAL PONCE.

Los Problemas Estructurales de la Enseñanza en el Pe-
riodo de la Cultura General,

RAFAEL ALTAMIRA.

Prólogo de "Mala Yerba",

J. M. GONZALEZ DE MENDOZA.

El Estado de Michoacán,

SALVADOR PINEDA.

Guglielmo Ferrero,

DR. JOSE SILVA.

Diálogo con José Moreno Villa,

RAFAEL HELIODORO VALLE.

"El Calvario" de la ciudad de Cuernavaca,

ING. ENRIQUE A. CERVANTES.

Los Tres Directores del Ciclo Musical,

GABRIEL SALDIVAR.

La Propiedad Territorial en las Encomiendas de Indios,

SILVIO ZAVALA.

Clave del Idioma Mexicano,

ALFONSO TEJA ZABRE.

La Obra Literaria de Amado Nervo,

ABOG. FIDEL SILVA.

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS.

NUESTRO CANJE.

ANTE LOS LIBROS RECIENTES.

IMAGENES.—GALERIA DE ARTE.

El Heroísmo Español,

AZORIN.

Debilidad de la Violencia,

LUIS DE ZULUETA.

Descartes y el Mundo Moderno,

JACQUES CHEVALIER.

Biografía de Leopardi,

JULIETTE BERTRAND.

Meditación del Impedido,

FRANCISCO ICHASO.

La Poesía de Heredia en su Centenario,

JOSE MARIA CHACON Y CALVO.

Chirico el Inventor,

EMILIA PRIETO.

Fuera de Texto: Suplemento Musical:

¡Levántate!—ANTONIO GOMEZANDA.

S E P T I E M B R E

N U M E R O 20 T O M O I V

UNIVERSIDAD NACIONAL.-JUSTO SIERRA 16. MEXICO, D. F.

Rector: Abog. LUIS CHICO GOERNE

Oficial Mayor: Abog. JUAN JOSE BREMER

Jefe del Departamento de Acción Social: Abog. SALVADOR AZUELA

Tesorero: ALFONSO E. BRAVO.

EL PROGRESO

P o r J O S E V A S C O N C E L O S

HAY en la intuición del progreso un profundo instinto vital anterior a la zoología y que se manifiesta en el grano, cuyo desarrollo hacia adelante no sabe lo que serán las hojas y el fruto. En esencia, progreso es consumación de proceso y en ello reside su fuerza y su certidumbre. Pero se cae en el error o por lo menos en la duda, en el instante en que se generaliza la idea del progreso y se le supone indefinido y continuo. Pues la naturaleza, lejos de revelarnos la continuidad de sus procesos, nos los muestra alternados, combinados en ciclos cerrados, repartidos en especies y etapas.

En la teoría providencialista de la historia—Bossuet y Daniel—se revela el elemento de indeterminación que la ciencia moderna vuelve a reconocer en la naturaleza. La idea del progreso continuo, aplicado al desarrollo social, es una consecuencia de los falsos conceptos científicos del Renacimiento y el materialismo posterior. Vico supone el progreso indefinido cuando afirma su tesis de los tres períodos de la civilización: el salvajismo dominado por la sensibilidad sin inteligencia; la barbarie en que predomina la imaginación y produce genios como Homero y el Dante, y por último, la civilización que produce, con el concepto de la ciencia, la idea de que el Estado ha de gobernarse por leyes. Lo que condujo a Vico a declarar que el Imperio Romano era el modelo de la civilización. En la decadencia de éste la barbarie reemplazó a la civilización, y del caos volvieron a nacer, la poesía y el pensamiento. Y cosa análoga ocurriría en política; la barbarie engendra jefes que se convierten en aristocracia; la tiranía y el exclusivismo provocan la revolución, de la cual nace la democracia. Se ve destruída ésta cuando baja el nivel de los jefes y sobreviene el desorden, con lo que se retorna a la barbarie. En cierto modo, cae Vico en la doctrina de los ciclos más bien que en la idea del progreso indefinido. Por su parte Voltaire, que no tenía otra ocupación que el anticlericalismo y era inca-

paz de pensamiento filosófico universal y coordinado, imaginaba que en vez de la Providencia era el Azar el dueño de los acontecimientos. Y fue Condorcet, el enciclopedista y precursor del materialismo de pretensiones científicas, quien generalizó y volvió abstracto, creó el mito del progreso indefinido, nada más por que sí, y por el simple transcurso del acontecer en el tiempo.

A partir de Condorcet y coincidiendo con la boga de la filosofía materialista científica, la idea del progreso toma formas diversas. Montesquieu atiende a las causas secundarias de la historia, como las costumbres, el clima, la raza, la geografía; Carlyle atribuye el progreso a la acción de los grandes hombres, los héroes, y Buckle fija la atención en los efectos del saber humano acumulado; Ratzel insiste en la influencia predominante del medio geográfico; Ostwald identifica la civilización con el desarrollo de la técnica y Gobineau adopta la tesis de la raza como factor decisivo del éxito de las naciones. El tema de Comte: "era religiosa, era metafísica y era materialista" lo invierto yo poniendo al principio en la zona salvaje, el sensualismo ilimitado que halla aún a Dios, en la piedra y el Totem; la era racional que es la de los Estados organizados conforme a las leyes, y en general la civilización y la era estética que crea la cultura y ve nacer los grandes artistas, los filósofos, los grandes visionarios y creadores, definidores de la religión.

¿Quién tiene razón? Todos y ninguno. Cada pensador mira un aspecto de la verdad, y cada uno encuentra hechos en qué fundar su hallazgo. No hay nada más plegadizo y abundante que los hechos. Por eso lo más importante y lo decisivo en cada ciencia es el criterio. Y la verdad total sólo se daría a un criterio, no sólo amplio y vastísimo, sino también organizado, no según los cuadros de la inteligencia, sino conforme a los ritmos de la vida. En definitiva, el criterio que llamamos hoy estético y no es otro que el viejo criterio que ha creado los mitos, la filosofía y las religiones.

El filósofo francés Tarde, habló de tres factores: genio, momento, medio. Siendo éstos rara vez coincidentes, no puede el progreso ser continuo. La aparición del genio es casual y cada vez, la multitud de los mediocres, se interpone entre el genio y los humildes, y lo que debía ser progreso se queda en categoría de sueño. Una de las más peligrosas seducciones del materialismo pseudocientífico es la que hizo creer a las masas en la posibilidad de su mejoramiento por simple acción colectiva, dirigida por uno cualquiera de ellos, con exclusión de los mejores. Privada de cabezas, la multitud ha caído en la servidumbre y la desilusión, después de los ensayos y las hecatombes, y hoy, el pensa-

dor se pregunta, si tiene razón, por encima de los soñadores del progreso indefinido, la autoridad de Aristóteles, que junto con la mayoría de los griegos, sostuvo que: "las artes y las ciencias se han inventado y perdido un sin número de veces". El libro de Spengler, que comprueba esto mismo, en más de un millar de páginas brillantes, pesa hoy como un anatema sobre la conciencia de las naciones. Toda cultura, afirma Spengler, pasa por los tres períodos inevitables de infancia, madurez y decadencia. La tesis indicada hace extensiva a la sociedad, las fatalidades del individuo biológico y las especies. Considerando que hoy, todos los procesos se ven acelerados, el ciclo triple de cada pueblo debería cerrarse, rápidamente, de ser exacta la hipótesis. En el caso de los Estados Unidos, vemos cumplirse los tres períodos con rapidez singular. Pero todavía está por ver si de la actual crisis moral y económica, esta nación, que conserva latentes todos sus gérmenes cristianos, sale renovada o se condena. Lo más probable es que le ocurra lo que a Francia y a Inglaterra, a España y Alemania, y a la misma Italia, lo que ocurre a todas las naciones cristianas desde que se formaron, o sea que periódicamente la fuerza moral que en ellas guarda el espíritu, permite avatares y saltos, que no son el efecto de una acumulación de saber, como suponía Buckle, sino de la semilla eterna que reside en la observancia del Evangelio. La ley del progreso es, ya lo apunté en mi *Ética*, que las naciones suben o bajan en su trayectoria histórica, según que se apegan o se alejan de la moral revelada. Se disolvieron las naciones de la antigüedad, sin dejar sucesión, porque les hizo falta el agua de vida del espíritu; sus civilizaciones estaban subordinadas al factor material, y éste no resucita, se precipita en descenso hacia el caos originario y nada más. Así se producen las ruinas que no se levantan, como las del Imperio Romano o las de la China de los Tang. La sociedad cristiana, en cambio, es una sucesión de primaveras; la Italia del Cuatrocento, la Italia del Renacimiento; la Italia del Risorgimento; la Italia contemporánea, y desde hace casi dos mil años eso mismo pueden decir Francia e Inglaterra y España.

En los Estados Unidos ya se hace sentir la reacción hacia los viejos valores de familia, propiedad individual y libertad política. Lo que por supuesto no significa que van a volver a dominar los trusts o a mandar los banqueros. Al contrario, una sociedad sin banqueros, porque el crédito será función del Estado, llegará más pronto a la pureza de costumbres y a libertar. Veremos la caída del capitalismo, pero no la caída de la vieja moral. En todo caso, el capitalismo corrompió el hogar, no lo fundó, y no tiene derecho ahora de gritar al lobo, si el lobo de las reivindicaciones sabe tener cabeza y no se lanza como en Rusia contra las conquistas esenciales de la cultura. La verdadera revolución contemporánea será la que reforme la economía, la adapte a las ne-

cesidades nuevas, a la vez que ponga camisa de fuerza a los agitadores profesionales.

No existe el progreso ciego, la acumulación de cantidades que imaginaba el autor del "Esquisse d'un Tableau des Progres de L'Esprit".

El futuro llegará vacío a manos de las generaciones venideras, si no sabemos colmar el presente de gérmenes. Abandonados a sí mismos los sucesos, no saben sino desmerecer. La perduración es obra de un afán constante, y la superación requiere el esfuerzo extraordinario, periódico. Y esto es el genio, encarnación del milagro de las súbitas, poderosas y apasionadas exaltaciones de uno cualquiera de los aspectos de la tarea de la humanidad.

Y cada era contribuye al progreso, o más bien dicho, a la realización irregular de la historia, consumando aquellas tareas que son la posibilidad del momento. Así la técnica se desarrolla victoriosa en el siglo diecinueve, gracias a la máquina de vapor, y los motores de hélice. La nueva técnica creó una situación desconocida por la antigüedad, pero que era exigencia derivada del descubrimiento del Nuevo Mundo. Al descubrirse la totalidad de la tierra, surgió el problema de establecer comunicaciones eficaces entre los diversos y distantes territorios. Al mundo antiguo le bastaron el caballo y el carro; la era moderna habría sido imposible sin el motor y la electricidad. A la vez ha disminuído el peligro de una desaparición total de la cultura por lo mismo que hoy se halla repartida entre naciones diversas y zonas lejanas. Los secretos de la ciencia y los archivos de la sabiduría ya no están a merced de un Omar. Tendría que ser quemado todo el mundo civilizado para que desapareciese la letra del Evangelio o los cálculos que sirven para construir el navío más pesado que el aire. Catástrofe universal semejante no es imposible, pero si es más remota, que el caso parcial de la disolución de la cultura en un pueblo que no deja herederos, tal como ocurría en la antigüedad.

Y si como dijimos al principio, la idea de progreso supone un fin y un término; el grano que evoluciona hacia el fruto, que a su vez derramará granos, resulta evidente que la idea de un progreso indefinido y simplemente cuantitativo es absurda. Los brotes del grano son contingentes. Y todo proceso lleva en potencia la imagen del fin que persigue, o no es acción natural, ni humana. Y en definitiva el límite de todo lo que se mueve y aspira es absoluto. El Dios que se está haciendo, de ciertos teóricos superficiales, ebrios de devenir es un disparate; pero el Dios de siempre, el Dios eterno y absoluto, es una necesidad del mundo, de la mente y del corazón.

LA GRACIA EN LAS ADOLESCENTES

LA preocupación por la belleza física, común en un principio a los dos sexos, va tomando a medida que la adolescencia empieza a convertirse en juventud, un papel cada vez más secundario en el varón, y una importancia cada vez más acentuada en la mujer. Aunque rápidamente sofocada por preocupaciones de otro orden en las que el adolescente descubre una afirmación de más auténtica varonía, el cuidado exagerado de la propia persona indica no sólo un temor excesivo del juicio ajeno, sino también una de esas fases equívocas del desarrollo masculino en que el despertar del sexo bastardo pone algunos rasgos ambiguos de doncellez en el varón. Es la edad intersexual del tontolín, para el cual es un problema pavoroso la elección de una corbata y en la cual asume proporciones de tragedia el hecho según parece, imperdonable, de que la plancha traidora haya insinuado una raya de más en la pernera del pantalón. (1)

En contra de lo que tal vez pudiera suponerse, ese cuidado de la propia persona no es privativo del adolescente que será toda su vida un "presumido". Aun en aquellos en los cuales el despertar precoz de la inteligencia les ha introducido muy temprano en el mundo más noble de las preocupaciones superiores, un rastro innegable de feminidad les hace suspirar por un rostro más hermoso, un perfil más noble, una estatura de acuerdo con el ideal. De las confesiones autobiográficas de Papini, tantas veces citadas, transcribo este párrafo ciertamente doloroso: "Yo era feo y estaba mal vestido. Con el rostro pálido tenía el aspecto severo del descontento: sentía que nadie me amaba y que nadie podía amarme. El que me miraba me despreciaba al pasar con todo su ser; algunos se daban vuelta para echar un vistazo al solitario que acababa de desaparecer y se burlaban. Las jóvenes hermosas, sobre todo, de trajes blancos y rojos, de rostro moreno y de dientes brillantes, eran especialmente las más crueles: a menudo yo escuchaba a mis espaldas sus risas sonoras. Tal vez no era de mí de quien reían; pero en esos momentos yo estaba seguro y lo sufría". Y en la página siguiente, al contar cómo se erguía contra el destino, agrega las palabras que se decía a sí mismo: "Soy

P o r

A N I B A L P O N C E

pequeño, feo y pobre, pero tengo un alma, y esa alma lanzará tales gritos que todo el mundo tendrá que mirarme y escucharme. Yo haré, crearé, seré más grande que los grandes, mientras los demás continuarán comiendo, durmiendo, paseándose como hoy... Cuando yo pase, en cambio, todos me contemplarán, las hermosas tendrán una mirada para mí, las jóvenes burlo-nas me tomarán las manos, y los hombres serios se descubrirán respetuosamente, teniendo muy en alto su sombrero, cuando sea yo el que pase, yo el gran hombre, el genio, el héroe. Y al decir así, levantaba la cabeza, mi pecho se dilataba y mis ojos miraban con odio y con orgullo los rostros que desfilaban a mi lado. Me sentía otro hombre, y quizá en ese momento llegaba a parecer hermoso". (2)

Si esto sucede en la adolescencia de un hombre de talento ¿qué decir de lo que ocurre en la intimidad de las adolescentes, que convencidas como están que la belleza es el fin supremo de la vida e incapaces de encontrar en la gloria intelectual una compensación a las desgracias físicas? "Ninguna mujer sería capaz de encontrar en su inteligencia un consuelo a su fealdad —escribía Maria Leneru a los dieciocho años—; la inteligencia debe ser una belleza física: es mediocre si no va hasta ahí... Preferiría siempre ser inimitable por la manera de llevar un modelo de Chevert que por todo el talento y la fealdad de Madame Stael y George Elliot". (3)

La preocupación de la belleza y del adorno, con ser extraordinariamente interesante, no constituye; sin embargo, el problema que hoy vamos a estudiar y a resolver. He escogido dentro del cuadro amplísimo, un sector reducido, estrecho, casi minúsculo, pero que nos va a permitir acompañar las transformaciones de un fenómeno de naturaleza elemental y casi fisiológico que muchas veces hemos señalado en los comienzos de la

(2) Papini, *Un Homme fini*, pág. 35. Lo mismo en Tolstoi *adolescente*; ver Ossip-Lourie, Tolstoi, pág. 6, editor Larousse. París, sin fecha.

(3) Leneru, *Journal*, tomo I, págs. 19 y 49.

(1) Mendousse, *L'Âme de l'adolescent*, pág. 87.

adolescencia. Me refiero a la incoordinación de los movimientos, tan evidente como la incoordinación de la personalidad, a través de la cual pudimos ver el impresionante desorden con el cual se inicia la evolución adolescente. Desde el desorden de los comienzos ¿cómo se han ido formando los automatismos necesarios hasta llegar a esa gracia en los movimientos que hace de la adolescente una noble expresión de la belleza? Problema complicado en su aparente sencillez y que explica el interés con que lo abordaron, cada cual a su modo, desde Spencer a Guyau, desde Souriau a Marguery.

* * *

Si con la intención de marcar un punto de referencia y de partida, volvemos los ojos al niño de 11 años, veremos una vez más que el equilibrio de su personalidad vigorosamente unificada, se manifiesta lo mismo en la seguridad de sus creencias que en la precisión infalible de sus actos. El niño en la puericia es el dueño absoluto de sus movimientos: trepa a los árboles, camina por las cornisas, salta en los parapetos, corre por las azoteas, se acuesta entre los rieles de los trenes. (4) "Recuerdo el asombro y el disgusto experimentado por un maestro—cuenta Tagore—al ver que uno de nuestros muchachos trepaba a un árbol e instalándose en la bifurcación de las dos ramas comenzaba a estudiar. Tuve que explicarle que la infancia es el solo momento de la vida en que un hombre civilizado puede escoger entre las ramas de un árbol y los sillones de un salón". (5) Bastan tres o cuatro años, sin embargo, para que el niño ágil y atrevido, se transforme en un adolescente torpe y tímido. Los músculos y las articulaciones, dóciles en un principio a su voluntad, han adquirido ahora una indisciplina que a menudo lo sorprende. Es la edad de los tiesos en los varones y de la corea en las mujeres; de las torpezas y de los gestos bruscos, de los objetos que a cada rato se caen de las manos y de las cosas delicadas que se rompen casi siempre al apretarlas. Es la edad en que no se abre un cajón sin sacudir todo el mueble, en que no se caminan diez pasos sin llevar por delante alguna silla o darle un encontrón a alguna mesa; la edad en que las puertas se cierran a

portazos y en la cual no es posible servir agua en una copa sin derramar la mitad sobre el mantel...

Los datos que poseemos actualmente sobre la fisiología de los automatismos, explican, en gran parte, esa etapa de incoordinación como pasaje anterior y necesario a la nueva jerarquía de los movimientos que habrá de triunfar más tarde. Las modificaciones en la longitud y volumen de los huesos, las transformaciones de las masas musculares, el ensanchamiento de la pelvis o del tórax, el crecimiento en la talla de las neuronas, traen aparejado tantos trastornos, en los excitantes y en las reacciones, que nada tiene de extrañar la relativa anarquía de los automatismos.

Para ejecutar con precisión un movimiento, necesitamos conocer primero no sólo el fin que nos proponemos, sino también, mediante la llamada "sensibilidad propioceptiva", el estado de las articulaciones y de los músculos que vamos a poner en actividad; necesitamos, además, darle a esas articulaciones adecuados puntos de apoyo que aseguren su equilibrio, gracias a la acción compensadora del cerebelo; y una vez que estas condiciones previas hayan sido realizadas, el "estriado" o sea los ganglios de la base del cerebro irá eliminando los movimientos inútiles hasta conseguir el menor gasto muscular.

Dentro de esta concepción anatomofisiológica, la torpeza o la incoordinación en los movimientos respondería por lo menos fundamentalmente a tres factores: a una sensibilidad propioceptiva obtusa que no ilustra al individuo con suficiente claridad sobre los desplazamientos de sus articulaciones; a una compensación cerebelosa defectuosa que no le permitiría corregir adecuadamente las alteraciones de la resistencia y el equilibrio; y a una insuficiencia, en fin, del cuerpo estriado que no lograría eliminar del todo las contracciones inútiles y sobreagregadas. La habilidad y la destreza, inútil es decirlo, se explicarían invirtiendo los términos uno a uno: claridad en los datos de las articulaciones, regulación cerebelosa correcta, selección por parte del estriado de los únicos movimientos realmente indispensables.

¿Bastará esto solo para explicarnos el problema de la gracia? Spencer creía que sí. "Un día—nos cuenta—, mientras contemplaba una bailarina no pude sino condenar interiormente la mayor parte de sus hazañas como verdaderas dislocaciones bárbaras, que merecerían ser silbadas si la gente no tuviera la cobardía de aplaudir cuando está de moda hacerlo; pero al mismo tiempo

(4) Ver un hecho ilustrativo en la infancia de Gorki, que él mismo cuenta en sus *Trois russes*, pág. 175, traducción Dumesnil, edición Gallimard. París, 1935.

(5) Citado por Pieczynska, Tagore, educateur, editor Delachaux. Neuchâtel, 1933.

llegué a aperebirme de que si en el conjunto se deslizaban por azar ciertos movimientos de una gracia verdadera, eran precisamente aquellos que por comparación costaban poco esfuerzo. Recordé entonces algunos hechos que confirmaban esa idea y llegué a deducir de una manera general que, dado un cierto cambio de actitud, tiene la acción tanto más gracia cuando se ejecuta con un menor gasto de fuerza. En otros términos, la gracia, al menos la gracia en los movimientos, es un movimiento ejecutado de manera de evitar la fatiga de los músculos". (6)

Esta explicación, aunque famosa, me parece insuficiente: Spencer parte de una identificación equivocada entre la gracia y la destreza. La solución que él propone se aplica únicamente a la destreza; un movimiento será en realidad tanto más diestro cuanto más perfecta sea su adaptación a un fin. Recordemos nuestros comienzos en cualquier trabajo muscular: ¡cuántas posturas inútiles, cuánta energía perdida, cuántos gestos ásperos, crispados! Cada adelanto en el aprendizaje se iba marcando, a su vez, por una adecuada selección del movimiento, y a medida que nuestro dominio fue creciendo, los músculos más distintos aprendieron a colaborar sin asperezas. El trabajo exigió desde entonces el mínimo de esfuerzo: empezamos por eso a llamarlo "natural". Y es injusto; la pretendida naturalidad de los movimientos no heredados es el fruto laborioso de un largo ejercicio.

El duro aprendizaje de los primeros años ha dado al niño en la puericia la pretendida naturalidad del movimiento, frente a la cual, hace un instante, manifestamos nuestro asombro. Pero el largo aprendizaje de la adolescencia conduce a algo más que a reconquistar la naturalidad perdida; a algo más que si bien supone la destreza le sobreañade otros elementos tan diversos que le dan desde entonces la fisonomía inconfundible de la gracia. ¿Quién se atrevería a sostener que la destreza de una chica de once años es idéntica en su naturaleza a la gracia de una adolescente de veinticinco? Comparen ustedes el paso elástico de quien trepa por primera vez una montaña, con la marcha lenta y en apariencia pesada de su guía. ¿Quién de los dos acusará más pronto el desgaste de sus músculos? Ningún andarín ignora que la expresión de un hombre fatigado es de todas la que fatiga menos y la que puede conservarse más largo tiempo sin esfuerzo.

Si la destreza corresponde, por lo tanto, a la

respuesta exacta y precisa, a la perfección en la actividad muscular, la gracia implica por el contrario, más fantasía en el movimiento, más ondulación en el gesto, más prodigalidad en el esfuerzo. No andaba muy descaminado Schiller cuando decía por eso que la gracia no es un producto de la naturaleza, sino una creación de la persona. (7) La gracia no puede pasarse, claro está, de aquellos elementos fisiológicos indispensables que aseguran las respuestas acabadas y felices; pero le agrega como rasgo esencial que la define una intención ornamental y de lujo. Esa intención sobreañadida al esfuerzo puramente muscular, lejos de representar una economía de las fuerzas constituye, en cambio, un derroche, un alarde, un gasto fastuoso. El gesto, que en los adolescentes tiene sobre todo un valor expresivo, algo así como un comentario viviente puesto al servicio de la elocuencia para subrayar el pensamiento con una vivacidad casi carnal, adquiere en las adolescentes el significado exclusivo de un adorno. La educación ha comprendido de tal modo ese desigual destino del gesto en los dos sexos, que persigue en la mujer como algo que desentona con la feminidad, la excesiva gesticulación que da en cambio al discurso de los hombres su dramática y su colorido. Y a su vez, nos basta sorprender en algún hombre el más leve gesto de adorno, para atribuirle de inmediato un sexo equivoco, aun en ausencia de otros datos, que pudieran robustecer esa opinión. El sexo, que imprime su marca lo mismo a la forma de los huesos que al timbre de la voz, acentúa así el carácter expresivo del gesto en el varón, y el significado ornamental y erótico del gesto en la mujer. Ornamental, en cuanto implica de una manera evidente una intención de arte, realizada sobre el propio organismo; erótico en cuanto el gesto obedece además tanto al deseo de darse en espectáculo, como a la voluntad de actuar sobre el varón. La preocupación del efecto a producir domina a veces de tal modo el alma de las adolescentes, que el erotismo se diluye a menudo en una simple necesidad de elogios, como si la conquista de la admiración ajena procurara, sobre todo, la satisfacción egoísta de contemplarse a sí misma en la expresión deslumbrada de los demás. "Ansiamos vivamente que nuestros encantos produzcan efecto —escribía Ninón de Lenclos al marqués de Sevigné—; preocupadas sin cesar por el afán de notoriedad, deseando continuamente encontrar ocasión de humillar a las demás mujeres, queríamos

(6) Spencer, *Essais*, traducción francesa de Bordeau, tomo I, pág. 87.

(7) Schiller, *Esthetique*, traducción francesa de Regnier, pág. 56.

hacerlas testigos de todas las preferencias que conseguimos, y de todos los homenajes que se nos rinden. No os podéis figurar en estos casos la medida de nuestra satisfacción. La desolación de las rivales, las indiscreciones que traicionan los sentimientos que inspiramos nos encantan en razón directa de su desesperación". (8) Narcisismo y voluntad de dominio mucho más que deseo; necesidad de mostrarse y agradar tan exigente que, en ausencia del espectador que la estimule, la adolescente puede muy bien, como la Alicia, de Lichtenberger, hacer coqueterías a su chocolate, mimos a su papel de carta, rubores a las plantas que riega... (9)

Quizá por el hecho de identificar al propio cuerpo con el ritmo que lo anima, la danza tiene a menudo para las adolescentes casi la turbación de una embriaguez. Pero más que en la danza, sometida todavía a leyes, el toque de prueba de la gracia no está en lo ritmado sino en lo imprevisto. Para el gesto más sencillo, la gracia exige una continua improvisación inteligente. Una tensión general del organismo, una irradiación instantánea por todos los músculos del cuerpo prepara sin cesar el conjunto de pequeños esfuerzos combinados. (10) Labor de alerta y vigilancia, no obstante el aparente abandono, como si la imaginación siempre en acecho estuviera aguardando el motivo y la ocasión. Sobre el ciego mecanismo de la destreza, un poder más sutil tomó la iniciativa. (11) El cerebro, aún en apariencia distraído, vigila desde entonces cada uno de los gestos, gradúa el efecto que produce, acelera o detiene la marcha de los músculos, como un director de orquesta que señala las entradas insinúa los matices, armoniza siempre. (12) Bajo el nombre de

(8) Ninón de Lenclos. *Cartas*, versión castellana de Manuel Machado, pág. 144, editor Garnier. París. En un estudio sobre los motivos de la moda, Hurlock llega a las mismas conclusiones que Ninón: las mujeres se visten teniendo en cuenta el propio sexo, casi tanto como el opuesto. Ver, *Motivation in fashion*, en "Archives of Psychology", año 1929, pág. 71.

(9) Lichtenberger, *Portraits de jeunes filles*, pág. 230.

(10) Marguery, *L'oeuvre d'art et l'évolution*, pág. 82.

(11). Esas diferencias entre la gracia y la destreza que Spencer no vio y que Guyau enmarañó aún más (*Les problèmes de l'esthétique contemporaine*, pág. 37), han sido bien señaladas por Souriau, *L'esthétique du mouvement*, págs. 192, 193.

(12) La ilustre bailarina "La Argentina", ha dicho en una conferencia sobre el baile: "Corresponde a la bailarina saber dominar su exaltación. El lenguaje de las líneas, en caso contrario, puede llegar a adquirir un brío

Madama d'Arbés, Taine ha trazado en sus *Notas de París*, un croquis chispeante de esa preocupación perenne de la gracia en una fina alma de mujer. "¿Os habéis detenido alguna vez ante una pajarera en el campo, para observar las ideas de un jilguero que salta, que arrulla, que come, que no está cansado nunca, que vive en el aire, que tiene ciento veinte ganas y hace sesenta acciones por minuto? "¡Oh, qué bien se está en la caña de arriba! ¡No, mejor se está en la de abajo! Mis plumas del vientre no están bien alisadas. Tengo hambre, comamos un grano de mijo. No; será mejor una migajita de pan. No; un sorbito de agua me refrescaría. Un pequeño aletazo para estirarme los músculos. ¡Hop, hop, hop! Un trino para aclararme la garganta. ¡Cuic, cuic, cuic! ¡Hola! Una mosca que vuela. ¡Si pudiera atraparla! ¡Hete un rayo de sol que pasa! ¡Si corriera cerca! ¡Pío, pío, pío!, ¡oh qué lindos pies tengo! ¡Tralará, tralará!, estoy contento de vivir. ¿Qué hace el sol allá arriba? Debe aburrirse por no ir más aprisa. Ciertamente que no hay en el mundo un jilguero más lindo que yo!" Cambiad ahora las palabras: poned trajes, comidas, conciertos en los lugares convenientes, y tendréis el zafarrancho que se arma en una linda cabeza. El cerebro lanza incesantemente voluntades en todos los nervios, pequeñas voluntades cortas que pasan a ejecución en el momento mismo, y al punto son expulsadas o atravesadas por otras. Los ojos brillan, las flores del tocado danzan, el talle palpita, las manos tienen cien pequeños movimientos, la voz vibra; jamás descansa. Va a cuatro soirées, la misma noche, y cuando vuelve a casa, los bailes del día siguiente zumban como un enjambre en su cabeza. Siempre sonrisas y no artificiales; es dichosa; y lo será mientras se haga revolotear ante ella salones adornados, arañas, trajes de seda, hombres con condecoraciones, cantantes ritornelos, equipos de caza, todo lo que gustéis, mientras todo brille y sea nuevo. Ha nacido en un estado de tensión y morirá si estuviere tranquila". (13)

Un estado de tensión: ¿no acabamos de definir, precisamente en esos términos, a la característica dominante de la gracia? Estado de tensión propiamente cerebral que añade sin cesar al

desordenado y por ello la bailarina debe, en todo momento, ser dueña de sí misma. El dominio es indispensable—hasta en los minutos de transporte que justifica una obra hermosa, llena de armonía—, como también la escuela y la disciplina, que constituyen otras de las ventajas morales de la danza".

(13) Taine, *Notas sobre París*, págs. 146, 147, edición Calpe, Madrid, sin nombre de traductor.

movimiento más simple la intención artística y erótica del adorno y del lujo. Intención tan rica y tan flexible a todos los matices, que es capaz por sí misma de suplir y aun de vencer a la belleza. ¿Se ha escrito alguna vez en homenaje a

la gracia de las adolescentes elogio más cumplido que el de Luisa Breslau a las manos de María Bashkirtseff? "No tenía lindas manos —dijo—, pero lo parecían por la manera como se detenían sobre las cosas".

LOS PROBLEMAS ESTRUCTURALES DE LA ENSEÑANZA EN EL PERIODO DE LA CULTURA GENERAL

P o r R A F A E L A L T A M I R A

(Concluye).

II

VOLVAMOS al problema de la difusión o de la universalidad (uso la palabra, dándole el mismo sentido que tiene en el sufragio político) de la enseñanza como medio de creación de la cultura.

Es un hecho conocido que ese problema, considerado desde el punto de vista numérico de la masa social, supone tan considerables cargas económicas que sólo el Estado puede sobrellevarlas en su mayor parte. La difusión se convierte así en un problema financiero, sin cuya resolución sería imposible alcanzar el propósito que constituye la esencia de la difusión misma. Analizando interiormente ese problema financiero, se define así: tantos establecimientos de enseñanza cuantos sean precisos para que, dada la población escolar de cada país, todos los niños y adolescentes que la forman puedan participar de la cultura general. Empleo estos términos, aunque no olvido que el problema suele limitarse, muchas veces, a los establecimientos de la llamada "enseñanza primaria". Ya diré, más adelante, por qué, a mi juicio, debe aspirarse a terminar con esa limitación.

No hay para qué añadir, puesto que se cae por su propio peso, que para dar eficacia plena al referido propósito, es indispensable que la enseñanza sea gratuita en los dos grados que la tradición distingue en el período de cultura general, y que esa gratuidad debe realizarse, en cada caso, lo más íntegramente que lo consientan los recursos del Estado y la cooperación social que ayude en ello, hasta llegar a cubrir el total de las necesidades docentes.

Pero esto no representa más que un lado del problema. Hacer que participen de la enseñanza

todos los individuos que se hallen en edad escolar, cualesquiera que sea su posición económica, es ya mucho y constituye el punto de partida; pero muy otra cosa es—y con ello entro en un problema propiamente educativo—, lograr que todos esos individuos aprovechen la enseñanza con igual resultado. Nos encontramos aquí ante varios de los límites psicológicos que constituyen, a mi parecer, una de las cuestiones fundamentales de la Pedagogía. Esa cuestión se plantea doblemente, según los siguientes puntos de vista: el de las facultades intelectuales y morales (uso esta segunda palabra para hacerme entender por todos y excusar explicaciones que no son de este lugar) de cada alumno, y el de la posibilidad de dominar, mediante la educación, los defectos pertenecientes al fondo pasional de la naturaleza humana y que se presentan a nosotros, desde la infancia misma, como caracteres que, para mejor inteligencia, llamaré ahora "innatos". Ante ellos, desgraciadamente, la enseñanza más educativa de que prácticamente podemos disponer en la actualidad, en proporción correspondiente a la masa de educandos, ha comprobado, infinitas veces, su impotencia. Claro es que en la ocasión presente no cabe tratar de modo especial esta cuestión; pero es necesario tenerla en cuenta para no exigir de la realidad más de lo que ella puede dar de momento, y para tratar de mejorarla mediante procedimientos e investigaciones científicos.

En cuanto al otro punto de vista, o sea, el que se refiere a la desigualdad natural de las condiciones intelectuales y morales en los diferentes individuos, sabido es que puede hallar su resolución, más o menos eficaz, en el terreno de las enseñanzas de anormales y atrasados, desgraciadamente todavía poco difundidas y deficientemente organizadas.

Los dos puntos de vista examinados vienen a confluír, prácticamente, en uno de los procedimientos más interesantes de la Pedagogía moderna: la selección de los alumnos. Este procedimiento—del cual hablaré más por lo menudo al examinar el segundo de los problemas generales—, se preve, en general, para después de terminado el período del programa mínimo de cultura, que debe ser obligatorio para la totalidad de los alumnos normales. En ese caso, la selección no es sino la consecuencia natural del fin práctico y propiamente educativo de la universalidad de la enseñanza.

A mi parecer, esa universalidad no puede aspirar, mientras no logre la plena satisfacción del derecho a ser educados igualmente, que poseen todos los niños, más que a estos dos resultados provisionales: a que la gran mayoría—la más grande mayoría posible—de los niños y adolescentes participen de una cultura general suficiente para las necesidades humanas y nacionales de la vida moderna, y a ofrecer la ocasión, la piedra de toque, para descubrir las aptitudes superiores de los más favorecidos por sus facultades naturales o de los que, por el esfuerzo constante de su voluntad, han logrado hacer rendir a las suyas, más modestas, un fruto comparable a los de aquéllos. No debe, en efecto, olvidarse que no son siempre los mejor dotados por naturaleza los que producen mayores rendimientos en la vida intelectual; como lo demuestra la observación continua de los profesores en todos los grados de enseñanza. Y el interés de la colectividad exige que se dé ocasión a todos para demostrar sus aptitudes y no se malogre ninguna posibilidad útil.

La consecuencia última de la experiencia selectiva vendrá a ser el aumento, hasta el máximo posible dentro de cada pueblo, de cada generación, del porcentaje de la mayoría intelectual excogida de la nación. Pero es bueno advertir que esa "minoría excogida" no comprende tan sólo a los espíritus bien dotados para las profesiones universitarias, especulativas o profesionales, sino que comprende, y debe comprender necesariamente, también, a los cultivadores de otras especialidades profesionales que continuamos estimando como inferiores o menos elevadas, pero de las que todo país necesita para su positivo adelanto cultural, tanto como de aquéllas. Así, el artesanado y una gran parte de los oficios manuales (no hay mano sin un soporte de dirección intelectual que la dirija), entran por propio derecho, no político, sino de actividad espiritual, en la "juventud excogida" de cada pueblo.

Con esto, hemos entrado en el fondo del segundo problema general anunciado en el anterior capítulo. La precitada selección, acompañada de la gratuidad general de la enseñanza (o, por lo menos, de una amplia aplicación de las pensiones de estudios), representan, a mi juicio, el verdadero cumplimiento de la doctrina de la "escuela única", calificación demasiado discutida a base de un equívoco (sobre todo, por quienes se asustan, o fingen asustarse, de ella), pero que en su sentido propiamente pedagógico no significa más que la etiqueta política de un hecho evidente, hace mucho tiempo, para quienes se han colocado por encima de las rivalidades profesionales, o sea el hecho de que la enseñanza característica de los grados llamados "primario" y "secundario", constituye, en realidad, desde el propio punto de vista de la educación, una unidad indivisible, a saber: la de la cultura general que todos los hombres deberían recibir antes de su especialización científica, literaria, "técnica", etc. Que la realización de ese ideal tropiece todavía con impedimentos de toda especie, incluso de parte de la organización del trabajo manual y de la economía de ciertas clases sociales (la labradora, por ejemplo) es un hecho evidente. Pero desde el punto de vista de la Pedagogía y en su práctica misma, ese ideal está perfectamente justificado y probado como posible y deseable por la experiencia. Hace más de cincuenta años que en España hemos realizado esa experiencia, y que hemos contemplado su pleno éxito, a consecuencia del cual una gran parte de maestros profesionales de la enseñanza ha llegado a comprender la razón educativa de una cultura general y común que empieza en las escuelas de párvulos y termina en el bachillerato. Al Estado y a la asistencia social (donde sea capaz de comprender ese problema y de ayudar a su completa realización), corresponde ahora aplicar las medidas financieras y jurídicas necesarias para que los impedimentos antes referidos desaparezcan en la mayor medida posible, y los padres no puedan alegar ningún motivo razonable para oponerse a cumplir la obligación escolar que corresponde a sus hijos. Parece excusado añadir que también en la progresión de los distintos momentos de esa cultura, la selección de los individuos se impone.

Conviene, sin embargo, que no alimentemos ilusiones desmedidas en cuanto a los resultados eficaces de la universalidad de la enseñanza concebida como va dicho. No creo que nunca podamos evitar la producción de pérdidas relativamente considerables, de individuos detenidos en un cierto momento de su período de estudios, a causa de los

límites psicológicos a que me he referido antes. Y también es necesario recordar que la desaparición total del llamado "analfabetismo" (aun suponiendo que nos contentáramos con tan débil satisfacción en materia de cultura nacional), aún no ha sido alcanzada por los países que más empeño ponen en la difusión de la enseñanza. Existen todavía obstáculos, no bien estudiados, que impiden hablar en esta materia de una manera absoluta, sin peligro de que los hechos la desmientan.

III

Aun suponiendo que un pueblo cualquiera llegue a realizar totalmente la extensión de la enseñanza a toda su población escolar, así como la selección de la "minoría excogida" de los alumnos para hacer rendir a éstos el máximo de las posibilidades intelectuales y morales de que son capaces, no quedarían con ello agotados los problemas de fondo de la estructura educativa en el período de cultura general. El tercero de esos problemas, a cuyo estudio voy a proceder ahora, es en efecto, tan substancial como los dos anteriores y, desde cierto punto de vista, el más espiritual y técnico de los tres. Me refiero al problema del profesorado: maestros de primera enseñanza y profesores de enseñanza secundaria.

Comienzo por una observación previa. Es evidente que si en la enseñanza superior (la de las Facultades y Escuelas Superiores o Profesionales) es posible obtener un personal escogido y eficaz, porque ese personal es, relativamente, poco numeroso, por el contrario, en las enseñanzas relativas a la cultura general y a la técnica profesional, el número de maestros y profesores se cuenta por millares, especialmente en el grado primario. Sabemos de cierto, por otra parte, que es absolutamente imposible reclutar esos millares de hombres con la seguridad absoluta de que todos ellos respondan realmente a las condiciones necesarias para cumplir con el ideal de sus funciones docentes. Nos encontramos aquí con una imposibilidad humana, existente en todos los pueblos, contra la cual escasamente pueden triunfar los mayores esfuerzos de la técnica, aun en los países mejor dotados a ese respecto; imposibilidad que se hace mayor a medida que aumenta la población escolar, y que, por de contado, se produce siempre que es preciso movilizar grandes contingentes humanos (administración pública, ejército, magistratura, etc.)

Las consecuencias prácticas de ese hecho, son las siguientes, en el orden de cuestiones que ahora me ocupa: en primer término, una razón más

para que nos preocupemos profunda y continuamente, de la formación del profesorado, procurando reducir así al mínimo posible el peligro de una simple apariencia de capacidad y de aprendizaje en cuyo fondo no existe realidad alguna o sólo una realidad deficientísima. Pero aun en el caso que semejante peligro no se produjera (supongamos, teóricamente, que no se produce), la función del profesor exigirá, por sí misma, y siempre, que nos ocupemos de él tanto como de los alumnos.

Estimo superfluo detenerme a ensalzar el papel preminente que desempeña el maestro en la enseñanza, a pesar de no ser el único factor activo en la educación; (1) pero no creo impertinente recordar aquí que ese papel requiere una intensidad mayor, y se hace más indispensable en los primeros años de la escuela, cuando todavía la personalidad intelectual del alumno carece de relieve, que después de ese período. Por lo tanto, necesidad más aguda, en cuanto a él, de una formación, la más profunda posible, del profesorado primario y secundario (en la segunda enseñanza, el caso antes dicho se reproduce, relativamente a sus exigencias); formación doble, puesto que ha de atender, juntamente, a la cultura enciclopédica del profesor y a su especialidad pedagógica. Nunca se predicará con exceso en punto a esa necesidad profesional, porque la dirección espiritual (digo "espiritual", no sólo "intelectual") del niño y del adolescente, exige, para lograr buen éxito, cualidades intelectuales específicas y bien orientadas, así como un concepto amplio y humano de la vida. No vacilo en expresar mediante una fórmula cuya condición teórica reconozco (todas las grandes aspiraciones humanas son con respecto a la efectividad de la vida, teóricas) que el ideal en esta materia sería que los hombres más eminentes de la Universidad empezasen por interesarse hondamente por la escuela primaria y que siguiendo este camino, llegasen a sentir el impulso generoso de colaborar en ese grado de enseñanza. También puedo decir que he conocido realizaciones de ese ideal, aunque no en la enseñanza pública, sino en la privada, más libre de movimientos y capaz de despreocuparse de los fines utilitarios que intervienen en toda enseñanza de parte de los padres y del público en general; y la experiencia de esas realizaciones (en que, lo diré sin ánimo de inmodestia, he participado) ha sido altamente satisfacto-

(1) Acerca de la sustancial actividad del factor alumno, he escrito algunas páginas en mi *Ideario pedagógico* y en el libro *Para la juventud*.

ria. Repito que no ignoro la dificultad de esa colaboración dentro de la estructura de la enseñanza del Estado; pero afirmo, en cambio, que cuanto mayor sea la proximidad que se alcance en la formación del profesorado primario, a las cimas de la cultura científica y literaria y cuanto más grande sea la intensificación del aprendizaje pedagógico de los futuros maestros, tanto más seguro será el éxito de la función. Por lo demás, esas exigencias comienzan a ser reconocidas en algunos países. España implantó, hace años, la formación de su profesorado de las Escuelas Normales primarias, en el cuadro de una Facultad universitaria.

La necesidad de esa elevación formativa no se hace sentir de igual modo en lo que toca al profesorado secundario, puesto que éste procede directamente de las Universidades. Pero con respecto a él, se plantean otras exigencias, la mayor de las cuales consiste en suministrar a esos jóvenes salidos de las Facultades de Ciencias y de Letras, y que muchas veces se ven forzados a pasar por la enseñanza de los adolescentes antes de ingresar en el profesorado universitario (y, a menudo, no pasan más allá de la enseñanza secundaria), una formación propiamente pedagógica, para la que, actualmente, las Facultades no le ofrecen los necesarios elementos. Los medios para llegar a esa especialización (que es la propiamente docente) pueden variar, según las circunstancias de cada país. Así unas veces se hallarán esos medios en los cursos pedagógicos de las Universidades que los posean; otras, en una pasantía especial de aprendizaje educativo, una vez terminados los estudios filosóficos, científicos o literarios de la enseñanza superior, o en un contacto previo con la práctica docente en las escuelas normales primarias; en fin, otros varios caminos, que sería imprudente determinar *a priori* sin tener en cuenta las dificultades prácticas o psicológicas que se presentan en cada nación. En todo caso, se trata de medios pertenecientes al género de especialización propiamente pedagógica que no existen todavía, para esa clase de profesores, en la mayoría de los países, pero que son indispensables dada la diferencia sustancial que hay entre un erudito en determinada materia y un maestro.

El profesorado secundario plantea también otra cuestión muy delicada, porque se refiere a la vocación individual. La delicadeza de tratamiento que impone, no puede llegar, sin embargo, al extremo de desconocer su existencia real y que, por ello mismo, significa un peligro para la en-

señanza. Me refiero a las luchas que se producen en el espíritu de no pocos de esos profesores, entre la vocación claramente científica o literaria, con su natural aspiración a ser libre y a buscar por otro camino su satisfacción, y la necesidad, a veces invencible, de mantenerse atado a la tarea docente que ocupa casi todo el tiempo y que no le atrae tanto como la vocación. Ese conflicto supone a menudo dramas intelectuales verdaderamente dolorosos, de que algunas veces he sido testigo o confesor; y que, al mismo tiempo, representan peligros para la enseñanza; peligros que el sujeto, no obstante su buen deseo, no alcanza siempre a evitar con su sólo esfuerzo individual.

La solución de esos conflictos no es fácil. Hállase estrechamente enlazada con el problema de las colocaciones que los licenciados y doctores en letras y ciencias pueden encontrar a su salida de las Facultades, y de la potencia de absorción social con respecto a los "intelectuales" sin trabajo. A su vez, estos dos problemas se presentan con caracteres diversos en cada país, según circunstancias más o menos temporales de su vida industrial, *latu sensu*, y de la protección que la masa social sea capaz de conceder a los trabajos especulativos que no se prestan directamente a las finalidades utilitarias de las ciencias aplicadas, o a las nuevas direcciones de vida intelectual que empiezan "a dar dinero" y atraen empresarios. Pero lo que no puede, en manera alguna, dudarse, es que el Estado se debe preocupar de todas esas cuestiones, cuya resolución, aún imperfecta, produciría un reflejo muy apreciable sobre el problema pedagógico que estoy examinando.

Pero el problema total del profesorado no termina con esto. Presenta una tercera fase, más acentuada que la anterior con referencia a los maestros de escuela, pero que también existe en el campo de los profesores de Segunda Enseñanza: es el problema que alcanza igualmente a otros profesionales de la inteligencia, obligados por las condiciones mismas de su profesión, a prestar sus servicios en pueblos pequeños y en los campos. Los médicos se han preocupado ya de la parte del problema que les concierne.

Referida particularmente a los maestros, la situación es la siguiente: trabajan desperdigados por el territorio nacional; la mayoría de ellos tiene que realizar su obra educativa, de una finura psicológica considerable en todos sentidos, rodeada de un ambiente poco favorable y cuya influencia actúa, las más de las veces, contraria-

mente a los principios directores de la escuela. Así aislados los maestros, no tardarían en rendirse, no sólo en lo que toca al entusiasmo profesional, que ya es mucho, sino también a su cultura, que los libros no bastan a mantener tan fresca y poderosa como convendría que fuese. Un nuevo drama estalla a menudo en el espíritu de esos hombres, y con frecuencia he sido observador o confidente de la desesperación de los mejor dotados moral e intelectualmente, así como de la derrota confesada por los menos enérgicos. Eso me ha llevado a pensar si el sistema conforme al cual (y no vacilo en decir que lo considero como el mejor de los que conozco, y que he tratado de aplicarlo en mi patria) los mejores maestros deberían trabajar en la parte rural del país y en los pueblos pequeños (con ascensos sin cambio de lugar, por de contado), puesto que es en esos sitios, y sobre la población que en ellos vive, donde es indispensable desarrollar un trabajo educativo más intenso y en donde el medio social exige una mayor acometividad, no lograría disminuir aquel peligro para muchos individuos, o tal vez lo suprimiera del todo. Naturalmente, una tarea de esa magnitud es opuesta, por sí misma, al confinamiento perpetuo de los mejor dotados en aquellos lugares, aunque sí impone su relevo, de tiempo en tiempo, por sus iguales en condiciones, para que la obra educativa se mantenga al nivel requerido y no disminuya la eficacia de la acción educativa.

En todo caso, y si no queremos disminuir muy sensiblemente la potencia espiritual de los maestros, es preciso que no los abandonemos a sí mismos. Es necesario, pues, no prolongar mu-

cho su aislamiento de los grandes centros espirituales del país y de la Universidad misma; así como refrescarles la inteligencia y la voluntad de tiempo en tiempo, renovando su contacto con los medios intelectuales y morales capaces de renovar sus depósitos de entusiasmo docente, de resistencia, de frescura de espíritu y, también, de producir el choque saludable de sus ideas y observaciones, con las de los demás compañeros y las de sus superiores científicamente. No nos contentemos, para esto, con los Congresos periódicos; los nacionales no pueden ser tan frecuentes, ni de duración bastante, para producir aquellos efectos, y a los internacionales no puede asistir más que un pequeño número. A esos recursos hay que añadir otros de los que ya se practican en muchos países, pero que positivamente sabemos que no bastan, y pensar en una organización general que alcance a la totalidad de los maestros. No está hecho todo con formar a éstos, lo mejor que sepamos, en la Universidad o en las Escuelas Normales; hay que procurar que el fruto alcanzado no se malogre pronto, convirtiendo en ineficaces, a corto plazo (siempre será más corto de lo que convendría), los esfuerzos hechos para lograr un buen profesorado.

Sobre la base de él, de la universalidad de la enseñanza y de la selección de los alumnos para la continuación de su cultura, la verdadera obra docente que constituye la esencia de la función que se emplee en escuelas, colegios e institutos de segunda enseñanza, puede rendir el servicio capital que le está encomendado. Hablar de ella, no es ya materia comprensible en el presente estudio.

PROLOGO DE "MALA YERBA"

P o r J . M . G O N Z A L E Z D E M E N D O Z A

El siguiente estudio aparecerá como preliminar de la novela "MALA YERBA", del doctor Mariano Azuela, que está a punto de dar a la estampa la Casa de Andrés Botos. Se debe a la pluma del inteligente crítico mexicano J. M. González de Mendoza, quien influyó fundamentalmente para la traducción de esa misma obra al francés. Con la publicación de este libro, la Casa Botos inicia la edición de las obras completas del doctor Azuela.

SE ha dicho que en nuestra época puede haber buenos artistas mal conocidos, pero no "genios ignorados", concepto éste, propio de románticos

mediocres; tarde o temprano, el talento verdadero acaba por revelarse.

Tales axiomas adquieren el valor de lo real en el caso de Mariano Azuela. Pasada la cincuenta le sorprendió la notoriedad. Nunca la buscó, pues se limitaba a hacer cortísimas ediciones de sus novelas, cuyos ejemplares regalaba a sus amigos. Justamente apreciadas por quienes las conocían, tan pronto como llegaron hasta el público obtuvieron general aplauso.

Una polémica literaria en la prensa de México, a principios de 1925, movió la atención hacia *Los de abajo*, que Azuela había publicado en 1916 como folletín de un periódico fundado por compatriotas en El Paso, Texas, y reimpresso en 1920, en esta capital. Dos nuevas ediciones mexicanas y tres en España, amén de las publicaciones fraudulentas hechas en diversos países de habla española, consagraron la reputación del escritor, cuya obra maestra ha sido editada en inglés—en los Estados Unidos y en Inglaterra,—francés, alemán, portugués y checo; se ha publicado, además, en diarios o revistas, en ruso, japonés y servio. Azuela es hoy el más conocido, *urbi et orbi*, de los novelistas mexicanos. Tiene ya numerosos epígonos, y no es aventurado afirmar que el éxito de su libro estimuló la producción de relatos inspirados en la Revolución Mexicana.

De las dieciséis novelas que lleva publicadas, otras merecen repetir el éxito de *Los de abajo*. Esta es una de ellas. Fué impresa en 1909, en los talleres de *La Gaceta de Guadalajara*, y reeditada en México en 1924, en la Imprenta de Rosendo Terrazas. En inglés apareció en 1932 bajo el título de *Marcela* y el subtítulo de *A Mexican Love Story*; la versión, prologada por Waldo Frank, es de Miss Anita Brenner. Al francés la tradujo muy acertadamente Mlle. Mathilde Pomes, titulándola *Mauvaise graine*; se editó en 1933.

Mala Yerba es una novela del campo mexicano, en donde aviva la intensidad de las pasiones, propia del medio, el racial desdén al dolor y a la muerte. Es un drama de odio y de amor. Mejor dicho, de amoríos; en torno a la bella aldeana, apetitosa fruta silvestre, giran, amantes sucesivos, el degenerado vástago de una ruda familia de hacendados; el joven labriego, valiente hasta la temeridad, robusto y noblote, pero tan cándido que raya en tonto; inclusive cierto ingeniero norteamericano que así comienza su aclimatación. La moza nada tiene de pazguata; se sabe deseable y, rústica Celimena, hace de la coquetería su mejor arma. Es un *tipo* más bien que un *carácter*, como lo son, en general, los protagonistas de los primeros libros de Azuela, a quienes, quizá mejor que por sus nombres, podría denominarse por sus cualidades representativas. (Ciertas figuras episódicas poseen particular relieve. En esta novela, el tosco don Anacleto, la rezandera y locuaz doña Poncianita, la triste Mariana, que vió agostarse su juventud en la inútil espera del amor honesto, tienen manifiesta personalidad). Tal generalización—en gran parte determinada por la misma sencillez de los actores, muy cercanos a la naturaleza—,

aunque los realza hasta volverlos, se diría, encarnación del grupo social a que pertenecen, los muestra obedientes sólo al impulso de su cualidad distintiva. Y en las escenas en que intervienen, más que la incierta lógica de la vida parece dominar, *deus ex machina*, la voluntad del autor.

Mas cualquier reparo a ese respecto sería superfluo. En las novelas de su primera época, Azuela—que después ha creado inolvidables caracteres como la protagonista de *La Malhora* o el José María de *La Luciérnaga*—deja que el lector deduzca de los actos de los personajes la psicología de éstos, y se limita a narrar hechos. ¡Y de cuán viva manera los narra! Con nervioso estilo que sazonan pintorescos modismos, a cien leguas de reglas y de trabas pero singularmente expresivo y lleno de color. En opinión general, Azuela es el novelista que más exactamente describe la vida mexicana de nuestro tiempo.

La obra entera del autor de *Los de abajo* podría llevar ese título. En la mayoría de sus novelas—como de esa ha dicho con acierto un crítico,—vemos “a los oprimidos por la miseria, por el vicio, por la ignorancia, por el crimen, por la falta de sentido moral o de roce con las gentes de las capas superiores”. En otras bosqueja el ambiente de la pequeña clase media. Y hasta cuando son ricos sus personajes, cual los hacendados de *Mala Yerba*, son “pueblo” por las costumbres. Mas, a pesar de la simpatía hacia los pobres que trascienden todos sus libros, Azuela no es de los que creen—menos aun de los que fingen creer—que aquella condición lleve aneja la posesión y ejercicio de todas las virtudes; pinta bellacos, malvados e imbéciles, como pinta seres bondadosos. Y con idéntica impasibilidad. Acaso ésta sea más aparente que real, porque es discreto en la expresión de sus entusiasmos y de sus indignaciones; el lector sólo advierte, a veces, una, dos líneas de fugaz comentario que descubren la inclinación o la antipatía del novelista hacia éste o el otro de sus personajes, y por tanto, la tendencia de su pensamiento. Pero Azuela no se desborda en sus libros y será necesario estudiar más tarde cuál es su filosofía, qué espíritu los norma, qué se propuso al escribirlos. Aquí basta señalar sus relevantes cualidades literarias, pues la sencillez de esta obra sólo autoriza este sencillo preliminar, escrito, principalmente, para los lectores no mexicanos.

La analogía temática de sus novelas refuerza la unidad que les da la posición social de los personajes. No pasan éstos de unas a otras, y apenas si es nexo de algunas Cieneguilla, ciudad imagi-

naria; pero varias llevan como subtítulo *Cuadros y Escenas de la Revolución Mexicana*. Azuela describe la ciudad, los pueblos y el campo durante las postrimerías del Gobierno del Gral. Porfirio Díaz, en *María Luisa* (1907), *Los Fracados* (1908), *Mala Yerba* (1909) y *Sin Amor* (1912). En *Andrés Pérez, maderista* (1911) y *Los Caciques* (1917), sirve de fondo a la acción la primera etapa revolucionaria, encabezada por don Francisco I. Madero. *Los de abajo* (1916) evoca el período más intenso de la lucha, los caóticos años de 1914 y 1915. En *Las Moscas* (1917), vemos a los parásitos del Presupuesto, en vano oxeados. *Domitilo quiere ser diputado, Cómo al fin lloró Juan Pablo* y *Las tribulaciones de una familia decente*, publicadas en 1918, muestran aspectos de la vida mexicana entre los trastornos de la guerra civil. Finalmente, *La Malhora* (1923), *El Desquite* (1925) y *La Luciérnaga* (1932), reflejan la subversión de los valores morales tradicionales, repercusión del gran sacudimiento social. Todas esas obras forman, pues, un conjunto, un vasto panorama de México durante un cuarto de siglo.

Fuera, aunque ligado a él por lazos ideológicos, hay que poner los dos últimos libros. En *Pedro Moreno, el Insurgente* (1935), revive la noble figura del héroe epónimo de Lagos de Moreno —ciudad natal del novelista—, inmortalizado por su gloriosa defensa del “Fuerte del Sombrero” durante la Guerra de Independencia. *Precursores* (1935) contiene las biografías noveladas de tres famosos forajidos del siglo XIX, que vislumbraron más o menos el anhelo de reivindicación del indio desposeído de sus tierras.

Cabe terminar esta rápida reseña bibliográfica mencionando la obra dramática que ha estrenado Azuela: *Del Llano Hnos., S. en C.*, tres actos sacados de *Los Caciques*.

En todos sus libros, la técnica, más depurada en los recientes, es la misma: un realismo escueto, cuyo vehículo es, de preferencia a la descripción, el diálogo. En *La Malhora*, *El Desquite* y *La Luciérnaga*, adopta una nueva “manera” y, sin demérito de la narración, ahonda la psicología de los personajes. Tal objetividad presta a la obra literaria de Azuela un tono peculiar. El novelista describe medios que, como médico militar revolucionario y, después, de menesterosos, ha conocido. Su pesimismo —que muy a menudo acude para expresarse a la ironía y al sarcasmo y que no le veda escribir páginas e in-

clusive relatos francamente humorísticos, como *Las Moscas*— es el de un hombre que ha contemplado de cerca la miseria moral y física de los hombres.

No quiere decir esto que haya calcado “trozos de vida”, siguiendo la receta del extinto naturalismo. Se ha supuesto que *Los de Abajo* tiene páginas vividas y que su protagonista, Demetrio Macías, es un retrato de Julián Medina, famoso guerrillero. Sin embargo, dice Azuela, en ese libro todo es imaginado. En cambio, agrega, *Mala Yerba*, que se creyera novelesca desde el principio al fin, es la transposición literaria de un suceso real. Pero este caso es único en su obra.

La *Mala Yerba* del título es una familia de hacendados, arraigada en México desde las postrimerías del virreinato. Importa poco el abolen-gó: el novelista presenta, genéricamente, criollos opresores, sin otra ley que la satisfacción de sus apetitos, fáciles sultanes de bellezas indígenas, tiranos de peones y, en la generación más reciente, faltos ya de los bríos de sus antepasados, que fueron “hombres de pelo en pecho”. Al temor y el odio se mezcla en los oprimidos la ingenua admiración hacia el amo, buen jinete, hábil la-zador, hombre de éxito, dominador de caballos y de hembras. *Mala Yerba*, por ser la pintura del estado de cosas que dió motivo a la Revolución, constituye un apropiado prólogo a la lectura de *Los de Abajo*. En menor grado lo son también *Sin Amor* y *Los Caciques*, con la diferencia de intensidad determinada por el hecho de que la tiranía de *los de arriba* —tema de ambas novelas— se hacía sentir menos en las poblaciones que en el campo, y fueron los campesinos, por tanto, los principales actores del gran drama. Aquellos infelices vivieron aletargados en la servidumbre y la ignorancia. Y su despertar —descrito en *Los de Abajo*— fue terrible, pues no encadenados por la educación los instintos propios del hombre primitivo, la libertad sin disciplina en que de pronto se encontraron, fue, en no pocas ocasiones, la de Caliban.

Guarda valor *Mala Yerba* de documento sobre una época y, ajena a modas y a “ismos”, no ha envejecido como obra de arte. Dos traducciones atestiguan que, a más de ser gustada en México y en los demás países de lengua castellana, es capaz de interesar a públicos menos afines con nosotros, de idioma y de espíritu diferentes, al lector cosmopolita; junta la calidad humana al color vernáculo.

Opiniones más autorizadas que la propia sobre la labor literaria de Azuela, terminarán estas páginas de manera oportuna. El ilustre escritor Valery Larbaud, en su excelente prólogo a la traducción francesa de *Los de Abajo*, no titubea en recordar, como referencia en cuanto a estilo,

el alto nombre de Tácito. Y el perspicaz crítico francés Marcel Brion, a propósito de la agonía y muerte de José María en *La Luciérnaga*, menciona a Dostoyewski. Citas suficientes para demostrar que en Mariano Azuela tienen las letras mexicanas un novelista de talla mundial.

EL ESTADO DE MICHOACAN

P o r S A L V A D O R P I N E D A

Plática sustentada a través de la X E X X Radio Universidad Nacional, en la hora dedicada a Michoacán, el 8 de agosto último.

LA geografía de Michoacán es propicia para la vida errante, debido a la insinuante invitación de sus panoramas para seguir sus caminos largos que no terminan nunca y llevan a todas partes. De ahí, que en consecuencia con el maravilloso relieve de su suelo, abundan los tipos pintorescos con una marcada tendencia de exploradores de rumbos y de eternos caminantes. Atributos innatos que hacen de cada hombre un típico aventurero que vive siempre en los caminos porque su ánimo en marcha le empuja constantemente a la azarosa búsqueda de horizontes nuevos. A través de las brillantes páginas de Vicente Riva Palacio y de Eduardo Ruiz, cuyos libros merecen ser considerados como la *Iliada* y la *Odisea* de Michoacán por los relatos bélicos y costumbristas que contienen, podemos todavía sentir, identificados con la suerte de los reales personajes que en tendencioso caminar se transportan de región a región, las tonalidades vibrantes del paisaje y la sensualidad brutal de la abundante naturaleza tropical.

Hemos de encontrar también, a través de nuestra Historia, célebres caudillos que se refugian en su suelo para adquirir fama de invencibles, valiéndose de la natural defensa que proporcionan los intrincados rincones de las tierras michoacanas que detienen a los que desconocen sus rutas. Así, podríamos citar a los generales Pueblita, Arteaga y Salazar, intrépidos combatientes de la Guerra de Intervención que se hicieron temibles entre los belgas por su audacia y su admirable habilidad para moverse con ventaja en el terreno accidentado. Y para no citar sino dos ejemplos de los últimos períodos revolucionarios, podríamos hablar del general Gertrudis Sánchez; famoso en

toda la región por su destreza en el oficio recio de encumbrar cerros y atravesar llanuras; y el bandolero Inés García, que vale la pena de recordarse por ser la expresión perfecta del salteador de caminos, sin ideales ni bandera, que sólo se convierte en cabecilla por el placer de sentirse dueño de los mejores caballos y llamarse el azote de planes y alturas.

Pero el más importante de todos por sus hechos de guerrillero de primera categoría, es Nicolás Romero, el león de la montaña como le llamaron los franceses, tipo clásico del mestizo sin más limitación que su conducta de corredor de montes y sin más ley que su libre condición de jinete que a galope tendido atraviesa llanos y lomas para poner a prueba la velocidad de su brazo y de su caballo.

Cuando México parecía asumir una actitud de doliente resignación ante los invasores extranjeros, los caudillos de la guerra nacional se mantenían en pie en las regiones de Michoacán, dispuestos a empuñar el pabellón de la libertad y caer si era preciso, según la frase de Riva Palacio, con la postura noble de un gladiador romano y con la dignidad de una estatua griega, pero siempre con la canción en los labios y el supremo recurso de decir, interpretando la voz de México, como aquel semidios de Homero: "Me salvaré a pesar de los dioses".

LA TRADICION UNIVERSITARIA DE MICHOACAN

Pero además de este carácter aventurero que campea en los espíritus regionales, los centros de cultura han tenido un poderoso arraigo en la conciencia de sus pueblos. El pasado de la Universidad Michoacana es de siglos; tiene sus orígenes en el seno de la Conquista y en la sensibili-

dad del espíritu colonial. Es en 1531 cuando Fray Juan de San Miguel fundó en Guayangareo el Colegio de San Miguel, que aunque de cortos alcances pedagógicos tuvo el mérito de iniciar a los indios en las primeras letras. Poco tiempo después los Agustinos establecen en Tiripetío la Casa de Estudios Superiores, institución en que frailes ilustres, provenientes de las Universidades de Salamanca y Alcalá de Henares, como Fray Diego de Basalencque, Fray Juan de San Román y Fray Alonso de la Veracruz, impartieron eficazmente sus enseñanzas. En 1540 don Vasco de Quiroga establece en Pátzcuaro el Colegio de San Nicolás Obispo, cuyos principales estudios versaban fundamentalmente sobre cuestiones lingüísticas y religiosas, y en el que ya apuntan los principios básicos de la futura ideología universitaria, poniendo de relieve las cualidades pedagógicas de don Vasco "de cuya vida diáfana, comparable a los paisajes de la laguna legendaria, quedan aún huellas en pueblos y caminos". En 1580, al cambiarse la sede episcopal, el Colegio de San Nicolás, unido con el de San Miguel, es trasladado a la ciudad de Morelia, donde siguió funcionando por mucho tiempo como escuela dedicada a los estudios científicos.

Sin embargo, las nuevas corrientes de la cultura requerían una reforma total en la organización, y en 1917 se declara constituida legalmente la Universidad Michoacana que surge en la vida nacional con una orientación encaminada a resolver los problemas culturales del país.

La Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, nombre que lleva en memoria de su ilustre rector, ha sido el eco del pensamiento puro y el refugio de la libertad; ha sabido modelar la vida heroica de los hombres de México y lo máspreciado de nuestras generaciones ha desfilado por sus aulas. Se cuentan entre sus hijos las figuras gloriosas de Hidalgo, Morelos, Melchor Ocampo, Sixto Verduzco, Santos Degollado, Jacinto Pallares, Nicolás León y el Dr. Miguel Silva. Ante estas personalidades que resumen el pensamiento universitario de ayer, los nicolaitas de hoy no deben olvidar la significación tradicional de sus fuerzas ideológicas cuyo símbolo se estampa en el propio escudo del Colegio de San Nicolás que, al margen de las reglas heráldicas, ha sido poéticamente interpretado como "Daos a la armonía bajo la sombra de la fe".

EL NORTE Y EL SUR DE MICHOCAN

El Estado de Michoacán podría clasificarse en dos extensiones geográficas delimitadas.

La región del Norte o "tierra fría", donde existen las grandes ciudades que se han adaptado a los métodos técnicos de vida, y los campos féculos en que se siembra el trigo y la cebada, mediante modernos procedimientos de cultivo, como el tractor, la trilladora y las demás maquinarias que facilitan la explotación de la tierra; y la región del Sur, "tierra caliente" o "tierra del sol" como le llaman los tarascos, donde se sitúa la geografía del maíz y del ajonjolí y en que las pequeñas poblaciones se mantienen unidas por las viejas costumbres que se pegan sobre la superficie del terreno en que se planta el hombre, identificado con la tierra, al grado que se convierte en un idólatra de sus propios lugares, profesando hasta el misticismo lo que pudiera llamarse "la religión del suelo". En la tierra caliente el trabajo de los campos no sigue la trayectoria mecánica de la técnica moderna, sino que se realiza con instrumentos de sencilla elaboración, como el arado de madera que arrastra una yunta de bueyes y que tiene un trozo de acero en la punta o "gato" como le llaman los gañanes, que sirve para rasgar la tierra y abrir el surco en que el sembrador deposita la semilla; el "talache" que se utiliza para arrancar los "matones" que estorban el crecimiento de las matas productivas; y la "tarecua", instrumento de labranza en forma de triángulo que sirve para "escardar" el surco y quitar las hierbas nocivas para el desarrollo del maíz.

LA TIERRA FRÍA

En la tierra fría se halla establecida la antigua raza de los tarascos, que infunden un peculiar aspecto a la región; por eso, en el Norte de Michoacán la leyenda corre como el viento y el amor al paisaje indica que los tarascos creen encontrar en la primorosa vegetación el alma de sus antepasados.

Rápidamente vamos a iniciar el recorrido por los principales lugares del Norte del Estado.

LA HEROICA ZITACUARO

Zitácuaro, palabra tarasca (*zitacua*), que equivale a dos fanegas de maíz, se halla situado cerca de las altas serranías y ha desempeñado un papel importante en la historia del país. Durante la Independencia, los insurgentes tienen allí uno de sus principales asientos de campaña y nos lo demuestran la Junta de Zitácuaro y la histórica personalidad de Ignacio López Rayón. Y más

tarde, en la época de la invasión de los franceses, los representantes de la libertad y del derecho buscan asilo en el pueblo de Zitácuaro para combatir por la honra de la soberanía nacional amenazada. Los habitantes de Zitácuaro dieron entonces pruebas de patriotismo y lealtad, abandonando sus hogares y refugiándose en los montes para sostener la justicia y la independencia de los principios humanos.

“Desde los peñascos de la loma de la Palma—dice Riva Palacio—, desde las mesetas del Cerro de Caménbero, desde los encinos que cubren la falda del Cacique, los vecinos de Zitácuaro vieron a su ciudad, como una hechicera de la Edad Media, agitarse, estremecerse y desaparecer entre las llamas... y luego, un manto de cenizas como un sudario, tenderse sobre el antiguo recinto de la ciudad heroica”.

Pero con el tiempo Zitácuaro se ha vuelto a reconstruir y ahora es una población importante por su comercio y su floreciente agricultura. Entran allí casi todas las semillas de la tierra caliente, circunstancia por la que constantemente transitan por sus calles hatajos completos con pesada carga, y por la noche se juntan en su plaza principal arrieros del interior que, tras la fatiga de las largas jornadas, entonan la canción evocadora que parece regresar hacia los sitios perdidos en el lejano horizonte.

POR LAS RUTAS DEL INTERIOR

Empezamos nuevamente a caminar y hemos de pasar por Morelia, con sus coloniales edificios, su célebre Universidad y sus provincianos paseos, como el Bosque y el Parque Juárez; pero no nos podemos detener y hemos de dejar atrás la ciudad de Pátzcuaro, con su histórica catedral y sus calles empedradas por las que parecen resonar todavía los pasos de don Vasco; acaso fijaremos un poco la mirada en el paisaje de su inmensa laguna, sobre la que se desliza una lanchita de tarascos que después de vender sus pescados frescos en el mercado, regresan a su isleta tranquila que emerge sobre las aguas como el espíritu de la bella Eréndira; hemos de seguir adelante, venciendo la tentación que nos empuja hacia Uruapan para contemplar las maravillas del paraíso terrenal, sus hermosas mujeres con talladas jícaras en los brazos morenos, desbordándose de frutas y de flores; vamos de prisa y no nos es posible extasiarnos largamente en la cascada de la Tzaráracua que arrastra en su espuma el rumor de la sierra. Hemos de conformarnos con

admirar a lo lejos la espléndida perspectiva del pico de Tancítaro, de donde se desprenden limpios manantiales que bajan hacia los valles para nutrir la vegetación exuberante; hemos de dejar atrás toda esa filigrana de plásticas bellezas al alcance de la cámara fotográfica del turista, para ir hacia el interior, a encontrar en rápido recorrido el típico Michoacán que en realidad desconoce el visitante que no va más allá de lo común.

A vuelo de pájaro, nosotros vamos a cruzar por los lugares en que habitan los tarascos o purépechas, con la pureza de su lenguaje y la primitiva técnica de su trabajo. Hemos de atravesar partes en que existen pueblos aislados, hasta alcanzar el extenso valle que forma la región de los Once Pueblos, algunos de los cuales son: Caropa, Huancito, Sopaco, Tacuro, Tanaquillo, Santo Tomás. Todos tienen un sencillo régimen de vida: se dedican a los trabajos agrícolas, en determinadas épocas del año, pero su principal actividad consiste en la explotación de la madera que una vez labrada en pequeñas tablas o en cortos trozos, la venden en los pueblos cercanos de mayor importancia, como material para las industrias manufactureras de la región.

Es curioso observar cómo han logrado mantenerse alejados de las nuevas modalidades sociales; todavía siguen fieles a sus costumbres y sus antiguos ritos. Por ejemplo, la institución del matrimonio se realiza entre ellos de manera especial, mediante actos simbólicos que explican su antiguo significado. En la víspera de la boda, la doncella es sometida a un baño de agua aromática y cristalina, para que lleve el cuerpo limpio y fresco en la hora del sacrificio; en la ceremonia nupcial—y aquí se explica la teoría del rapto—, ante la presencia de todos los familiares de ambos cónyuges, el hombre ejecuta una danza ritual en la que carga sobre sus espaldas con la mujer para llevarla a su casa, no sin antes haber entablado una lucha simulada con los futuros cuñados.

CON LOS MUSICOS DE PARACHO

Cabalgando sobre las ondas del aire, seguimos la línea del trayecto veloz para llegar a Paracho, pueblo de extraordinario interés por su floreciente industria de artefactos instrumentales admirablemente labrados en la fina madera de la sierra; con tornos primitivos se fabrican allí innumerables objetos domésticos y decorativos, como los molinillos, los baúles, las bateas, los ju-

guetes y toda esa variedad de curiosas figuritas que se ofrecen a la mirada del asombrado viajero.

Las guitarras y los violines de Paracho son verdaderas obras de arte, de magnífica elaboración. Y es que los paracheños son gentes que poseen congénitas cualidades de músicos y artistas, con una intuitiva facultad para escoger los temas de la armonía y captar las expresiones plásticas de la belleza. Sus pinturas y sus dibujos —típicas maneras de interpretar la intensidad del color y la originalidad de la línea— revelan la técnica especial de que se valen para realizar sus concepciones artísticas; y sus danzas, significativamente moralistas por su fondo religioso, suponen una serie de ordenados movimientos que nos explican el misticismo de su imaginación. Dice don Eduardo Ruiz que en ninguna parte como en Paracho arraigaron las prácticas ceremoniales, a causa de que los purépechas de aquel pueblo son muy dados a venerar las imágenes. Desde épocas remotas los filarmónicos compusieron música especial para cada una de las festividades sacramentales; a veces son alegres sonos que se levantan sobre el viento en notas estrepitosas, como los que se tocan en los casamientos, en el carnaval, en la *parandatzicua* y en la *sirangua*; ora graves y solemnes, como en los bailes de las doncellas consagradas al culto de la Virgen. Ya indican una plegaria de fervorosas emociones, como el cantar de la Cruz del Sur; ya el coro infantil de las pastoras que llevan sus ofrendas al niño Dios.

Sin embargo, tenemos que abandonar la región de la música y de la leyenda tarascas, sin haber alcanzado a visitar Zamora y sus cercanías, ni la región de los Reyes, que se quedaron muy lejos. Marchamos por caminos opuestos y sin poder resistir el lastimoso frío de la sierra, con el “gabán embrocado” o “la picha cobijada”, como dicen los abajeños cuando se refieren a los sarapes, pasamos por las calles de subida y bajada del pueblo de Tacámbaro, que se halla encajado en la falda de una pedregosa y elevada colina; atravesamos por la mitad de los verdes cañaverales de Chupio y Pedernales, saltando los arroyuelos que salen de las huertas a oírnos perorar, para internarnos de lleno en los anchos caminos de la Tierra Caliente, siguiendo los “chiflidos” de los arrieros que arrean sus animales con los “pajuelazos” del “ta-pojo”.

LOS DOS RUMBOS SURIANOS

En el Sur de Michoacán se extienden las inmensas llanuras que se eslabonan en telúrica ca-

dena: los llanos de Antúnez, el Plan de Urecho, los planes de Cutzian Grande, los llanos del Balsas. La fertilidad de estas tierras reviste prodigiosos aspectos de milagro, porque se hacen de barro y resucitan el maíz, como en el bíblico relato, pero el rendimiento de su productividad, como todo terreno de temporal sin la posibilidad del riego artificial, se halla supeditado al arriesgado albur de la clemencia o inclemencia del tiempo. La época de lluvias, ¡oh sensación alentadora de la nutritiva humedad!, representa el transcurso de los buenos días para los agricultores de ley, pero cuando no llueve, ¡ah impresión desesperante de la resequedad!, parece que el campo muere, que se entierra, y con él acaba la misma actividad del hombre que vive con la cara alzada hacia el cielo, para seguir el retumbo del trueno que se aleja y la correría de las nubes ingratas que no sueltan ni una gota.

Las gentes del Sur no tienen idea de la clasificación de las estaciones del año y para ellos no existen sino dos etapas fundamentales: la cuaresma, que comprende los calurosos días en que la tierra se convierte en secos *terregales* y el ganado enflaquece porque se acaban los pastos y se agotan hasta los charcos cenagosos; y la temporada “de aguas” que abarca la época de las lluvias en que el mundo nace de nuevo y la tierra y el hombre se juntan amorosamente con el abrazo fuerte del surco y de la siembra.

Si nos atrevemos a asomarnos por los pueblos del Sur, hemos de empezar por Carácuaro, que está a un paso de Nocupétaro, en que todavía se levanta la vieja parroquia en donde Morelos cumplía sus deberes eclesiásticos, antes de poner su espada al servicio de la patria. Caminamos después por lomas largas y extensas llanuras en las que a menudo se encuentran “partidas de ganados”, destinadas a abastecer de carne a las urbes modernas; tropezamos a cada rato con pequeñas rancherías de gentes hospitalarias que nos regalan un jarro de agua, mientras nos fijamos en el caballo ensillado que amarrado en el “horcón de la ramada” espera al curtido jinete para salir a “campear”; pasamos por Tiquicheo, tendido sobre el polvoso terreno, hasta salir a San Lucas, con su vetusta iglesia, en cuyo altar se venera la milagrosa Virgen del mismo nombre, y su plaza amplia en la que anualmente se reúnen los buenos compradores y la mejor caballada regional, para dar vida a la famosa feria de La Candelaria. Vamos en seguida a Huetamo, con sus calles disparejas y sus casas de teja, la población de importante tráfico comercial, a la que

van a "placear" las cuadrillas cercanas para vender algunos productos, como "los pochos y las tinajas" de Zicuirán.

EN LAS ORILLAS DEL BALSAS

Pero ya que estamos cerca de las riberas del Balsas, hemos de acompañar al lustroso aparato que nos sirve de vehículo para llegar al hermoso pueblito de Zirándaro, que ahora pertenece a Guerrero, pero proviene del alma michoacana; llegamos a su plaza llena de frondosos tamarindos y de copudas "saibas", para seguir paseándonos por sus largos portales, con intenciones de ir al "ciruelar" a saborear sus carnosos frutos.

Zirándaro, lo podemos ver desde "las cuchillas" del embarcadero, es una reducida pero selecta población en que todos son parientes y sus bellas mujeres se asemejan al tipo clásico de las circasianas, por lo impecable de sus rasgos fiso-

nómicos. El pueblo se encuentra enclavado en las riberas del Balsas, y parece ser un largo caimán que salió a tomar el sol en lo alto de la playa y se quedó allí definitivamente, como si las manos de los cerros lo hubiesen detenido. En las noches tibias de Zirándaro, una ronda de jóvenes pueblerinos, con Angel Pineda, José Bermúdez y Albino Macedo a la cabeza, en melódico coro se dirigen a la tímida ribereña que escucha desde su lecho las notas de la canción.

Las noches de las orillas del Balsas tienen algo de los primeros días del mundo, porque cuando el barco de estilo belga quiebra la luna en la corriente, los montaraces animales lo contemplan desde el paredón. Allí el ateísmo es imposible, porque los misteriosos ruidos de la selva hablan al corazón del hombre que concibe la superstición. Todo es asombroso y, según Riva Palacio, se siente crecer la hierba y se adivinan brotar las plantas y los árboles.

GUGLIELMO FERRERO

P o r e l D r . J O S E S I L V A

CATEDRÁTICO DE
LA UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
M E X I C O

GUGLIELMO Ferrero, el maestro admirado de dos generaciones de intelectuales, llegó a la cátedra de la Universidad de Ginebra, hace solamente siete años.

El caso es único si se piensa en que el Maestro tenía ya entonces una preparación de cerca de cuarenta años de estudios profundos y eclécticos; y una producción histórica, sociológica y literaria que podría llenar la vida de dos o tres sabios.

El hecho de no haber profesado nunca regularmente en un Instituto de alta cultura, se explica por la actividad extraordinaria, la multiplicidad y la aparente irregularidad de sus investigaciones.

La *rutina* universitaria difícilmente permite a un cerebro prismático asociado a una voluntad enérgica, producir a la vez en varios campos.

Las exigencias de los cursos, la seriedad que exige su preparación, la orientación constante del espíritu hacia cierto orden de problemas, destierran casi inevitablemente todas las aptitudes ajenas a la asignatura profesada.

Además, la racionalización del trabajo introducida por razones que aquí no debemos discutir, en el dominio científico, ha llegado a requerir una especialización de cátedra que llega a rozarse involuntariamente con el humorismo.

* * *

Un hombre genial como es Ferrero, tuvo la suerte, mejor dicho, supo crear en gran parte su destino, siguiendo el antiguo lema: *Nihil humani a me alienum*.

La universalidad de su cultura se revela por dos órdenes de manifestaciones: de una parte, por la cantidad de asuntos diversos que ordenadamente trata en libros y estudios que han alcanzado el honor de ser traducidos a muchos idio-

mas. De otra parte, y en nuestro concepto es ésta la prueba más completa de la incomparable preparación del Maestro, están los escritos en la prensa sobre problemas contemporáneos, inspirados siempre en un lógico sentido materialista de los acontecimientos.

Puede Ferrero tratar de cuestiones palpitantes, políticas o sociales de nuestro tiempo, elevándose a una visión sintética, superior y segura, que emana de un análisis objetivo; y puede sufragar sus tesis con el material indiscutible que le es presentado por la historia, la filosofía, la sociología y el derecho.

Pues a todas esas ciencias, mejor, a todos esos grupos de ciencias, el Maestro ha dedicado años y años de su vida intensísima.

Cuando, por ejemplo, en tal cual demostración dialéctica suya, el lector encuentra, presentada con aparente sencillez, una afirmación procedente de fuente latina, deberá considerar que para escribir su famosa obra "Grandeza y Decadencia de Roma", Ferrero hubo de estudiar, entre otras cosas, íntegramente, *todas* las fuentes durante un período de quince años.

* * *

¿Sobre qué disciplinas no ha escrito Ferrero? Comienza su obra más conocida por una colaboración muy personal y casi siempre patente, a César Lombroso y a Scipio Sighele, sobre asuntos de antropología criminal, de sociología, de psicología. Publicó, además, estudios e impresiones de viaje, muy personales todos, audaz y frecuentemente demolidores de ideas preconcebidas y vulgares.

Llegó, finalmente, la obra que fue su gran revelación y que anuncia su magnífica madurez: "Grandeza y Decadencia de Roma".

Para poner de relieve la importancia de una obra, nada más eficaz que considerar el número y calidad de sus críticos.

Fueron éstos, sobre todo —me permitiré decirlo— de la "categoría de los universitarios del siglo XIX": muy importantes, muy severos y tradicionalistas, y no podían concebir el hecho de que se hubiese escrito un tratado de historia por un joven que no era catedrático ni aspiraba a serlo.

Además, frente al método expositivo completamente nuevo del joven autor, se erguían todos los caducos defensores de los métodos y estilos tradicionales.

Guglielmo Ferrero se permitía escribir los tomos de su historia con vivacidad, con movimien-

to: presentar los hechos históricos sobre un fondo pintoresco y atrayente; se atrevía a hacer vivir —actuar, hablar— a los personajes históricos...

Todo ello dió ocasión a una crítica feroz, según la cual los académicos historiadores, los insignificantes coleccionistas de diplomas, encontraban —¡y cómo no!— que la interpretación nueva y original de los hechos de la antigüedad era absolutamente inexacta.

Pues realmente Ferrero no había tenido miedo de substituir por hipótesis personales, otras hipótesis que, quizá por su vetustez, habían adquirido, según esos críticos, el valor de realidades indiscutibles.

Toda esa campaña que muy sintéticamente recordamos aquí, no pudo estorbar dos resultados: que el público intelectual del mundo entero se posesionase de la obra admirable y reconociera el mérito *hors classe* del joven sabio y que Ferrero, con su fuerza tranquila y su poderosa voluntad, continuara su camino de historiador original y de filósofo de la historia.

En el carácter del Maestro es calidad sobresaliente, la de ser rectilíneo e inflexible consigo mismo antes que con los otros: cuando ha escogido su rumbo, nada de psíquico ni de fisiológico, ni de físico —en la vida normal— puede detener su marcha.

La prueba auténticamente histórica de todo ello se tuvo en sus relaciones con el fascismo, que no llegó a desviarlo ni un centímetro de sus bases ideológicas y de sus manifestaciones públicas.

* * *

Los escritos del Maestro son muy leídos: en todos los países, las *élites* intelectuales han reconocido la excepcional importancia que, aun indirectamente, tienen sus enseñanzas.

En el período perturbado e inquieto en que vivimos, la claridad del pensamiento de un *homme libre* que posee el dominio constante de su preparación extraordinaria, representa una segura guía, pues es inteligente, cultísimo y, sobre todo, nada *reticente*.

La prensa, naturalmente, ha constituido el órgano de mayor difusión de las ideas de Ferrero. Pero muchos privilegiados pueden ponerse en relación más ardiente con él a través de sus lecciones y de sus conferencias.

En verdad esos dos términos no constituyen más que un solo hecho, pues por razones objetivas los cursos profesados en la Universidad de

Ginebra, que son seguidos por centenares de personas, alcanzan la misma categoría que las conferencias sustentadas por casi todo el mundo, de la Sorbona hasta Harvard.

Analizar la oratoria equivale, a veces, a desvirtuarla, pero existen todavía unos pocos oradores que merecen ser llamados *escultores de la palabra*.

Para entender mi idea bastaría mirar el rostro del Maestro cuando esfuerza sus lineamientos en la pronunciación vibrante, que visiblemente se propone transfundir al público el *fremitus* psíquico que en aquel momento embarga su cerebro.

Además, se puede observar con interés el visible gozo, evidente, que la exposición de sus ideas procura al Maestro: así por ejemplo, la ironía de la que hace uso, *en gran seigneur*, comunica una expresividad indescriptible a su rara sonrisa y constituye uno de los medios poderosísimos de penetración para sus afirmaciones más vigorosas.

* * *

Muy otro se manifiesta Ferrero en la intimidad. El sabio, el historiador, el conferencista que domina a su público, emergiendo en contraste casi físico con el auditorio, frecuentemente se calla y atentamente escucha— cuando está en la intimidad.

Las primeras veces que uno tiene ocasión de hablarle, el hecho insólito de encontrarse ante es-

te hombre y de tener que soportar su mirada penetrante y la cortesía de su silencio analizador, produce una sensación de verdadero pánico.

Me parece ver todavía a cierto profesor extranjero que me pidió el favor de ser presentado con el Maestro, y que no llegó literalmente a pronunciar palabra cuando se vió en presencia de aquél.

Por el contrario, basta no ser objeto de su atención directa para sentir en él y en su ambiente familiar, la sencillez y la cortesía naturales que se manifiestan en sus constantes atenciones.

Los salones de la casa de Ferrero en Ginebra, están siempre muy animados: en ellos se da cita la *élite* del mundo intelectual internacional y, además, adviértase que, como lo ha escrito la señora Lombroso-Ferrero, Ginebra misma es ya un centro de muchísimos otros centros.

De la esposa del Maestro, hija predilecta de Lombroso, su biógrafa y colaboradora excesivamente modesta, escritora ecléctica y perspicaz, sería necesario escribir aparte; así como del joven sabio Leo, orgullo de su vida, bárbaramente desaparecido en la flor de los años. No debe olvidarse aquí, tampoco, la influencia constante que Gina Lombroso tuvo y tiene en la vida y en la creación de este Maestro, que no somos nosotros los únicos en considerar como el más seguro guía e intérprete en el laberinto determinista de los acontecimientos histórico-sociales de nuestra época.

X E X X 1170 Kilociclos

O n d a L a r g a

X E Y U 31.25 Metros

O n d a C o r t a

Radio-Universidad-Nacional

DIALOGO CON

JOSE MORENO VILLA

ENTREVISTA DE
RAFAEL HELIODORO VALLE

¿Es que la tragedia española no lleva consigo un altísimo valor estético?

España sigue su destino. Es la de siempre. Llena de drama, como Unamuno, pero con enorme vitalidad para rehacerse.

Quien habla en ese tono es don José Moreno Villa, ilustre maestro español, artista, investigador de formas y de ideas, estático cazador de símbolos que cada día se hace el propósito de llenarlo con un afán y cuando llega la tarde lo pone a que siga trabajando en nueva y ardiente labor callada, como aquellos artesanos que de sí mismos hacían la obra cristalina para entregarla en humilde desinterés, seguros del goce de la plenitud interior y de que la vida inconclusa es un estímulo.

Don José Moreno Villa, a las primeras palabras me da la impresión de un viajero que cuida de su diáfana honestidad y se comporta como espectador que busca en lo esencial la aritmética de las cosas, sin pretender adentrarse en su misterio sutil, sino en los rasgos que, hallándose visibles a la gran mayoría, son las mejores claves para explicar lo que no pudieron decir los libros ni mostrarse al ojo ávido de los eruditos. Moreno Villa desdeña que se le incluya entre los últimos, no por excesiva modestia, por cómoda actitud, sino porque prefiere las responsabilidades del espectador que utiliza con economía su inteligencia.

—En ver lo que hay de español en México y lo que hay de extraño, me vengo ocupando desde que llegué. Y lo hago con gran parsimonia. Cuando termine una serie de artículos que estoy preparando, hasta entonces me atreveré a opinar.

—Es posible que le convenga enterarse del programa del Instituto de Investigaciones Estéticas, de nuestra Universidad, que está enriqueciendo su archivo, organizando vasto arsenal.

—¿Un archivo fotográfico?

—Sí, pero falta dinero— le digo, mientras la conversación se va adensando en torno al tema de las investigaciones estéticas que los universitarios emprenden.

—En España hubo un fotógrafo, el fotógrafo Mass —dice Moreno Villa— que con grandes esfuerzos y tiempo hizo un fichero fotográfico de toda España. Mass vende las fotografías. Y recorrió todo el país con muchos sacrificios, en condiciones penosas, llegando a los pueblos más apartados, faltos de medios de comunicación. Fue un trabajo de mucho tiempo.

—Pero nosotros apenas nos imaginamos lo que puede ser el tesoro artístico de México. Sabemos que se trata de un tesoro, pero nada más. El Gobierno lo administra, pero no en una forma completa. Sería imposible por ahora, porque se necesita un ejército de técnicos y no hay todavía dinero para tantas cosas que se necesitan. Y luego hay pueblos inéditos, muchos de ellos sin caminos y hasta sin gente, en los que también hay joyas que algún día saldrán a luz.

—Hay siempre mucho que descubrir. Siempre, siempre...

—Pero usted no se imagina, Moreno Villa, cómo es de difícil trabajar en esas investigaciones de arte en algunos pueblos donde los campesinos acostumbran tocar la campana del templo y las gentes se van reuniendo, así que ven aproximarse un grupo de turistas o surge una cara desconocida. Esas gentes son suspicaces, desconfiadas. Y como son los dueños del templo, es imposible prescindir de ellos. Se van apostando, disimuladamente, desde la entrada hasta los altares y los pasillos y no permiten que el forastero ponga manos en alguna de las cosas que ahí están. Cuando acaece la festividad del santo patrono, llevan al cura que les va a decir las misas y vuelven a cerrar el templo una vez que pasa la fiesta. Es

posible que usted haya visitado alguno de esos pueblos. Usted ya debe haber visto algo.

—Hasta ahora sólo he conocido Puebla, Cholula, Tasco, Cuernavaca.

—Y luego otros peligros, que no dejan de ser pintorescos. No hace mucho que la prensa ha hablado de las efusiones de sangre entre los vecinos de dos pueblos próximos, tan sólo porque los de uno llaman a los del otro los “cuacos”, es decir, los “caballos”, y todo porque el nombre es uno de esos nahuas, que comienzan en “cuau”, algo así, no recuerdo muy bien, y como por ese epíteto se sienten ofendidos, los domingos, que es cuando se emborrachan, vienen a las manos.

Hay un alto en la conversación, que bruscamente interrumpo con la pregunta inevitable:

—¿Qué hay de cierto en lo del tesoro artístico de España que ha salido para Francia y otros países?

—Nada de eso es cierto. Lo que pasa es que han utilizado una noticia para transformarla, porque, claro, la cosa se presta y con un poco de mala intención... Han salido algunas pinturas para el Pabellón Español en la Exposición de París; pero se trata de cuadros que luego volverán. De esto se han aprovechado los fascistas para propalar noticias falsas.

—¿Y los museos de Madrid?

—Se han puesto a salvo sus tesoros en el convento de las Descalzas Reales, y también en Valencia.

—Pero la prensa de Franco ha dicho que muchas de las joyas han salido para los Estados Unidos...

—No, nada hay de eso. Hasta que he salido de ese país, no se tenían ningunas noticias.

—Aquí hemos leído la carta que escritores y artistas de insospechable probidad enviaron al director del Museo Británico, para que enviase a Valencia en busca de la verdad.

—Y han estado allí, comprobando que todo permanece intacto, que las colecciones conocidas continúan como han estado. Algo se habrá perdido, es natural, pero otras cosas se han ganado: las colecciones particulares.

—Y vaya que deben haber sido magníficas esas adquisiciones, no sólo tratándose de pinturas, de joyas de orfebrería, de tapices, sino también de libros, de manuscritos. Para la Biblioteca Nacional de Madrid las congratulaciones y para Dámaso Alonso, su director, nuestra envidia.

—No, el director no es Alonso, sino Navarro Tomás. Y es éste quien ha desmentido las falsas noticias, que han sido propaladas por Miguel Artigas, que fue el director de la Biblioteca hasta que estalló la rebelión. A Miguel Artigas le sorprendió ésta en Teruel y...

Moreno Villa, con lento hablar, sin exaltarse la voz ni mucho menos el ademán, hace un alto en la charla. Y luego, como si tratase de desasirse de tantos recuerdos abrumadores que no puede disimular, porque es uno de los españoles que más profundamente sufren la tragedia de España, se diría que regresa a la conversación instigado por una pregunta mía que trata de suavizarle evocaciones.

—¿Y qué ha visto usted en México?

—Solamente cosas que se pueden hacer en un día: le repito que he visitado Tasco, Puebla, Cholula, Cuernavaca, Tenayuca. Y también las pirámides de Teotihuacán y unas cuevas.

—¿Las de Cacahuamilpa?

—Sí, Cacahuamilpa. Hay algunas palabras mexicanas que todavía se me rebelan. Una de ellas es “tlapalería”. Este comercio es muy curioso. Pienso escribir un artículo sobre él. En los primeros días me desconcertaba mucho. ¿Dónde encontraré aguarrás? En la tlapalería. ¿Clavos? ¿Cordel? En la tlapalería. Y hasta calendarios hay en las tlapalerías. Me suena esta palabra como a “trapos viejos”...

—Es lo que pasa en las droguerías de los Estados Unidos, en las que venden libros, refrescos, sandwiches y... hasta drogas. ¡Una cosa maravillosa! Es a lo que más se parecen esas misceláneas.

—En España las droguerías venden artículos para aseo, principalmente y, claro está, algunos específicos, pero en escala más reducida. No es un comercio tan ilimitado como aquí.

De todas estas cosas menudas, deliciosamente mínimas, que forman el canevá de los días y que son como el imán de este gran observador que nos visita, de este hombre de ojos nuevos, limpios, hemos hablado, movido yo por la curiosidad que despierta la sola lectura de esa carta que, en torno a una divinidad mexicana, Xochipilli, santo patrón del amor y el verano —el dulce y plácido verano de México, en la altiplanicie de los cármes y las noches hondísimas y las terrazas silenciosas— ha escrito este hués-

ped que sabe atisbar con elegancia que huye de la erudición y que por los campos de la emoción estética ha tenido que irse resbalando, cuando menos lo esperaba, hacia una arqueología que no trata de dar ceñidos detalles, sino de buscar en las piedras la explicación de terribles misterios, procurando aproximar la explicación de México, descubriéndolo, redescubriéndolo.

—¿Y cuánto tiempo se propone usted permanecer en México?

—No lo sé todavía, es algo indefinido, como la tlapalería...

Después de esta sutilísima alusión, yo comprendo muy bien lo que Moreno Villa quiere decir con lo indefinido de su permanencia. No disimula que aquí se siente como en alguno de esos rincones de España que le son tan conocidos, pero su viaje a estas latitudes, que tiene una extrema importancia para él y para nosotros, sobre todo porque él es una de las voces más claras que suenan en esta hora legítima de España, ha de prolongarse todo el tiempo que necesite para que sus visiones e imaginaciones le den la totalidad de lo que siendo realidad azarosa, tiene los límites ilimitados del sueño. Es claro que el humilde habitante que vivía, como en la atmósfera de un gran silencio sonoro, en la Residencia de Estudiantes, allá en Madrid, se siente como si fuese un desterrado de su cielo, un cielo que él ayudó a construir en largos años.

—¿Y qué habrá pasado con ella?

—Allí tengo todos mis papeles, autógrafos, libros, pinturas, todo, todo... ¡hasta los recuerdos familiares, la cadena del abuelo y el reloj del bisabuelo están allí! Me sacó el Gobierno en veinticuatro horas y salí de Madrid llevando solamente un par de trajes de invierno, creyendo que volvería pronto...

Y luego, como que se pierde en el dédalo de recuerdos terribles, para pensar en el chopo que daba hacia su celda de estudio.

—Lo habrán talado. Durante el invierno se convirtió aquello en cuartel y no respetaron sino tres cuartos. He sabido que cayó un obús en el cuarto de Orueta, destruyéndolo por completo. Allí tenía Orueta una biblioteca de arte y una gran colección de fotos de escultura española.

—Qué cruel, inicua guerra...

—Hasta una pobre vieja servidora resultó herida. Algún día tendré noticias de que lo mío ha desaparecido. Los obuses caen donde se les acaba el impulso...

—¿Cuánto tiempo tenía de vivir en la Residencia?

—Cumplí justamente 27 años... Allí también vivió Federico...

Hay una trémula resplandescencia de evocación cuando suena el nombre de García Lorca. Acababa yo de leer la maravillosa página que en "Hora de España" de julio, publicó Vicente Aleixandre.

—El primer artista que estuvo en ella —continúa hablando Moreno Villa— fue Juan Ramón, y de allí salió para casarse... Dalí vivió también allí.

—¿Y cómo la formaron?

—Fue una de tantas cosas que surgieron al crearse la Junta de Investigaciones Científicas. Se pretendía dar a los estudiantes un medio de vida más decente que el que tenían en casas de huéspedes. Se puso al frente un director, que es el mismo que ha tenido hasta el año 36: Alberto Jiménez Fraud, un hombre que estuvo en Inglaterra, y que persigue un poco el plan inglés de educación, adaptándolo al medio y a las circunstancias...

—Como aquí en México Aguilar y Santillán, con la Academia Alzate. El hombre y la institución se han unido para siempre.

—Jiménez Fraud recibió ayuda de la Junta hasta el momento en que la Residencia, a pesar de todos sus gastos, tuvo un fondo disponible, devolviendo entonces a la Junta parte de lo que en ella había invertido. No se concretaba solamente a dar asilo a los estudiantes españoles, sino que durante el invierno había un par de becarios ingleses. Y en el verano, como aquí en México, iban principalmente estudiantes norteamericanos. Pronto tuvo laboratorios de química, fisiología, biología, bacteriología; una biblioteca, sala de conferencias, profesores de idiomas, profesores para alumnos especializados en Derecho. Uno de esos laboratorios, el de fisiología, estuvo a cargo del actual Jefe del Gobierno, el doctor Negrín.

—No sabía yo que Negrín fuera fisiólogo...

—Y otro de los laboratorios —añade Moreno Villa— lo dirigía Pío del Río Hortega, otra figura internacional, maestro de histología; por cierto que uno de sus mejores alumnos, el profesor Costero, acaba de llegar a México. Otra creación de la Residencia, fue la Sociedad de Cursos y Confe-

rencias, formada para traer del extranjero a literatos y hombres de ciencia de primera calidad, de cualquier parte del mundo, dándoles pasajes, estancia y un tanto. Aquel viajero especialista en Persia, que sabía cosas maravillosas de dicho país; el inglés que descubrió el tesoro de Tut-Ank-Amen...

—¿Howard Carter?

—Y además de Carter, Wells, Einstein, Bergson, Chesterton, Strawinsky, Frobenius, y muchos más, todo lo que se ha significado en los últimos tiempos en el mundo científico o artístico...

—Claro que todo eso no era sino para un grupo reducido...

—Sí, es una sociedad en la que se paga determinada cuota, y no podría ser de otra manera. Personajes que llegan a expresarse en su propio idioma, no pueden tener sino un reducido auditorio...

Apasionado por su querida Residencia de Estudiantes, ansioso de hablarme de ella todo lo más que pueda, Moreno Villa continúa:

—Además, para la vida interior de la Residencia, siempre se procuraba tener unas cuantas personas mayores, que sin labor pedagógica determinada, influyeran en el ánimo de los alumnos, como si éstos vivieran en familia. Durante las comidas, los estudiantes hacían preguntas a los más viejos, que los orientaban en esa forma. Yo hacía cada semana, los sábados, una excursión al Museo del Prado, en donde les hablaba de pintura; otros los llevaba de excursión a las ciudades históricas y les hablaba de arquitectura, de escultura, del paisaje. Éramos cuatro o cinco los que desempeñábamos nuestro papel, pagando, como todos, la mensualidad, pues no vivíamos gratuitamente: Ricardo Orueta, don Angel Llorca, antiguo y prestigiado maestro que dirige una escuela para menores en Madrid, y que vivía con nosotros en la Residencia, Paulino Suárez, el médico y yo; estos fuimos los que llegamos hasta el final.

—Tengo entendido que también los visitó Pedro Henríquez Ureña.

—Pasaron muchos por aquella casa. Siempre había en ella un cuarto para los visitantes. Teníamos también un auditorium.

—¿Y de la Junta de Ampliación qué me dice?

—Ella ha contribuido como ningún organismo a subir el nivel cultural de España. Fue una creación de Giner de los Ríos. No hacía política, y, con gran espíritu liberal, estaba compuesta de elementos de derecha e izquierda. Durante muchos años fue su secretario José Castillejo, un hombre de gran valía, un gran organizador.

—¿Dónde está ahora Castillejo?

—En Inglaterra. Pero creo que estuvo hace poco en Valencia. Curioso tipo, muy inteligente, activo, de una gran inventiva. Todos los días tenía algo nuevo que ensayar. Cosas de un gran sentido práctico, de valor científico, educativo. Creó una escuela plurilingüe, en la que los niños aprenden a hablar diferentes idiomas desde muy pequeños.

—¿Y Unamuno? ¿Estuvo algún tiempo en la Residencia, verdad?

—Nos visitaba frecuentemente, menos cuando había dificultades políticas.

—¿Murió en tragedia!

—Como vivió. Hizo de su vida una tragedia, en la cual vivía, y murió en una tragedia real. No. Nunca claudicó por cosas de interés. No se le puede tachar de nada en ese sentido. Fue apasionado y arbitrario en algunas ocasiones. Muy personalista y egocéntrico. Pero su personalidad ocupa toda una época de la historia de España.

—Don Miguel nunca estuvo en América...

—Nunca...

—Tenía su estribillo, que muchas veces lo contaba a sus amigos mexicanos, olvidándose que ya lo había dicho. Y solía contar: "Mi padre estuvo en México, con un amigo de Tepic".

—Eso de que muchos españoles no vienen a América —dice Moreno Villa— se explica porque en España el intelectual no tiene dinero para viajar como el inglés o el americano, que con el dinero de uno de sus libros tienen para vivir y viajar.

—O por falta de interés, como pasó con los reyes de España, que en tres siglos no tuvieron la ocurrencia de hacernos una visita.

—Pues sí, los ingleses y los americanos sí pueden. En cambio, Galdós, que fue un escritor de los que más vendieron en España, vivió medianamente. Y lo mismo sucede con Baroja. Si acaso, algún viaje a París, a Suiza o Alemania, unos veinte días. Y eso es todo. De viajes largos no hay que

hablar. Y es forzoso conocer países tan extraños a pesar de ser hermanos, como los de América. La generación nueva tiene que ser menos libresca y valorar a los países no sólo por los libros que produzcan, sino por el material humano, que es de un interés vivo.

—Lo mismo nos sucede tratándose de España y de hoy en adelante los de América estamos en la obligación sagrada de ir a España, para poder conocernos mejor, desandar los caminos...

—Yo gozo la mar teniendo a diario en América una impresión nueva —dice Moreno Villa—. Y habrá de venir una generación que se interese por el hombre, que venga a conocer más cosas de América, su vida que es tan igual y tan distinta a la nuestra.

—Me figuro que se conoce mejor a España en América.

—No lo sé. Pero vale la pena de ocuparse del intercambio de jóvenes y de escritores, no por viajes cortos, que eso no vale la pena para ahondar en nada y sólo sirve a los turistas.

—De un tiempo a esta parte las cosas han ido cambiando. Mucha gente importante hemos visto aquí: Fernando de los Ríos, Américo Castro, Cabrera, Zulueta, Díez-Canedo, Salaverría, Madañaga, Del Río Hortega.

Y de pronto, vuelta al tema de México. Porque Moreno Villa es el caso del viajero que, sin alucinarse, no ha desperdiciado minuto de su estada aquí, para estudiar, entender, preguntar. Y se la pasa tomando apuntes, acaso preparando un libro —no podría afirmarlo, porque sería impertinencia preguntárselo—, pero como es un trabajador infatigable, que elabora cotidianamente, imperturbablemente, la hipótesis cobra visos de certidumbre.

—¿Qué ha visto de pintura en México?

—He estado en el Museo de la Academia de San Carlos. Hay algunas cosas allí, pero comprenderá usted que al lado de lo europeo... Aquí, lo importante es lo nuevo, pero de esta pintura moderna prefiero no hablar improvisadamente.

—Pero lo arqueológico...

—Respecto a lo arqueológico, no conozco nada. Pero el arte tiene su palabra, y aunque usted no sepa la arqueología azteca, el espíritu se manifiesta en detalles y ese detalle lo trata usted. Don Alfonso Caso dice que hay que ver lo azteca "con ojos de azteca"; pero el azteca es un hombre, y hombre es también el europeo.

—Todo eso que usted nos acaba de decir sobre la divinidad veraniega, que tenía bajo su jurisdicción los juegos y el amor, es una lección admirable. Eso es darle al mito mexicano una elegancia de realidad. Pero los indios no ven "con ojos aztecas" las reliquias del Museo Nacional. Muchos de ellos lo visitan y se quedan sorprendidos como si estuvieran en un mundo distante que fue poblado por indios que tienen otra sensibilidad.

—Ellos verán las figuras pensando: "así es mi pie, así mi mano". Pero no creo que puedan comprender las representaciones.

—Y hay algo más todavía —advierto a mi ilustre interlocutor—: los indios que salen de las escuelas y los que terminan estudios universitarios, no sienten orgullo por su tradición, acaso porque al asomarse a la cultura europea, son los primeros en darse cuenta de que han roto esa tradición. Acaso pasa con ellos como si sintieran el complejo de inferioridad. Tuvimos ya una Casa del Estudiante Indígena que fue inolvidable experimento: de cada una de las familias étnicas que habitan el país, trajeron un número reducido, para que en dicha casa, como un hogar, fueran preparados y más tarde se convirtiesen en los líderes de la emancipación de los grupos a que pertenecían. Recuerdo que muchos de ellos llegaron a dicho laboratorio en estado completamente salvaje, y a los dos meses ya no les gustaba que sus maestros les hablaran de las cosas indígenas, estimando que los blancos lo que hacían era burlarse de ellos. Y en final de cuentas, se enamoraron de la ciudad y cuando la mayoría terminó sus estudios, no quisieron regresar a sus comarcas.

—Quiere decir que fue un fracaso para los investigadores.

—Prácticamente esos indios no volvieron a los suyos. Ahora el experimento lo están llevando por otra ruta, alejándolos de los centros populosos.

—Eso pasa en España con la gente del pueblo. Cuando usted quiere preguntar cómo cantan en los corros, hay que vencer una resistencia tremenda, porque creen que es burla.

—En México existen ya investigadores que tienen gran paciencia para esta labor. Algunos son extranjeros, que logran convivir con los indios y principian por aprender el dialecto.

—Es posible que venga un español que se ha dedicado a la música popular: Jesús Bal.

—La diáspora, como dice Pijoan en una página periodística hablando sobre la dispersión española. Pero lo triste es que algunos han huído para siempre... Me dicen que Manuel Falla...

—Sí, Falla se volvió loco. Era un hombre profundamente religioso. Un místico. Y lo declaró así varias veces. ¡Dicen que Federico García Lorca se refugió en su carmen del Albaicín, en la Alhambra! Otro caso de trastorno mental por la tragedia, es el de Luis de Tapia. Enloqueció y murió. No era un retraído como Falla, sino por el contrario, amigo de concurrir a las peñas de los cafés y a todos los sitios donde hubiera diversiones; pero no pudo resistir...

—¿A Ortega y Gasset?

—A Ortega lo cogió la guerra ya enfermo. Padecía del hígado, de la vesícula biliar. Estuvo en peligro de muerte. Vivió en la Residencia los últimos días, antes de salir para Grenoble. Yo creía que no lo volvería a ver más. ¡Tan malo estaba!

—Lo último que hemos leído aquí son unas páginas sobre el esplendor y miseria de la traducción.

—Parece que trabaja ahora un tema curioso: el lenguaje es utópico. Y es que habrá visto sus obras traducidas y encontrado cosas que nunca quiso decir.

—¿Y usted qué prepara ahora?

—No tengo nada nuevo. Ya le he dicho cómo salí de Madrid, sin tener nada absolutamente. Además, no estoy en tren de hacer poemas; los últimos que hice fueron sobre la guerra.

De súbito pensamos en dos amigos que residieron en la casa que ahora habita Moreno Villa: León Felipe y Juan Marinello.

—No tengo noticias concretas de León Felipe. La criada me trajo su dirección y cree seguramente que Madrid es un sitio de recreo, porque me ha dicho: "Se marcharon a Madrid. Habrán ido a descansar".

—Leemos que Marinello ha ingresado a un batallón de voluntarios hispanoamericanos.

—Es el contagio. Quien vive en aquel ambiente guerrero, quiere pelear. Hay otras cosas que hacer, por ejemplo tareas administrativas, y, sin embargo, las gentes dedicadas a ellas se sienten incómodas porque quisieran estar con el fusil en las manos.

—Me dicen que vuelve Pijoan, a fines de este año.

—Parece que trata de redactar para su "Historia del Arte" la monografía sobre México, en colaboración con don Alfonso Caso. Pijoan vive en los Estados Unidos. No tiene más compromisos que tres meses de cátedra en Chicago, con cuyos ingresos tiene para vivir. Su casa de Suiza le permite pasar temporadas. Sus hijos se han casado y el matrimonio se dedica a viajar por estudio y para enriquecer sus libros.

Y hablamos de otros españoles, ausentes, presentes: Federico de Onís, que se ha labrado espléndida posición en los Estados Unidos, dirigiendo la revista del Instituto de las Españas; Antonio Solalinde, que acaba de morir; y un catedrático que hace poco, según se dijo, murió en Madrid, después de haber trabajado en Chicago: José Robles, a quien conocimos durante unos Cursos de Verano aquí.

—Robles se volvió loco al estallar la guerra. Aseguraba que nadie más que su hijo hacía los planes para la defensa de Madrid y para continuar la guerra. Cuando yo salí, estaba en la cárcel. Ahora dicen que murió, si de muerte natural, no sé.

—¿Pero cuándo viene Jiménez?

—Juan Ramón está en Cuba. Puede que venga a dar sus conferencias literarias.

—¿Y Menéndez Pidal?

—Su última carta dice que va a Nueva York, como profesor huésped de la Columbia.

—Sabemos también que viene Pedro Salinas, que aquí publicará un libro de poemas inéditos, y que estrenará una comedia. Que viene en Navidad.

—Es muy trabajador. Y tan divertido con sus preocupaciones de enfermedades que existen solamente en su imaginación, porque está gordo y colorado; pero lleva siempre los bolsillos llenos de drogas, pensando que tiene algo grave.

—Así era Chocano, así lo conocí.

—A pesar de sus fantásticas enfermedades, Salinas trabaja mucho, sí, trabaja. Hay momentos en que si un hombre se distingue por haber organizado algo, le llueven comisiones, cargos, y acaba por ser víctima de sí mismo.

—Aquí tenemos un caso en don Francisco Gamoneda, un español que sería millonario si sus actividades las hubiese traducido en dinero o en fuerza hidráulica. Ahora dirige la Biblioteca del Congreso y pone en movimiento a los “Amigos de la Biblioteca del Congreso” y tiene una cátedra en una escuela de archivistas y dirige circulares impresas a todos los Congresos del mundo y cuando empiezan a llegar canjes, no hay dónde colocarlos, por falta de espacio, de anaqueles, de dinero. Es el que organizó el Archivo de la Ciudad de México; y por cierto que hizo un catálogo impreso, del cual no se conocen ejemplares.

—¿Se han agotado, o qué?

—No. Se trata de una edición rarísima. Sus actividades abarcan a toda América y Europa. Organiza tertulias, excursiones, conferencias y hasta tiene tiempo para distribuir unos boletines de turismo, muy elegantes, sobrios, que se refieren a España.

—Ah, sí, en España el fomento del turismo ha sido un gran programa. Esa oficina era casi un Ministerio y movía una muchedumbre enorme trabajando.

—Ya usted conocerá la propaganda que hace actualmente una empresa cervecera de México, a base de reproducciones admirables de pinturas mexicanas y extranjeras. En esa labor se han aprovechado materiales de indudable importancia. Usted habrá conocido ya la pinacoteca de Bellas Artes. Y el Museo de la que fue Academia de San Carlos.

—Me parece que un establecimiento de tal naturaleza debe tener un ambiente de mayor paz. No es conciliable con una escuela y menos aquí donde los jóvenes emplean la pólvora y ladrillos y agua para divertirse...

Y pensando en que España es inmortal, a pesar de la barbarie que procura aniquilarla, después de sentir el sosegado, pero cuán hondo calor espiritual de lumbres como la de este Moreno Villa —conversador que incita, que hace saborear temas y aguzar comentarios—, me he preguntado si lo universal español está testimoniándose en el momento que vivimos y si España ha vuelto a encontrarse, como tras milagrosa palingenesia, en la que todo lo impuro y cruel será eliminado, y si de toda esta angustia humana saldrá redimida y con ello hará la redención del hombre americano.

“EL CALVARIO” DE LA CIUDAD DE CUERNAVACA

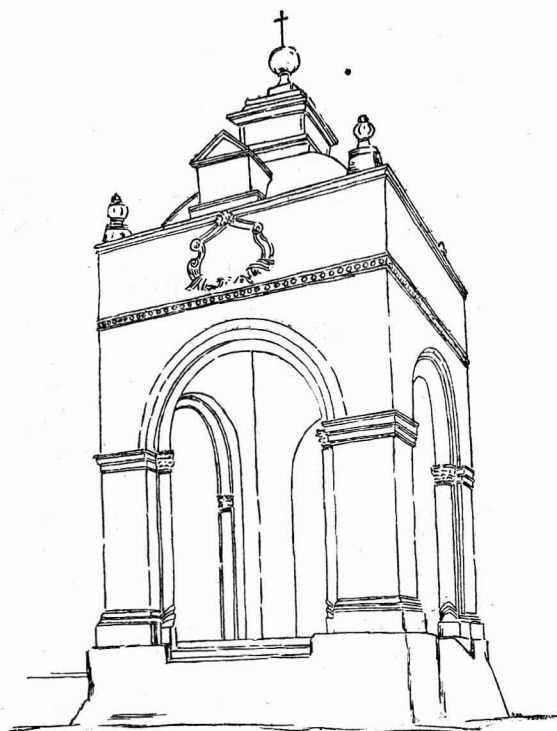
LA ermita conocida con el nombre de “El Calvario”, se levanta en la parte alta y al Norte de la ciudad de Cuernavaca, en un lugar que anteriormente se llamó Plaza de Cortés y hoy nombran Plaza de la Unificación Revolucionaria. Posiblemente la construyeron por el año de 1538, frailes franciscanos que por entonces ya tenían a su cargo esa doctrina, y a su vez edificaban su templo y convento, conjunto de construcciones que hoy forman parte de la Catedral y sus anexos.

Esta ermita está construída con cantería labrada y se levanta en forma de templete sobre

Por el Ing.

ENRIQUE A. CERVANTES

una base cuadrada de 6.50 metros, en la que descansan cuatro pilastrones angulares con entradas en el centro de sus cuatro lados, rematados por arcos de medio punto y limitados éstos por una moldura circular que se prolonga hasta la base, y le da la apariencia de una columna empotrada, que se interrumpe por los capiteles y anillos de la base, de carácter románico. Divide el coronamiento una interesante moldura, característica de las construcciones de la época. La cubierta es una



bóveda rebajada que descansa sobre pechinas limitadas por nervaduras; en la parte superior y como remate, un sencillo pedestal en que descansa una esfera que sirve de base a una cruz que anteriormente fué de piedra y hoy de hierro.

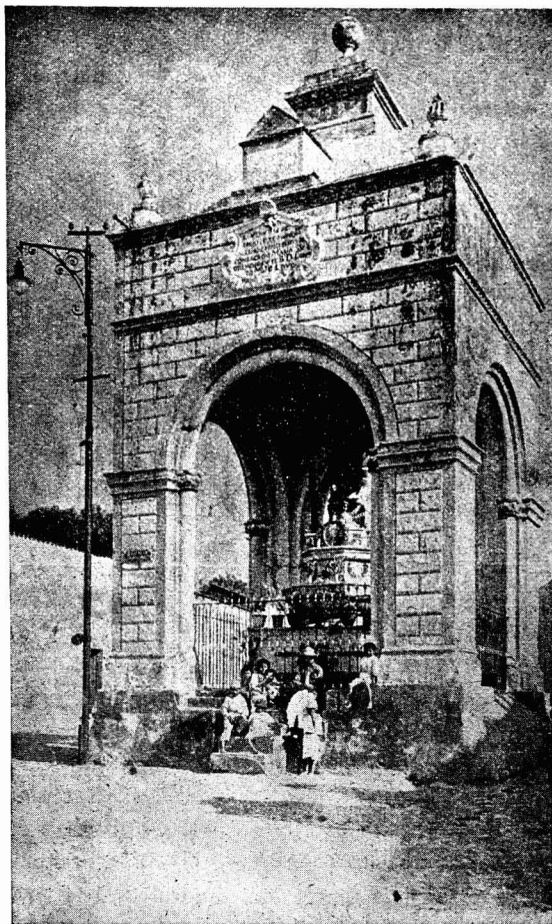
Al lado derecho del monumento, sobre la moldura que corre de uno a otro lado de los capiteles, hay un escudo labrado en cantería que, por el mal estado de su conservación, no deja ver sus insignias; al lado izquierdo, y correspondiendo al mismo lugar del anterior, hay indicios de otros dos escudos que se destruyeron en época ignorada.

En su interior, y en la parte central, se levanta un pedestal de piedra labrada que servía de base a una escultura policromada, de la Virgen de Guadalupe, del mismo material.

Este monumento ha sufrido algunas transformaciones y se ha pintado muchas veces con lechadas de cal en variados colores. Además de las fechas insertas en la cartela que a continuación se reproduce, hasta hace poco tiempo podía leerse otra: "Reconstruída por el Gral. Eulalio Pedroza, Diciembre. ...", y el remate "1925". Esta reconstrucción se refiere a la pintura de cal con dibujos a grandes cuadros imitando sillares de cantería.

De 1772 datan, posiblemente, el pedestal y escultura de cantería labrada, tiempo en el cual, según dice la inscripción, consagró el monumento a la Virgen Guadalupana el bachiller don Lorenzo Messia y Lovo. Hay una pequeña diferencia entre el nombre Lorenzo Mossia Lovo inserto en la cartela, con el del Lorenzo Messia Lovo que he podido conocer en algunas firmas originales, y que es de suponer que sea el correcto.

A las primeras horas del día 19 de diciembre de 1934 personas al parecer desconocidas, derribaron de su pedestal la pequeña escultura guadalupana; pero, dadas las investigaciones y circunstancias muy especiales, resultó no ser extraño a este acontecimiento cierto grupo integrante del "Bloque de Jóvenes Revolucionarios", formado en México por elementos políticos del que fuera Gobernador del Estado de Tabasco, Lic. Tomás Garrido Canabal, y en ese tiempo Secretario de Agricultura y Fomento.

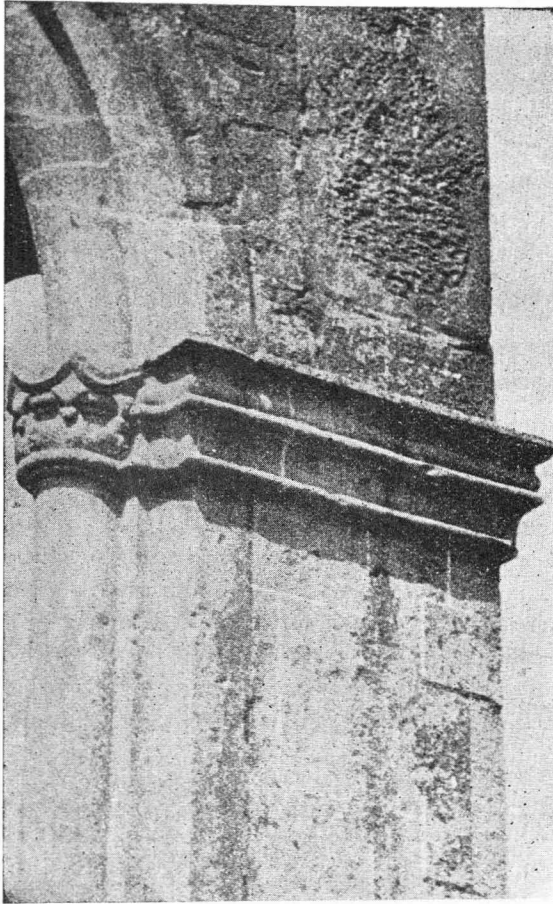


"El Calvario", antes de ser destruída la escultura guadalupana.

Por las referidas informaciones que se hicieron se dijo que, por medio de un lazo, fué amarrada la estatua y tirada por un automóvil con dirección a la ciudad de México; la escultura se encontró hecha pedazos a poca distancia de la base Norte de este monumento.

Por ser de propiedad nacional, el señor Refugio Bustamante, Gobernador Constitucional del Estado de Morelos, al día siguiente se dirigió al Gobierno Federal solicitando autorización para derribar este monumento, con lo que aseguraba contribuir grandemente a la "desfanatización de las masas populares". Por ser muy original el contenido de esta solicitud, se transcribe a continuación:

"El Ejecutivo de mi cargo, se permite el agrado de comunicar a usted que en las primeras horas del día de ayer fué destruída la imagen del

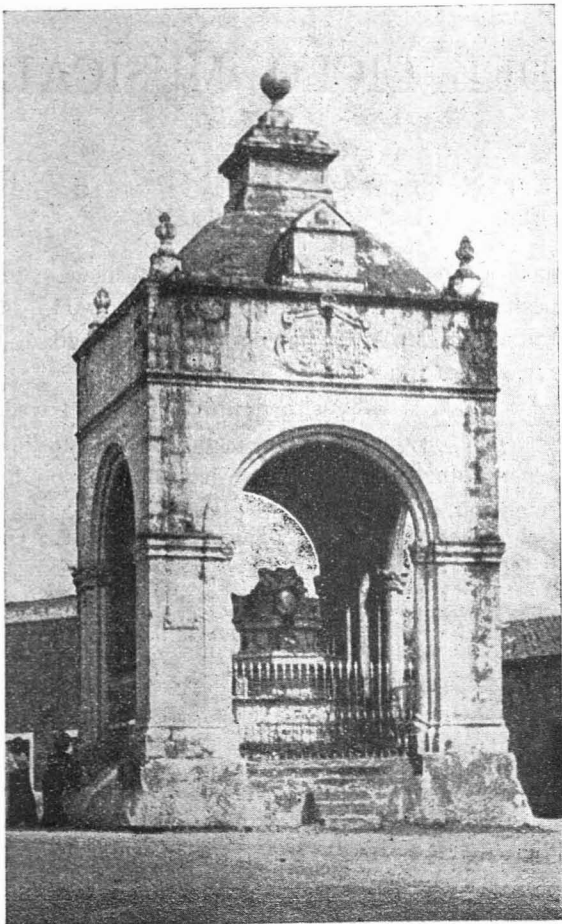


monumento "El Calvario", que se encontraba ubicado a inmediaciones de esta capital sobre la carretera de México, ignorándose hasta la fecha quiénes hayan sido los autores del desperfecto.

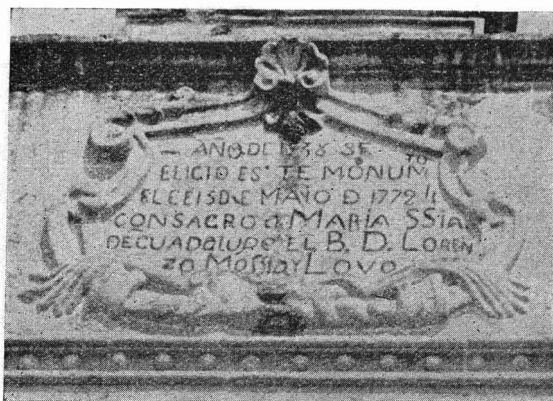
La policía está efectuando las averiguaciones debidas para establecer la responsabilidad de quienes resulten culpables, así como las autoridades de la Federación, con residencia en esta Entidad.

Considero indispensable la desfanatización de las masas populares, por todos los medios necesarios, de manera tal que es conveniente que el Gobierno Revolucionario aproveche cualquier circunstancia que se presente para la consecución de este fin, por lo cual con toda atención propongo a esa Secretaría se sirva ordenar a quien corresponda, la demolición total de dicho monumento, por ser éste un bien nacional.

En relación con este trascendental asunto me permito transcribir a usted un mensaje que me dirige el Bloque de Jóvenes Revolucionarios del D. F., fechado el día de hoy y la contestación que les dió mi gobierno.



"El Calvario". Fotografía tomada días después de la mutilación.



"...Periódicos hanos informado destrucción fetiche encontrábase afeando aspecto ciudad y dominando erróneamente conciencia clase trabajadora morelense, basándonos actuación revolucionaria Estado Morelos esperamos usted no permitirá vuelva reponerse fetiche destruido y pedimosle que en su lugar se erija un busto Jefe Revolución Mexicana, Gral. Plutarco Elías Calles. Acceder demanda fanáticos volviendo levantar

dicho fetiche consideramos sería desprestigio para Gobierno Revolucionario dirige, cuyos actos deben tender a emancipación clase trabajadora..."

"...Suyo ayer. Mi Gobierno sustenta como divisa sus actos anhelos clases productoras morelenses. No ha pensado ni piensa reponer Guadalupeana. Por ser Monumento nacional, estoy gestionando ante Autoridades Federales completa demolición..."

"No dudando su acuerdo favorable a mi instancia, me es satisfactorio significar a usted una vez más las seguridades de mi consideración muy atenta y distinguida".

Afortunadamente, este sencillo monumento, aunque mutilado, perdura, y el Gobierno Federal se apresuró a protegerlo, declarándolo Monumento Nacional, con fecha 6 de abril de 1935.

LOS TRES DIRECTORES DEL CICLO MUSICAL

P o r G A B R I E L S A L D I V A R

II

JOSE F. VASQUEZ

FECUNDO en enseñanzas ha venido siendo el ciclo histórico de música. La visión de conjunto de las grandes obras musicales que ha producido el Occidente, por sí sola es bastante para aquilatar su gran valor, reconocido unánimemente por la crítica, y suficiente para justificar el esfuerzo desarrollado por las autoridades universitarias al llevarlo por el buen camino que sigue.

Y si estos méritos no fueran todo lo grande que muchos exigen, el sólo hecho de haber revelado la existencia de un director de orquesta de primera fila, es digno de los más cálidos elogios, es motivo para aplaudir a quienes dieron tal oportunidad y razón fundamental para aquella justificación.

El maestro José F. Vásquez, era desconocido frente a una grande orquesta sinfónica hasta venir a situarse en el podio de la del Departamento de Acción Social; pero no por esto se crea que fue un iluminado a quien el destino diera dotes excepcionales para ser director de orquesta de bue-

nas a primeras. Antes de estas actuaciones en que ha sorprendido como intérprete admirable de grandes maestros, ha habido una larga, cuidadosa y sólida preparación.

Aficionado a la música desde pequeño, sus padres tuvieron que vender el piano en que estudiaba con ahinco horas y horas diariamente, con la pretensión de desviarlo de estas aficiones y hacerlo que siguiera una carrera de las llamadas liberales.

No obstante las oposiciones constantes, principalmente de uno de los miembros de su familia, ingresó al Conservatorio Nacional de Música, donde obtuvo triunfos brillantes y señalados, que culminaron con un primer premio en el concurso de Composición, el año de 1910, éxito que atrajo las simpatías del familiar reacio, aunque siguió colocado en la misma situación económica que se creara al rehusar toda pensión que aquellos le ofrecían, sosteniéndose con la remuneración de su trabajo en orquestas de teatros y salas de espectáculos, ora tocando el piano, bien dirigiendo pequeños conjuntos.

Terminada la carrera de Composición en 1913 y habiendo recibido las enseñanzas de los maestros Rafael J. Tello y Julián Carrillo, en esta rama de la música, se dedicó a ella y a dirigir algunos grupos, pues en el Conservatorio había adquirido cierta práctica con la orquesta del plantel, y en su ejercicio tuvo varias ocasiones bajo su batuta a las bandas de Policía y Supremos Poderes y durante algún tiempo la de Artillería; posteriormente sus estudios y práctica de dirección fueron en conjuntos de ópera en diversas temporadas.

Sus actividades como compositor se inician a los quince años de edad (nació en Guadalajara, Jal., el 4 de octubre de 1895), influido por la gente de teatro con quien trabajaba; su primera obra fue una zarzuela con libreto basado en la novela de Inclán "Los Hermanos de la Hoja", que no llegó a estrenarse y cuyo original se perdió.

Al mismo influjo y con la tendencia de impulsar la ópera mexicana, ha escrito cinco obras de ese género, todas estrenadas y algunas con varias representaciones, en temporadas en que él mismo ha sido empresario, con la idea de fomentar el arte musical en México, obra que le ha costado varios fracasos, pero después de cada uno de ellos con más ánimos la ha reemprendido. La primera vez el Sindicato de Filarmónicos echó por tierra su propósito de dar una serie de representaciones en el Teatro Nacional, cuando aún no estaba terminado, quedándose con los gastos hechos en el montaje y decorado de varias óperas. En la segunda ocasión, después de algunos éxitos obtenidos en la capital, inició una jira por Centroamérica, el año de 1928, pero apenas llegados a Guatemala, el pagador se fugó con el dinero, dejándole deudas que le reportaron la pérdida de todos sus ahorros y de las alhajas de su esposa; aunque seguido el viaje a El Salvador con algunos elementos de la compañía, obtuvo éxitos lisonjeros, que le permitieron regresar al país decorosamente. Y la tercera fue en la temporada de ópera de 1933, con triunfos artísticos resonantes y fracaso económico.

Otra de sus tendencias dentro de la composición es la de hacer el *lied* mexicano, forma de la que tiene escritas, para canto y orquesta, ochenta obras. Además, es autor de tres conciertos para piano y orquesta, varias sonatas y grandes estudios.

Reposado al hablar, es dinámico en las obras. Siempre que se trata de hacer algo de provecho y sobre todo cuando lo que se pretende es en beneficio de la música y de la alta cultura musi-

cal mexicana, ahí está el maestro Vázquez en primer término en opinar y el primero en la ejecución, pero lo que más le preocupa es la expansión de los conocimientos musicales, la preparación del público para la buena música, afán del que han brotado diversas y fructíferas fundaciones, ya trabajando al lado de otros luchadores, bien obrando solo.

En 1917 fue de los iniciadores del Conservatorio Libre de Música, que en 1920 cambió de nombre y desapareció años después debido a las diferencias de criterio de su personal y a la poca organización que siguió al separarse de ahí el maestro Vázquez.

Desde 1920 dirige la Escuela Libre de Música, en la que año por año se inscribe gran número de alumnos.

Finalmente, en 1929, contribuyó con Alba Herrera y Ogazón y María Caso, al establecimiento de mayor trascendencia en los últimos tiempos, la Facultad de Música dependiente de nuestra Universidad, ahora Escuela Superior de Música. En todos ellos ha impartido sus conocimientos y día a día asiste a numerosos discípulos en varias cátedras que sustenta.

Con la práctica adquirida en la enseñanza, la experiencia de empresario y el estudio de los grupos, lenta, pero seguramente ha llegado al conocimiento de cómo mandar y gobernar a un conglomerado de personas, que mucho le ha servido al dirigir la orquesta que se ha puesto bajo sus órdenes.

Si a esto agregamos su modo de ser, pulcro, delicado hasta ser exquisito, aunque enérgico y exigente, si bien la persuasión norma casi todas sus órdenes, se reúnen las cualidades necesarias en el hombre que debe mandar un grupo, cualquiera que sea su naturaleza, pero indispensables en el que conduce un conjunto de artistas, individuos que por el hecho de serlo llevan en sí un espíritu libre, el cual sólo puede ser dominado por los que resuman las circunstancias y cualidades que caracterizan a los dotados para mandar.

En esta situación la orquesta obedece a todos sus impulsos, el menor movimiento de sus dedos, una señal o un gesto tienen su respuesta en los instrumentos, cual si se tratara de hilos invisibles, o de corrientes eléctricas que partiendo de su cuerpo hicieran el efecto deseado en el lugar exacto de la orquesta sobre el que se proyectasen.

La actuación de Vázquez en lo que va del Ciclo Histórico ha sido polifásica y nunca ha de-

jado que desear, sus interpretaciones han sido las más brillantes de la orquesta, pero donde se ha destacado su figura de Director con mayor claridad, es en las obras delicadas, dulces, suaves; en ellas no pierde un solo detalle y las entregá

al público en toda su exquisitez. Y ha sido tal el entusiasmo que ha provocado en sus primeras audiciones, que el anuncio de su presencia en los siguientes conciertos será bastante para que la sala se vea pletórica.

LA PROPIEDAD TERRITORIAL EN LAS ENCOMIENDAS DE INDIOS

UNO de los puntos más oscuros, en materia de instituciones coloniales españolas, es el de la propiedad de la tierra comprendida dentro de los límites de las encomiendas. ¿Era de los indios, de los españoles encomenderos o de la corona? Se ha generalizado mucho, aunque sin contar con ninguna base documental, la creencia de que la merced de encomienda incluía la propiedad territorial de los pueblos concedidos. Yo deseo dar a conocer algunos datos que pueden servir para fundar una actitud de reserva hacia esa tesis.

Cuando se pensó en reunir a los indios antillanos en lugares cercanos a las poblaciones de españoles, mandó la Ley de Burgos de 1512, Cap. I, que los encomenderos construyeran para cada grupo de 50 indios, cuatro bohíos de 30 pies de largo y 15 de ancho, y que los dotaran con 5,000 montones, de los cuales 3,000 serían de yuca y 2,000 de ajos; habían de darles también 250 pies de ají y 50 de algodón. Cada indio sembraría media fanega de maíz y sería dueño de una docena de gallinas y un gallo. A continuación, especificaba la ley "que en trayendo los dichos indios a las estancias se les entregue todo lo susodicho como cosa suya propia, y dígales la persona que para lo susodicho enviárades, que es para ellos mismos y que se les dá en lugar de aquello que dejan en sus casas para que gocen dello como de cosa suya propia, y mandamos que esta hacienda no se les pueda vender ni quitar por persona alguna de las a quien fueren encomendados, ni por otra persona alguna, sino que queden con los dichos indios a quien se señaláren". (1) He aquí, en los comienzos de la institución de la encomienda, indios pertenecientes a encomenderos que son propietarios de casas, tierras de labor y de algunos animales; la Ley,

P o r

S I L V I O Z A V A L A

en forma categórica, expresa que todo ello es de la absoluta propiedad de los indios, y prohíbe que el encomendero u otras personas dispongan de esos bienes.

En el mismo documento encontramos otro dato de interés: el encomendero puede ser dueño de alguna estancia cercana al pueblo (Cap. 28). Si muere o pierde la encomienda, el nuevo encomendero debe comprar la estancia que pertenecía a su antecesor, la cual es tasada por dos personas que nombran el Almirante, Jueces y Oficiales: "y por lo que así fuere tasada sea obligado el dueño a se la dar y hacer buena, porque los indios no anden mudando sus asientos, pues las personas a quien se encomendaren han de ser vecinos del pueblo donde han de ser repartidos los dichos indios". (2) Este precepto no sólo evitaba dificultades entre los encomenderos y otros españoles, sino que protegía a los indios del peligro de servir a varios amos. En aquel tiempo el encomendero podía utilizar los servicios personales de los indios en sus labranzas; este derecho fué suprimido en el año de 1549. (3) No aclara expresamente la Ley de Burgos si la propiedad de las estancias de los encomenderos provenía del título de encomienda o de otra merced especial. Esto último es lo más probable por las siguientes razones: los títulos de encomendación no hablan de propiedad territorial; (4) existían ya en aquel

(2) *Ibidem*.

(3) Cfr. mi estudio *La Encomienda Indiana*, Madrid, 1935, pág. 115.

(4) De la época antillana cito un ejemplo en el estudio citado, pág. 295. El texto siguió siendo muy se-

(1) *Ibero-Americana*. 7. Berkeley, 1934.

tiempo mercedes de tierras; (5) al suceder un nuevo poseedor en una encomienda no adquiría *ipso facto* la propiedad de la estancia comprendida dentro de los términos del pueblo, sino que había de comprarla según dispone el capítulo arriba citado. Esta disposición fue repetida en 1518 y 1538. (6)

La compatibilidad de la propiedad indígena con los títulos de las encomiendas, que hemos visto reconocida en el Cap. I de las Leyes de Burgos, se comprueba en Nueva España mediante el siguiente ejemplo. Hernán Cortés donó al Hospital de Jesús ciertas tierras pertenecientes a Coyoacán.

mejante en tiempos del gobierno de Hernán Cortés en la Nueva España. En comprobación copio el ejemplo siguiente: "Por la presente se deposita en vos Juan de Losa vezino de la Villa de Segura de la Frontera, la mitad del señor y naturales del pueblo de Cintlan que es en la provincia de Tutepeque para que os sirváis de ellos e os ayuden en vuestras haciendas e granjerías conforme a las ordenanzas que sobre esto están hechas e se harán e con cargo que tengáis de los industriar en las cosas de nuestra santa fe católica poniendo para ello toda vigilancia e solicitud posible necesaria. Fecha a 24 de agosto de 1522 años. Fernando Cortés. Por mandado de su merced Alonso de Villanueva". *Colec. Paso y Troncoso. Carpeta V de Méritos y Servicios*. Original en Arch. Indias, *Patronato Real*, 1-2-21.

(5) El 13 de abril de 1513, en Valladolid, se expide una Real cédula recomendando a Diego Velázquez, repartidor de los indios de la isla de Cuba, que dé a Pedro Vaez "una vecindad con el solar y tierras y otras cosas que allá se acostumbran dar, y ansimismo le dad e señalad por repartimiento los indios que vos pareciere que pueden estar a su administración y encomienda para que el los tenga e se sirva e aproveche dellos segund e como e con las condiciones e de la forma e manera que lo hacen e hicieren las otras personas desa dicha isla a quien se encomienda los dichos indios de repartimiento y ellos se aprovechen del dicho Pedro Vaez en las cosas de la fe y vestuario e otras cosas que allá se acostumbran". *Colec. Paso y Troncoso*, carpeta I, doc. 30. En Arch. de Indias, *Libros Generalísimos de Reales Ordenes*, 139-1-5. Libro 4, fol. 122. Nótese que Vaez será encomendero al cumplirse la Real cédula; pero claramente se especifica que además —en acto distinto— se le dará vecindad con solar y tierras. Una orden semejante, referida a la isla de San Juan, puede consultarse en *Chacón, Cedulaario Cubano*, pág. 235: se manda dar a Francisco Alvarado una vecindad con las caballerías de tierras y otras cosas que en la isla española se acostumbra dar, "e asi mesmo le encomendad los indios que vos pareciere..." La distinción entre la merced de encomienda y la merced de tierras se acentúa en la Nueva España. En algunos lugares los cabildos pueden otorgar mercedes de tierras —*Recopilación de Indias*, leyes 20 y 22, Tit. XII, Lib. IV— y nunca, en cambio, encomiendas. Los virreyes de México, cuya facultad de encomendar fue restringida a partir de don Antonio de Mendoza, continuaron, sin embargo, concediendo mercedes de tierras. Véase un ejemplo en *Boletín del Archivo General de la Nación*, Tit. VI, enero-febrero 1935, Núm. 1, pp. 12-15.

(6) *Colec. Docs. Ultramar*, XXII, 55. *Gobernación espiritual y temporal de las Indias*, Tit. III, Tit. 12 y 174. "El que sucediere en algún repartimiento sea obligado a comprar la estancia que en él hubiere. Año de 1518, enero. Libro Gral. C. fol. 83. Cap. XXVI". párr. 175: "Las heredades que los vecinos de San Cristóbal de Chiapa hubieren plantado en las encomiendas de indios que tuvieren sean suyas y de sus herederos y los que en las dichas encomiendas sucedieren sean obligados a comprárselas. Año de 38, Nov. Libro Guatemala. B. fol. 44".

Más tarde sintió escrúpulos acerca de su derecho para disponer de ellas, no obstante que era Señor del lugar, título más perfecto que el de encomendero; mandó que se restituyeran a los dueños o que se les pagaran si así lo preferían, y que fueran indemnizados por el aprovechamiento. (7) En el Capítulo 40 de su testamento, explica que en algunos lugares de su Estado se han tomado tierras para huertas, viñas y algodones y para otros efectos; dispone que se averigüe si eran propiedad de naturales de los pueblos, y siendo así, se les restituyan con los aprovechamientos, pero deduciendo en compensación los tributos y rentas que los indios eran obligados a pagar al Marqués. Es decir, como señor del Estado, tiene derecho a recibir de sus vasallos rentas y tributos; pero los naturales, a su vez, tienen el derecho frente a su señor, de retener la propiedad y aprovechamientos de sus tierras y disponer de los frutos en la parte no absorbida por la tributación. Estos principios, bien definidos desde los primeros años de la conquista española, tenían amplios precedentes en la organización señorial de España. (8)

Un nuevo ejemplo confirma que los títulos de encomienda no incluían propiedad territorial, y que la corona vigilaba que el encomendero no se apropiara las tierras de los indios encomendados. El 14 de mayo de 1546, escribe el Príncipe don Felipe a don Antonio de Mendoza, virrey de la Nueva España: que ha sido informado de la gran mortandad de indios ocurrida en los pueblos de la corona y de los encomenderos; como éstos siguen exigiendo a los indios los tributos por entero y los tributarios no pueden pagarlos, dichos encomenderos entran en las tierras de los indios muertos y las toman por suyas. Así lo ha hecho Diego de Ordaz, vecino de la ciudad de Los Angeles, en el pueblo de Culpa, que tiene en encomienda. El Príncipe desea evitar el daño causado a los naturales y manda al virrey provea que los españoles encomenderos por ninguna vía sucedan en tierras y heredamientos que quedaren de indios muertos en los pueblos encomendados, sino que tales tierras y heredamientos, en el caso de carecer los indios muertos de herederos, queden para los pueblos a fin de que los gocen y puedan pagar los

(7) Cap. 15 de su testamento. Año de 1547: "no sé si hay parte a quien pertenezcan según derecho de ellas, y a mí no me pertenezcan como a Señor de dicho lugar". Alamán, *Disertaciones*, II, apéndice II, p. 111.

(8) Cfr. R. Altamira, *Historia de España*, Barcelona, 1909, t. II, p. 17.

tributos tasados. Recomienda que los tributos se tasen con moderación. (9)

Los encomenderos sabían que sus títulos no incluían propiedad territorial. Cuando el licenciado Lebrón de Quiñones visitó la región de Colima, a mediados del siglo XVI, halló que "había algunos encomenderos que por su propia autoridad habían tomado tierras en sus pueblos para hacer heredades, estancias y aprovechamientos por fuerza y contra voluntad de los indios y se las tenían así ocupadas y *los que las tenían hacían que les hiciesen cartas de venta*". (10) Los encomenderos no hubieran simulado los contratos de compra en el caso de que sus títulos de encomendación bastaran para obtener la propiedad de las tierras.

Las conclusiones expuestas hallan mayor confirmación en un litigio ocurrido en la Audiencia de los Confines de Guatemala. En enero de 1579, Martín Ximénez pidió a este tribunal seis caballerías de tierra en Izcuintepéc, entre los términos del pueblo de Guanagazapa y en la encomienda de Bernal Díaz. La Audiencia comisionó al receptor Juan de Morales para examinar la tierra. Fue de opinión que podía concederse y la Audiencia otorgó la merced. Los indios del lugar protestaron, pidieron la devolución de las tierras y llamaron a su encomendero para que los representase ante la Audiencia. El proceso duró dos años y se decidió en favor de los indios. Lo importante para nuestro objeto es la defensa escrita que Bernal presentó en 12 de marzo de 1579. Sostuvo que en las tierras del litigio los indios tenían sus campos de maíz, cacao y otros cultivos; que si se pudieran conceder sin daño para los indios, él las hubiera solicitado para sus seis hijos legítimos; pero, como ha dicho, en ellas tienen los naturales sus cultivos, de los que pagan sus tributos y es su propiedad antigua. El se abstuvo de pedir las porque era la destrucción de los indios. Pide que no se den las tierras a nadie y si la Audiencia estima que se pueden dar sin daño, lo cual no es así, que sean preferidos sus seis hijos y no otra persona, pues Su Majestad les ha concedido una cédula de recomendación en mérito a los servicios

(9) Encinas, *Cedulario*, VI, 352-353. Esta disposición fue incorporada a la *Recopilación de Leyes de Indias* de 1680, ley 30, Tít. 1, Lib. VI, en los términos siguientes: "Los encomenderos no puedan suceder en las tierras y heredamientos que hubieren quedado vacantes por haber muerto los indios de sus encomiendas sin herederos o sucesores, y en ellas sucedan los pueblos donde fueren vecinos, hasta en la cantidad que buenamente hubieren menester para paga y alivio de los tributos que les fueren tasados y algunas más, y las otras que sobran se apliquen a nuestro Patrimonio Real".

(10) Arch. de Indias, *Patronato*, 1-I-1/2. Copia de la *Colec. Paso y Troncoso*.

de Bernal. Termina protestando en nombre de sus hijos y pide que las tierras queden en los indios, sus propietarios, o que se den a sus referidos hijos. (11) Adviértase que el encomendero reconoce claramente la propiedad de los indios y aun la defiende porque es la base de la producción de los tributos que recibe. Sólo en el caso de que la Audiencia insista en conceder la merced de tierras a un tercero, reclama la preferencia en favor de sus hijos; pero en ningún momento juzga que por ser encomendero tiene el derecho de propiedad territorial.

Un problema interesante debemos tratar también. En la época antillana la ley procuraba evitar la existencia de propiedad de estancias en favor de españoles no encomenderos, dentro de los términos de las encomiendas. Más adelante no parece haberse respetado esta tendencia, porque ya hemos visto que la Audiencia de los Confines concedió a Martín Ximénez la merced de tierras en la encomienda de Bernal. Precisamente, en relación con un cargo que se hizo a este último, respondió en agosto de 1580 (12) que no era cierto que defendía a los indios por no querer que ningún español estuviera entre los indios de sus pueblos; que en Sacatepequez muchos de los campos de trigo de los españoles estaban en términos de su encomienda. Sería interesante emprender una investigación sobre los conflictos entre encomenderos y españoles poseedores de tierras.

De los datos expuestos hasta aquí, se deduce que la legislación indiana no unía a los títulos de señoría y de encomienda la propiedad territorial, y en defensa de los vasallos y tributarios prohibía la usurpación de las tierras por los encomenderos; pero como vimos de acuerdo con los ejemplos de la época antillana, admitía que por compra, merced u otro título legítimo el encomendero adquiriera alguna propiedad territorial. Esta libertad fue suprimida por Felipe IV, en Madrid, a 31 de marzo de 1633: "Ordenamos que ningún encomendero pueda tener por sí, ni persona interpuesta, estancias dentro de los términos del pueblo de su encomienda, y si las tuviere, se le quiten y vendan y que no se sirvan de los indios, sobre que provean los virreyes, audiencias y gobernadores el remedio conveniente y hagan guardar las leyes" (*Recopilación*, ley 17, Tít. 9, libro VI). También se prohibió que los encomenderos tuvie-

(11) Lesley Byrd Simpson, *Bernal Díaz del Castillo, Encomendero*, en *The Hispanic-American Historical Review*, vol. XVII, febrero de 1937, núm. 1, pp. 100-106.

(12) *Ibidem*.

ran obras o que criaran puerco en sus pueblos. Estas medidas tendían a proteger a los indios de los servicios personales y de la destrucción o usurpación de sus tierras.

En conclusión, a reserva de ampliar los documentos reunidos, podemos establecer los principios siguientes:

1. Los títulos de encomiendas no daban el derecho de propiedad territorial.

2. Era compatible la propiedad de las tierras de los indios encomendados con el título de encomendación en favor del español.

3. La ley prohibía que el encomendero, en caso de defunción o abandono de las tierras por los indios, se apoderara de ellas, pues estimaba que

debían pasar, en el caso de faltar herederos, a la comunidad y en segundo lugar a la corona.

4. En la primitiva legislación no se consentía que españoles distintos del encomendero obtuvieran tierras dentro de las encomiendas. Más adelante parece haberse cedido en el rigor de la prohibición.

5. Los encomenderos, por títulos de merced o compra—sin contar con las usurpaciones legalizadas a veces, posteriormente, mediante las llamadas composiciones—, podían adquirir tierras en propiedad. En un principio se toleraban las adquisiciones dentro de los pueblos encomendados, pero fueron prohibidas en el siglo XVII con el fin de proteger más eficazmente a los naturales.

CLAVE DEL IDIOMA MEXICANO

Publicamos a continuación uno de los capítulos del libro "Clave del Idioma Mexicano", del Lic. Alfonso Teja Zabre, que muy en breve será editado por la Imprenta Universitaria.

III

EL PROBLEMA DE LA ENSEÑANZA DE LOS IDIOMAS INDIGENAS

EL profesor Moisés Sáenz expuso lo que se extrae en seguida:

Que hay en México muchos millares de gentes que no entienden ni hablan el castellano, es cosa sabida. Por consiguiente, sabido es también que hay muchas aldeas, pueblos y rancherías donde se desconoce nuestro idioma castellano. A pesar de esto, quizá porque el hecho por sabido ha llegado a ser familiar, nos olvidamos con frecuencia de él. Al pensar en México, pensamos en un país cuyos habitantes tienen todos el recurso de un lenguaje común que les permite en un momento dado la comunicación de sus ideas y sentimientos, favoreciéndose de esta manera la consolidación intelectual y emotiva que es uno de los factores del nacionalismo.

La Secretaría de Educación Pública no ha dado a los maestros rurales, que tienen que encararse con el problema que he bosquejado, sino recomendaciones generales a efecto de que enseñen, antes que nada y sobre todo el castellano, empleando si para ello fuere necesario, todo el primer año que el pequeño pase en la escuela. Les

Por el Abog.

ALFONSO TEJA ZABRE

ha dicho a los maestros también que enseñen a los adultos. Les ha recomendado con insistencia que usen el castellano en el salón de clase y que no permitan que los niños empleen en la escuela el dialecto particular de la región.

Espero, naturalmente, que los profesores verán desde luego la nobleza del problema y la importancia de la oportunidad que con mi invitación les brindo para contribuir a esta obra esencial y básica de dar a México, a todo México, un idioma.

Con este motivo, la señorita Ofelia Garza redactó un interesante "Proyecto metodológico", para la enseñanza del castellano como lengua extranjera, a los niños de las escuelas rurales y a los adultos de las comunidades donde nuestro idioma no sea el usual.

Decía, entre otras cosas:

El problema de la enseñanza del castellano a los indígenas de la República Mexicana presenta una doble dificultad: la enseñanza propiamente dicha y la conservación de la lengua, como elemento integrante de la civilización de los naturales de nuestro país. Aunque difícil de conseguirse la primera, fácil parece comparándosela con la segunda; para lograr una es preciso mucho talento, estudio y voluntad; para lograr la otra, es fuerza incorporar al indio económica y

espiritualmente a la gran masa social de la República, pero la pregunta dirigida a los maestros sólo es ésta: "cómo debe enseñarse el castellano como lengua extranjera, a los niños de las escuelas rurales y a los adultos de las comunidades donde nuestro idioma no sea el usual", y como el segundo problema atañe a economistas, sociólogos y gobernantes y no a profesores de idiomas, concréteme a referirme al primero.

Aparte de las consideraciones sociológicas que vienen al caso, hay que buscar dentro del mismo idioma castellano algunas causas que impidan su rápido aprendizaje y que dificulten su retención.

Muchos son los dialectos que se hablan en la República, pero pocas, afortunadamente, las lenguas dominantes, el náhuatl y el otomí, en primer término. Es indispensable conocer la naturaleza de estas lenguas para formular con éxito un vocabulario que sirva de base a la enseñanza.

El náhuatl es una lengua perfectamente clara, así en su prosodia como en su sintaxis. No hay en él ni articulaciones poco precisas ni construcciones oscuras: sus letras tienen un sonido perfectamente distinto y perceptible y sus palabras flexibilidad bastante para expresar cualesquiera ideas.

Lengua que en su prístina pureza por desgracia se pierde en la República, el náhuatl aumenta por inercia el caudal de sus palabras: el indio, reacio a una civilización para él exótica, se niega a aceptar las voces castellanas y crea por yuxtaposición, algunas que las suplan. Por esto y porque muchas de las usadas en siglos anteriores se han olvidado ya, el náhuatl moderno es muy diferente del antiguo, tanto, que los indígenas de nuestros días no entienden el idioma de sus mayores.

Las condiciones que debe llenar un vocabulario que se use en las escuelas rurales, son:

1º Agrupar ideológicamente las palabras a efecto de facilitar por asociaciones el aprendizaje de ellas.

2º Colocar en primer término los vocablos que algunas semejanzas tengan con las palabras indígenas.

3º Hacer que ocupen los últimos lugares las voces de difícil pronunciación, si se tienen en cuenta las características de la lengua nativa.

4º Preceder los sustantivos de los artículos definidos o indefinidos, singulares o plurales correspondientes. (Recuérdese que la cuestión de géneros es uno de los mayores escollos con que tropiezan todos los extranjeros al estudiar el castellano).

5º No recurrir al uso de sinónimos sino cuando se haya adelantado en la enseñanza.

6º Escoger palabras de uso corriente.

Aparte de que el indígena de nuestro país no necesita el castellano, se resiste a hablarlo porque lo juzga el idioma de sus enemigos de raza. Así, el primer problema que hay que resolver es de orden psicológico. Si se pone al frente de las escuelas rurales a individuos que gocen de simpatías en el poblado, a mestizos que hablen castellano y que posean la elemental cultura necesaria, se habrá ganado terreno.

Cuando niño, en la escuela, el indígena oye hablar del castellano como de una lengua superior a la autóctona; cuando hombre, su orgullo de raza y su natural egoísmo le llevan a no usarla, instintivamente. Sin que nunca formule un reproche, sin que nunca exhale una queja, el indígena, en lo que él cree justa represalia, se niega a hablar en otra lengua que la vernácula; luego, el hogar indígena es el más encarnizado enemigo de la escuela; la labor de ésta desaparece absorbida, contrarrestada, nulificada por la de aquél. En consecuencia, en la escuela rural, lo mismo para los niños que para adultos, urge atraer al alumno hablándole de continuo de la belleza y utilidad de los propios recursos, inclusive el de la lengua. Fuera de desearse que a los adultos se les dieran las primeras lecciones en su propio idioma, y que en él se les hablase de los grandes hombres de la raza, y se les recitaran poesías, y se les cantasen canciones típicas y se les pidiera, en cambio, que a su vez cantasen, y hablasen de las historias, consejas y leyendas de su pueblo y de las propias penas y de las alegrías íntimas de cada uno; sería tal cosa para el indígena un descanso espiritual, y en busca de él, instintivamente también iría a la escuela.

Si al indígena adulto se le llama a la escuela para enseñarle una lengua que no es la suya, puede no acudir; pero si se le llama para aprender a escribir su propio idioma, acudirá. Todos llevamos dentro de nosotros mismos la idea de que lo nuestro es lo mejor: los civilizados nunca lo confesamos en voz alta por miedo a parecer egoístas. En las escuelas rurales para adultos la enseñanza de la escritura y lectura en lengua indígena debe ser anterior a la misma enseñanza del castellano.

Sobre el mismo asunto ha dicho don Pablo González Casanova:

Un viejo problema, tenido en el olvido pero nunca resuelto, fue puesto recientemente de ac-

tualidad por la culta escritora doña Amalia Caballero de Castillo Ledón.

La distinguida dama señaló a la atención de nuestros educadores la barrera que ofrecen para la educación del indio los idiomas vernáculos, sin cuyo conocimiento previo es a todas luces imposible llevar a aquél los beneficios de la instrucción en particular y de la civilización contemporánea en general.

El valor de las lenguas indígenas debe reducirse prácticamente a un mero medio de propaganda, explicando en términos generales las ventajas de la civilización, para despertar en el indio el deseo de instruirse.

En esta forma salvaremos el peligro que no supieron advenir al principio los misioneros del catolicismo, que con tanto celo y abnegación se dieron a la ardua tarea de escribir y catequizar en los idiomas vernáculos, deformando y torciendo el valor de los vocablos para acomodarlos a su doctrina.

Malamente podríamos pedir a lenguas primitivas, como son los indígenas, que se acomoden a ser la expresión fiel de conceptor y objetos ajenos a la mentalidad y vida de los que las hablan.

Lo que sí podemos y debemos esperar de su estudio lingüístico y filológico es que nos revele la psicología del indio y contribuya al conocimiento de la psicología del lenguaje en general, de su proceso de evolución, de sus recursos in-

sospechados quizá. Y por el conocimiento de sus tradiciones orales, leyendas, cuentos, canciones, chascarrillos, adivinanzas, penetraremos en el alma del indio con provecho de su educación y gobierno futuros, y salvando, para la comprensión de la humanidad, los documentos preciosos que significan esos últimos restos de pasadas culturas. Y no sólo eso, sino que también lograremos levantar en parte el velo de su historia protohispánica y penetrar en el terreno esotérico de sus concepciones cosmogónicas y religiosas.

Esto último importa en particular con los idiomas aborígenes que nos han conservado una literatura y que corresponden, al parecer, a las principales culturas: la mayaquiché, la mexicana, la zapoteca y la tarasca.

Desde luego se haría una obra fecunda, mucho más que la meramente gramatical y catequística de los siglos pasados.

Mas no tratemos de dar al indio la instrucción en su lengua, como cometieron el error, que más tarde lamentaron, los misioneros. Valgámonos de ella, sí, para ganarnos su confianza, para persuadirlo a ir con nosotros y aun para enseñarle los rudimentos del español que, lo queramos o no, es la lengua nacional.

Pero cuidemos, a la vez de no impacientarnos, de no intentar forzar al indio a abandonar su lengua, porque destruiremos en germen su futuro amor patrio.

LA OBRA LITERARIA DE AMADO NERVO

P o r e l A b o g . F I D E L S I L V A

AMADO Nervo, sin ser un bardo cosmopolita, como el gran Rubén Darío; sin haber pretendido jamás ser el portavoz de un Continente, como el sonoro Chocano; sin haber empuñado, sino por accidente, la lira de hierro—"la más pesada y negra", como dijo el autor de "Tabaré"—para cantar, como éste, las angustias de las razas autóctonas vencidas; vino a ser al cabo de cinco lustros de infatigable labor lírica, de una ardua labor de refinamiento subjetivo (la más intensa y la más personal), el más representativo de nuestros modernos poetas; el que más hondamente penetrara en la sensibilidad actual mexicana, que es la misma de todos los pueblos de Hispano América, salvo matices casi imperceptibles, y el que hablando

a estos pueblos no de sus grandes problemas nacionales, sino de los propios problemas íntimos del poeta, llegó como nadie a conmoverlos, a fascinarlos, a hacerlos sentir y a hacerlos meditar frente a frente del misterio, no del alma colectiva, sino del alma individual, para desbordar a raudales el caudal de una poesía diáfana, que lleva disuelta en sus linfas la resignación y la manse- dumbre de un pensador cristiano.

Es el gran secreto de todos los grandes escritores: "ser hondamente personales para ser universales". Así Shakespeare, así Cervantes.

Pero intentemos penetrar un poco más adentro en el secreto del triunfo de Amado Nervo, literato y poeta: triunfo indiscutible que han pre-

gonado, aun fuera de Hispano América, las trompas resonantes de la fama.

La extraña psicología de Nervo

Nervo nutrió su espíritu de místicos fervores en un seminario michoacano: en el Seminario de Zamora. Para los que hayan conocido ese ambiente moral que Nervo respiró en su juventud, resulta perfectamente clara su psicología extraña, la más original sin duda en la literatura mexicana y que dió a Nervo un sello inconfundible o imborrable. Sin el influjo espiritual del seminario zamorano, Nervo no hubiera sido el poeta que fue; tampoco lo hubiera sido si después de aquella honda impresión espiritual, no se hubiera visto influenciado, de manera brusca, por el cambio de ambiente, en la Metrópoli, en un momento en que privaba la filosofía compeana, entre la juventud con quien vino Nervo a convivir. Estas dos influencias contradictorias, hasta ser torturantes, en una sensibilidad tan exquisita, dan la clave de la rara personalidad del poeta, de su misticismo contrahecho, de sus gritos angustiosos de duda, de sus "nostalgias inmensas de fe", que llenan, con las fascinaciones de la carne, su primer etapa. Acordaos de "Místicas", de "Perlas Negras" y de su "Prisma Roto", y acordaos de "El Bachiller", donde asocia sus visiones del paisaje encantador del valle zamorano, con los abstrusos problemas personales que sin cesar lo agobian.

El refinamiento técnico del poeta

Pero si esto da la clave de la complicada psicología de Nervo, viva en el fondo primaveral de su obra artística, no la da de su maravillosa educación literaria, de su refinamiento técnico ni de sus a veces extravagantes elucubraciones. La clave de esto se halla en otra parte. De Zamora salió Nervo nutrido de la clásica literatura del siglo de oro español y parece que particularmente de su literatura mística; pero después, "subyugado por los acentos órficos que venían de Francia—dice un escritor—, puso a ellos atento oído": estudió pacientemente, amorosamente, la razón de ser de aquel procedimiento artístico, y guiado por un seguro instinto estético, como Rubén Darío, que ya había enarbolado en América el estandarte de la renovación literaria, adaptó, como él, en lo que tenía de adaptable, el procedimiento de la decadencia al procedimiento de la renovación; "mas sin dejar de oír a las sirenas antiguas, cuya lengua conocía", como dice el escritor aludido, y

exactamente como lo estaba haciendo el bardo nicaragüense. Pero es indiscutible que sin la profunda cultura clásica que uno y otro poseían, jamás hubieran realizado ambos la admirable labor de renovación poética que hicieron; y también, que con aquella cultura clásica tan sólo, sin el impulso genial que los llevó más allá de lo debido, a la revolución literaria, no hubieran logrado ser los poetas que fueron, ni a tener el hondo influjo que tuvieron en todos los países de habla española.

El "modernismo" literario

Eso que se llamó "modernismo", a falta de otra designación mejor, no fue sino un fenómeno de evolución literaria, tan natural y tan loable en un pueblo cuyas energías étnicas no están agotadas, como lo es el fenómeno de renovación social o política que continuamente nos está mostrando la historia; no es otra cosa sino el desarrollo biológico de una colectividad, cuya fuerza anímica la lleva a marchar, a marchar siempre, aunque en veces, engañada, caiga en abismos cuando esperaba ascender a las cumbres; no es, en fin, sino el resultado del ansia de ideal que lleva el alma humana y que en ella enciende la chispa divina que puso ahí el Creador. Ninguna actividad individual ni social puede estancarse, sin corromperse; hay que renovarse o morir, según la frase d'annunziana, tan conocida como exacta; y esto que nadie niega en Sociología y en Psicología, ¿por qué habría de negarse en Literatura, que no es más que una fase sociológica? Porque la Literatura, no es la cosa pueril y baladí que muchos piensan, haciéndola consistir en el estudiado alijamiento de frases. No, "la Literatura—dice Ernesto Hello—es algo muy respetable, algo muy grave, en cuanto es expresión del pensamiento y y espejo de la vida". Y si el pensamiento y la vida están en continua renovación, ¿cómo no van a estarlo la palabra, que es su expresión y su espejo? Así se explica y justifica ese movimiento literario al que se afilió Nervo, con bríos juveniles, cuando empezó a ser conocido. Claro que como todo impulso innovador, aquel movimiento fue muchas veces desorbitado, exagerado, extravagante. Claro que también, muchas veces no tan sólo los soldados rasos del movimiento literario rebelde, pusieron en su bandera manchas que la ruborizaron. Pero pasado el período anárquico, fue viéndose que el campo había sido conquistado, con fruto, para un progreso real y verdadero, en la expresión del pensamiento contemporáneo, en la expresión de la sensibilidad actual, de

la raza indo-española. Sino que después, es decir, hoy, la semilla de anarquía que el modernismo esparció a todos los vientos (Rubén Darío proclamaba una "estética acrática"), ha dado sus naturales frutos, merced a la desorientación ideológica de la post-guerra, desorientación que se revela harto sensiblemente en todas las manifestaciones del espíritu humano. Nervo se dejó también llevar un instante del ímpetu violento que se despierta en toda lucha reñida y, peor que eso, se dejó llevar en ocasiones de la tentación traviesa de "asombrar al burgués", y así lo confiesa en alguna nota de su admirable libro "Juana de Asbaje"; pero su clara intuición artística, con su sólido bagaje de cultura clásica, lo salvaron, allí donde otros perecieron. Y domando pacientemente las rebeldías del lenguaje, afinándolo por medio de procedimientos semejantes a los seguidos por los franceses para afinar su lengua, llegó, tras larga y nunca interrumpida labor, a las cumbres de "Serenidad" y "Elevación", en que lo viéramos al fin, dueño de lo que Azorín llama la fórmula suprema del arte: la simplificación. Bajo esta misma norma escribe "La Amada Inmóvil" y "El Estanque de los Lotos".

Nervo, cabal y artista

Nervo realizó, como pocos en México, la definición que del artista había dado su genial amigo Rubén: "Ser artista... es practicar la religión de la belleza y de la verdad, crear, cristalizar la aspiración de la obra, dominar al mundo profano, demostrar con la producción propia la fe en un ideal, huír de los apoyos de la crítica social tanto como de las camaraderías inconsistentes, y juntar, en fin, la chispa divina, a la nobleza humana del carácter".

Por esa nobleza humana de su carácter, fuente de su sinceridad, que a su vez lo fue de su originalidad, se explica la simpatía inmensa que inspira la obra literaria de Nervo. El hizo un programa de aquel consejo que Rostand pone en boca de su gallardo Cyrano de Bergerac:

"No escribir nunca, jamás
nada que de tí no salga.
y, modesto, en lo que valga,
pensar que otro vale más;
y contentarte por fin
con flores y hasta con hojas,
cuando en tu jardín las cojas
y no en ajeno jardín.

En resumen: desdeñar
a la parásita hiedra,
ser fuerte como la piedra,
no pretender igualar
al roble, por arte o dolo,
y, amante de tu trabajo,
quedarte un poco más bajo,
pero solo, siempre solo".

Y así lo dijo él, en su poemita "Luciérnaga":

—"Bardo, ¿cuál es tu estandarte?
—Muchos son los que enarbolo.
—¿Qué mentor ha de guiarte?
—Ninguno, en amor y en arte,
me deleita viajar solo".

De aquí su originalidad que, como antes decía, arranca de su sinceridad y nace en una forma que con precisión de maestro ha explicado en estas líneas un conspicuo escritor uruguayo:

La doctrina de Rodó, sobre la originalidad

"El lenguaje, instrumento de comunicación social, está hecho para significar géneros, especies, cualidades comunes de representaciones semejantes. Expresa el lenguaje lo impersonal de la emoción; nunca podrá expresar lo personal hasta el punto que no queden de ello cosas inefables, las más sutiles, las más delicadas, las más hondas". "La superioridad del escritor, del poeta, que desentarañan ante la mirada ajena el alma propia..., está en vencer, hasta donde lo consiente la naturaleza de las cosas, esa fatalidad del lenguaje: está en domarle, para que exprese, hasta donde es posible, la singularidad individual, sin la cual el sentimiento no es sino un concepto abstracto y frío". "...no hay dos almas —añade el mismo escritor— que reflejen absolutamente de igual suerte el choque de una impresión, la imagen de un objeto. De aquí que la originalidad literaria dependa, en primer término, de la sinceridad con que el escritor manifiesta lo hondo de su espíritu; y en segundo término, de la precisión con que alcanza a definir lo que hay de único y personal en sus imaginaciones y sus afectos. Sinceridad y precisión, son, pues, resortes de originalidad". "El genio sabe traducir en palabras casi todo lo que siente, ya que todo, hemos de entender que excede a la capacidad de las palabras". "El poeta de genio, al convertir en imágenes la manera como se ma-

nifiesta un sentimiento en su alma, sabrá hacer sensible ese principio de individuación, esa originalidad personal del sentimiento”.

He ahí explicado, de mano maestra, el procedimiento de Nervo para ser original: ser sincero; y he ahí explicado su don de simpatía y su cualidad de representativo, en un momento histórico, del sentir hispanoamericano. Ahondó tanto en su propia alma y dominó de tal modo las rebeldías del lenguaje que, a fuerza de ser personal, llegó a ser universal; pintó con tal fidelidad sus estados de alma, que muchos, muchísimos hombres vieron retratados sus propios sentires, semejantes a los del poeta; como que ciertos factores raciales, psicológicos y educacionales habían obrado por igual en sus almas.

Popularidad de Nervo

Y aquí tenéis por qué el poeta abstruso, enigmático casi, de los primeros días, haya llegado a ser el más popular entre las clases cultas de México y de Sudamérica. Las glorificaciones póstumas del gran poeta, no fueron ciertamente de partidarios de tal o cual escuela literaria. El gran público, no iniciado en disquisiciones de academia o de cenáculo, es ecléctico, en el mejor sentido de esta palabra. Para él, como para el egregio Darío “la montaña de Miguel Angel no impide las amables y deleitosas colinas de Canova. Lo bello clásico no excluye lo bello romántico, lo bello parnasiano, lo bello realista, lo bello simbolista o decadente”. Y para un pueblo, como el nuestro, de marcadísimos instintos artísticos, es un axioma el contenido de esta frase del mismo gran esteta: “El no admitir más que una fórmula, o un genio, o una clase de bello, indica irremediable limitación”.

No hay que olvidar, no, la obra de los viejos poetas y de los viejos escritores; sin ellos, no se habría llegado al punto en que estamos. Ni hay que alabar tampoco a los nuevos, como si fueran lo perfecto, lo definitivo. Hay que pensar, con Azorín, que “a un escritor nunca puede juzgársele definitivamente y que la prueba de la fecundidad y trascendencia del artista está en ese perpetuo juicio, en esa perpetua interpretación de

su obra a través del tiempo”, como pasa con Shakespeare y con Cervantes, cuyas obras siguen y seguirán siendo objeto de nuevos juicios y de nuevas interpretaciones.

Labor de los literatos hispano-americanos

Pero sí ya se puede afirmar que Nervo, siguiendo el movimiento renovador que en el Continente de habla española iniciara Gutiérrez Nájera y que tan poderosamente desarrollara Darío, contribuyó de la manera más eficaz a dar a nuestra literatura nacional un grado mayor de individualidad, de esa individualidad que según Luis Urbina venimos buscando y estamos elaborando desde hace cuatrocientos años. Porque pensamos y sentimos a la manera española, pero hay en nuestra alma algo que no es español, y la resultante, que es nuestro peculiar temperamento, busca hacerse oír en un lenguaje adecuado. “Por debajo de la herencia española —dice Urbina— palpita, con energía avasalladora, el sedimento indígena. A la alegría sanchuna, al delirio quijotesco se juntan dentro de nuestros corazones la tristeza del indio, la fuerza selvática de los antepasados, la ancestral desconfianza del sometido, la descoyuntada dulzura aborígen. Y si somos mexicanos para vivir, lo somos para hablar, y para soñar y para cantar”, y, por lo mismo, añadido yo, necesitamos encontrar dentro del lenguaje que hablamos, la nota característica nuestra, el matiz propio, que no son exclusivamente españoles ni exclusivamente indígenas.

Y Nervo ha contribuido, como los demás grandes escritores de la América Española, a que veamos cada vez menos lejano el día en que se cristalice nuestro pensar y nuestro sentir propios, en una literatura propia, que no acabamos aún de tener.

Resumiendo: Amado Nervo fue un gran artista de la lira y un gran artista de la prosa, y es por eso una legítima gloria mexicana. Fue un gran trabajador en el campo del arte hispanoamericano, y por eso fue llorado, a su muerte, por toda la América española.

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS

HOMENAJE DE LA UNIVERSIDAD A UNAS DELEGACIONES

CON una solemne ceremonia efectuada en los últimos días de agosto, en el Paraninfo Universitario, la Rectoría y las altas autoridades de la Universidad Nacional de México, rindieron un homenaje a las delegaciones extranjeras que se hallaban en la capital, con motivo de la Tercera Conferencia Interamericana de Educación, aquí reunida.

A dicha ceremonia concurrieron, además de los señores delegados a la conferencia, la mayoría de los directores de las Facultades e Institutos universitarios, personal docente y alumnos de esas escuelas. Presidió el acto el Rector, licenciado Luis Chico Goerne.

Se inició la ceremonia con un discurso del señor Julio Klain, estudiante de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en representación de sus compañeros. Desde luego dió la bienvenida a los congresistas, haciendo hincapié en que la juventud es, por naturaleza, de espíritu revolucionario e innovador.

En seguida hizo una cálida defensa de la libertad de cátedra, diciendo que en esta época nadie puede pretender hallarse en posesión de la verdad, cuando hasta la ciencia está haciendo una revisión de sus postulados fundamentales. Añadió que, en la misma sociología, se debate un sinnúmero de explicaciones en relación con los problemas sociales. De esta suerte, ¿cómo pretender, siquiera, estar en posesión de la verdad?

“Por esto—añadió—los estudiantes hemos exigido siempre una absoluta libertad de cátedra, libertad que hemos de defender hasta con sangre, y que seguiremos defendiendo en todos sentidos. La juventud, que abomina de todas las tiranías, abomina especialmente de la del espíritu”.

A continuación el estudiante Klain se ocupó del servicio social y de la comunión entre los mismos estudiantes y el pueblo, diciendo que son postulados que, sin poses de radicalismo, han logrado colocar al gremio y a la Universidad en una posición vanguardista, al poner el saber de ésta al servicio de los que sufren, “porque tenemos la convicción de que esa es nuestra ley moral y nuestra obligación”.

Luego estableció un paralelo entre el movimiento evolutivo de la humanidad, comparándolo con el de nuestra época, y dijo que la ética del siglo XX es esencialmente social y se funde con una idea de justicia; agregó que en los momentos actuales había una crisis en todos los órdenes de la vida y del pensamiento, y que es un materialismo sin grandeza en el que nos asfixiamos.

“Es precisamente esta América Latina a la que cabe la gloria de fijar la nueva concepción

del individuo y el nuevo sentido de la vida, y de allí nace la inquietud en que vivimos”.

Finalmente dijo: “Cuando volváis a vuestros países, decid que la juventud de México es la vanguardia de la latinidad y que ha ocupado humildemente su puesto y trabaja con la esperanza de que sea realidad la idea de Simón Bolívar: de que queden unidos los pueblos que van “del Chimborazo al Popocatepetl, como dijo el poeta”.

Habló en seguida el licenciado Salvador Azuela, jefe del Departamento de Acción Social de la Universidad, quien empezó diciendo:

“No podía privarse la Universidad del honor de recibir en su casa a las delegaciones de los países latinoamericanos, que han venido a México con motivo de la Tercera Conferencia de Educación que las reúne. Hemos llegado a un momento grave de la historia moderna, en que todos los valores están en revisión. Y la Universidad no podía escapar a esta crisis. La Universidad ha tenido que hacer grandes esfuerzos para conservar su integridad; ha tenido que abordar la concepción de un nuevo mundo, rectificar su antigua posición de museo y de vida anquilosada”.

Después de haber hecho referencia a la situación de la Universidad con relación a la crisis de nuestro tiempo, aludiendo a su función social ante la caída del régimen capitalista, expresó la imposibilidad de mantener una posición de frialdad intelectualista ante los reclamos de la realidad; y en seguida desarrolló ampliamente el tema de en qué consiste la obra de la Universidad, desde el punto de vista social. Hizo referencia al peligro de un nuevo despotismo, y recordando a Waldo Frank aludió a la gravedad de la opresión de los creadores intelectuales y artísticos, sosteniendo que la libertad del espíritu es consubstancial a la verdadera revolución. Recordó, asimismo, la polémica entre Romain Rolland y Henri Barbusse, en la que el primero defendió la dignidad del pensamiento y su libertad.

El licenciado Azuela se extendió acerca de la obra de acción social, y la cooperación de los estudiantes en este sentido, como preliminar para obtener sus títulos.

Finalmente, el orador hizo una breve historia de la Universidad de México, insistiendo en que esta casa de estudios ha albergado siempre a las más ilustres figuras de la cultura de la República, y aludió a los principales episodios ocurridos en la lucha por la autonomía y la negación de toda influencia que pretenda ejercer la menor coacción ideológica en la Universidad. Hizo, al mismo tiempo, una invitación a las delegaciones que visitaban el país a penetrar los valores humildes del pueblo de México, en los campos, las fábricas, los talleres, los centros de estudio, y a

través de sus artistas y pensadores. Para concluir, el licenciado Azuela renovó el compromiso de la Universidad de proseguir enlazada a los problemas y a los dolores populares, defendiendo la esencia de la cultura castiza y manteniéndose en un plano de noble acción ideal.

El Rector, licenciado Chico Goerne, cerró el acto. Hizo uso de la palabra para significar a las delegaciones su simpatía por su visita al país, rogándoles transmitieran un saludo de la Universidad a los institutos culturales que representaban, y reiteró la posición ideológica de la Universidad mexicana actual, orientada a contribuir a la dignificación de los sectores desamparados de nuestro pueblo.

VENDRAN GRANDES MAESTROS FRANCESES

A partir de 1938, y en forma fija, la Universidad Nacional de México va a incluir en su personal docente a cuatro grandes profesores franceses, especializados en diversas materias, para que sustenten cursos anuales durante tres meses, probablemente en el período correspondiente a los meses de junio a agosto. Estos profesores serán elegidos entre los de la Sorbona, el Instituto de Francia y algunos de los más renombrados planteles de aquel país, y año por año irá variando la índole de los cursos, de acuerdo con los planes de estudios que sean aprobados por el Consejo Universitario. El propósito que se tiene, es el de ir formando núcleos de estudiantes que, mediante tales cursos, se vayan especializando en diversas disciplinas de la ciencia o el arte, la geología, los estudios fisicoquímicos, las matemáticas, la medicina, etc., y muy especialmente en las formas humanísticas de la cultura, ya que las lenguas clásicas, que se consideran esenciales en la pedagogía moderna, han sufrido entre nosotros un marcado e injustificable menosprecio desde hace muchos años.

Asimismo, la Universidad establecerá becas para que los alumnos más adelantados de las Facultades, vayan, cada año, a hacer estudios en los grandes centros científicos y culturales de Francia. De esta manera se irá formando un grupo de intelectuales perfectamente bien preparados, que estarán en aptitud de formar a los grandes profesores del futuro.

LOS RESTOS DEL POETA OTHON, A MEXICO

A iniciativa de "Revista de Revistas" y de un grupo de poetas y escritores, y bajo el patrocinio del Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional, los restos del poeta potosino, Manuel José Othón, que ahora descansan en el panteón del Saucito, de la ciudad de San Luis Potosí, serán exhumados y traídos a esta capital para darles sepultura en la Rotonda de los Hombres Ilustres, el próximo 28 de noviembre, en ocasión del 31º aniversario de su fallecimiento.

La traslación de los restos se hará con los honores debidos, contándose con la aquiescencia de su esposa doña Josefa Jiménez de Othón, quien ha sido previamente consultada por conducto de los poetas Jesús Zavala y Rubén M. Campos.

ESTUDIANTES QUE VAN A DISTINTOS LUGARES

Con una comida que se sirvió en el Club Francés, fueron despedidos los doscientos estudiantes de Medicina del último grado, que van a realizar su servicio social distribuidos en los pueblos más necesitados de la República, de acuerdo con los postulados actuales de la Universidad Nacional de México.

Presidió el Rector, licenciado Luis Chico Goerne, y asistieron, además de los pasantes, funcionarios públicos y universitarios. Al final de la comida el doctor Gustavo Baz, Director de la Escuela Nacional de Medicina, habló sobre la importancia y utilidad social del servicio que van a prestar a los trabajadores del país, los futuros médicos. Hizo resaltar lo que significan estos trabajos en la obra de renovación profunda que se ha impuesto la Universidad.

El doctor José Siurob, jefe del Departamento de Salubridad Pública, en un amplio discurso hizo cumplido elogio de la labor social que la Universidad viene desarrollando, particularmente por lo que se refiere al servicio social que presta la Escuela de Medicina, de acuerdo con el Departamento de Salubridad. Se refirió al interés que para el Gobierno de la Revolución tiene este aspecto de la labor universitaria.

Por su parte, el jefe del Departamento de Asistencia Infantil, doctor Salvador Zubirán, aludió a los distintos aspectos relacionados con la renovación del espíritu profesional individualista que se observa en la presente época.

En seguida el Rector despidió a los estudiantes que salen al desempeño de la importante misión que se les encomienda. Aludió a que la obra que van a realizar tiene no sólo trascendental importancia desde el punto de vista material, sino que el mayor alcance de las tareas del servicio social está en su significación moral, ya que de esta suerte los estudiantes cumplen con el deber de servir a los trabajadores y a las clases del país que necesitan de mayor atención.

Finalmente, hicieron uso de la palabra numerosos alumnos de los que salen, manifestando todos ellos su entusiasmo por desempeñar fielmente las labores que les ha conferido la Universidad.

LOS CENTROS DE DIFUSION CULTURAL PARA OBREROS

Los siguientes datos globales, desprendidos de los informes que rinden los secretarios de los Centros de Difusión Cultural para Obreros, nos revelan la fecunda actividad de esos planteles que prestan excelentes facilidades educativas a los trabajadores de la capital:

Materias	Clases	
	dadas	no dadas
Dibujo Constructivo, Grupo A.	212	33
Dibujo Constructivo, Grupo B.	32	0
Geografía General, Grupo A.	237	19
1º de Inglés, Grupo A.	231	28
1º de Inglés, Grupo B.	135	20
Deportes	138	36
Nociones de Matemáticas, Grupo A.	241	6
Nociones de Matemáticas, Grupo B.	44	7
Historia General.	243	48
1º de Español, Grupo A.	224	25
1º de Español, Grupo B.	30	2
Biología, Grupo A.	157	34
Biología, Grupo B.	66	15
Historia General, Grupo B.	34	18
	—	—
Total de clases:	2,024	291

Asistencia media de alumnos: 30 a 45 por grupo.

Excursiones: 6.

Festivales: 15.

Biblioteca:

Número de asistentes:

Hombres	2,783
Mujeres	1,164
Niños	411

Total..... 4,358

Asistencia media de alumnos por día: 25.

Conferencias: 7.

Exhibiciones de películas educativas: 50.

Trabajos presentados: Carteles para el concurso convocado.

Alumnos inscritos: 2,903.

SERVICIO DE BUFETES GRATUITOS

Las actividades desarrolladas por los Bufetes Gratuitos de la Universidad, durante el mes de agosto último, comprendiendo los asuntos iniciados, los que se hallan en tramitación y los concluidos, fueron los siguientes:

Bufete de Lecumberri.	52
Bufete de Tacuba.	56
Bufete de Coyoacán.	10
Bufete de Xochimilco.	66

Total de asuntos..... 184

NUESTRO CANJE

NOTICIAS - REFERENCIAS

"Ciencias y Artes". (Mensual). México, D. F. Vol. I. Núm. 1. Agosto de 1937.

"Demografía Nacional", por Gilberto Loyo; "Teoría sobre la arquitectura prehispánica", por Ignacio Marquina; "Bibliografía de Pablo González Casanova", por Wigberto Jiménez Moreno. Dirige la revista F. Ibarra de Anda.

"The Oil Weekly". (Semanario). Houston, Tex. Vol. 86. Núm. 12. 30 de agosto de 1937.

Ingeniería especialista, noticias, estadísticas.

"The National Geographic Magazine". (Mensual). Washington. Vol. LXXII. Núm. 3. Septiembre de 1937.

"Encrucijadas del Caribe", por Laurence Sanford Critchel; "El color del trópico en la Isla de Trinidad", por Edwin L. Wisherd.

"The Mining Magazine". (Mensual). Londres. Vol. LVII. Núm. 2. Agosto de 1937.

Nutrida información y artículos sobre minería internacional.

"Journal of the Royal Institute of British Architects". Londres. Vol. 44. Núm. 18. 14 de agosto de 1937.

"La 4ª Reunión Internacional de Arquitectos, París, 1937", por Howard Robertson.

"Ganadería". (Mensual). Chihuahua, Chih., Méx. Vol. I. Núm. 48. Julio de 1937.

"Los murciélagos, portadores del virus del derrame (Encéfalo-mielitis bovina)", por A. Téllez Girón.

"Science". (Semanario). Nueva York. Vol. 86. Núm. 2,226. 27 de agosto de 1937.

"El control del desarrollo de la población", por S. J. Holmes.

"Cirugía y Cirujanos". (Mensual). México, D. F. Tomo V. Núm. 6. Julio de 1937.

"Apendicitis aguda en la infancia", por el Dr. Rafael Macías Peña.

"Revista Hispánica Moderna". (Trimestral). Nueva York. Año III. Núm. 3. Abril de 1937.

"Poesía culta y popular de Venezuela", por Jacinto Fombona-Pachano; "Una trilogía de Manuel Gálvez: Escenas de la guerra del Paraguay", por Henry Alfred Holmes.

"Annales de l'Institut Pasteur". (Mensual). París. Tomo 59. Núm. 2. Agosto de 1937.

Importantes trabajos de especialistas, sobre investigación médica.

"Banca y Comercio". (Mensual). México, D. F. Tomo II. Núm. 2. Septiembre de 1937.

"Avalúos de los terrenos y casas de la ciudad de México", por el Arq. Federico E. Mariscal; "Las enfermedades en la industria", por el Dr. José G. Vargás Lugo.

"Boletín de la Sociedad Cubana de Pediatría". (Mensual). La Habana. Tomo IX. Núm. 7. Julio de 1937.

"Síndrome respiratorio agudo por aspiración accidental de aceite en el lactante", por el Prof. T. Valledor.

"Anales del Instituto de Biología". México, D. F. Tomo VIII. Núms. 1 y 2. 1937.

El volumen, de más de 300 páginas, contiene veinte estudios, importantes y originales, en que se da cuenta de las investigaciones realizadas por miembros del Instituto en la región del Valle del Mezquital, durante la exploración que patrocinó la Universidad Nacional.

"Les Annales". (Bimensual). París. Año 54. Núm. 2,584. 10 de agosto de 1937.

"¿Se salvará el Imperio Británico mediante negociaciones?", por Armand Pierhal; "Un nuevo arte: el arte de la luz", por Jean Galloti.

"Country Life". (Semanario). Londres. Vol. LXXXII. Núm. 2,114. 24 de julio de 1937.

"El Pabellón del Reino Unido en la Exposición Internacional de París", por Christopher Hussey.

"Domus". (Mensual). Milán. Núm. 115. Julio de 1937.

Magnífica revista "del arte en la casa y en el jardín".

"Derecho". (Trimestral). Medellín, Colombia. Tomo IV. Núm. 40. Julio de 1937.

"Los servicios públicos y la legislación social", por Lázaro Tobón.

"Índice". (Mensual). La Habana. Año II. Núm. 8. Agosto de 1937.

"Max Reinhardt", por Gonzalo de Palacio; "Misericordia y esplendor de la traducción", por José Ortega y Gasset.

"Letras de México". (Quincenal). México, D. F. Núm. 13. 16 de agosto de 1937.

"Preludio a la poesía en el teatro", por Maxwell Anderson; "Le Corbusier o la afirmación de una arquitectura", por Alberto T. Arai.

"Revue des Deux Mondes". (Quincenal). París. Año 107. 15 de agosto de 1937.

Primera parte de la novela "La carrera de Atalanta", por Edmond Jaloux.

"School and Society". (Semanario). Nueva York. Vol. 46. Núm. 1,182. 21 de agosto de 1937.

"La tarea de definir los objetivos educacionales", por James W. Thornton, Jr., y Percy E. Davison.

"Universidad de La Habana". La Habana. Año III. Núm. 3. Junio-julio de 1937.

"Más allá de la moral de Kant", por Samuel Ramos; "Travesía de Barbusse", por Carlos Rafael Rodríguez; "La psicología de la conducta y los reflejos condicionados", por María Luisa Ramos.

"Revue de l'Industrie Minérale". (Quincenal). París. Núm. 399. 1º-15 de agosto de 1937.

"Estudios sobre la reactividad de las hullas tratadas con permanganato", por M. Gauzelin y M. Crussard.

"Pan". (Semanario). Buenos Aires. Año III. Núm. 121. 28 de julio de 1937.

"La lógica de la evolución de las ciencias", por J. Delevsky; "El antiguo Egipto se desarrolla", por Emil Ludwig.

"The London Studio". (Mensual). Londres. Vol. XIV. Núm. 77. Agosto de 1937.

"Arte en Canadá", por Graham Campbell McInnes, con 43 ilustraciones. Decoración. Artes internacionales.

"The Journal of Experimental Medicine". (Mensual). Baltimore, Md. Vol. 66. Núm. 2. Agosto de 1937.

"¿Puede el hígado, en adición con el hierro y el cobre, suministrar factores para la regeneración de la hemoglobina en los casos de anemia de la nutrición?", por E. B. Hart, C. A. Elvehjem y G. O. Kohler.

ANTE LOS LIBROS RECIENTES

* Pedro Tamarón y Romeral. *Demostración del Vastísimo Obispado de la Nueva Vizcaya. 1765.* Con una introducción bibliográfica y acotaciones por Vito Alessio Robles. Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas. Núm. 7. México. Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos. Imprenta Mundial. 1937.

La ya benemérita colección dirigida por don Genaro Estrada, que ha venido entregando a los estudiosos magníficas monografías sobre épocas y sucesos diversos de la historia nacional, ahora nos entrega, íntegramente, un caudaloso documento que cuatro veces habían tratado de imprimir diversas personas e instituciones, que a fin de cuentas —por unas u otras causas— se arrebataban ante su longitud.

El obispo de la Nueva Vizcaya don Pedro Tamarón, que ejerció sus funciones de 1758 a 1768, realizó, plegándose dócilmente a las incomodidades sin cuento que suponía un viaje de tal magnitud en la época, y sobre todo considerando las ásperas regiones que comprendía el recorrido, una exploración que en determinado momento llegó a sumar 11,531 kilómetros. Sus noticias, en lo general bien verificadas, minuciosamente descritas, nos dan detalles casi desconocidos sobre los territorios de Durango, Sinaloa, Sonora, Arizona, Nuevo México y porciones de Texas, Coahuila y Zacatecas.

El ingeniero Alessio Robles, que por espacio de mucho tiempo estudió el manuscrito, enriquece la edición con innumerables notas que facilitan extraordinariamente el manejo y comprobación de los datos al fin rescatados de una vez.

El volumen, como es costumbre en la serie que hemos citado, fue impreso con una nitidez y esmero dignos del contenido.

* Ricardo E. Molinari. *Casida de la Bailarina.* Buenos Aires. Casa de D. Francisco A. Colombo. 1937. Edición de 33 ejemplares.

Tributo a la memoria de García Lorca, este poema de Molinari, impreso con perfección, nos transmite la dura tristeza de una voz que se acoge a la eficacia de la limpia palabra para revestirse de dignidad. El tono del poema lo refleja fielmente esta parte, la última:

Baila, que él tiene el cuerpo cubierto de vergüenza
y la lengua seca saliéndole por la boca dulce,
como una vena perdida.

Yo pienso en él, y ya no me duele el silencio,
porque nunca estará más cerca de la luz
que en su muerte. Su pobre muerte
encadenada.

¡Ya ve su sueño en el desierto!

Las altas tardes que van naciendo del mar, los
pájaros con los árboles de las colinas; las
gentes aún pegadas a las sombras,
a los ríos oscuros de la carne.

Su muerte, sí, su muerte, un poco de la nuestra;
de nuestra muerte sin premura. Ya estás ahí, solo
como alguno de nosotros en la vida.

Duerme, triste mío, perdido, que yo estoy oyendo
el canto del adufe que viene del desierto.

* María del Mar. *En ti, solo distante...* México. Prensas de Fábula. 1937.

Nadando con brazo fuerte, María del Mar, que a través de un par de libros de poesía anteriores mantuvo la lucha, alcanza ahora una orilla de felices realizaciones. Apasionada y contenida a un tiempo, su expresión logra hallazgos de certera dignidad.

* Alejandro Andrade Coello. *Mujeres de España.* Quito. Imprenta Ecuador. 1937.

El libro contiene interesantes ensayos críticos sobre la Condesa de Pardo Bazán, Concha Espina y Concepción Arenal. Completan el libro dos capítulos: uno sobre el recientemente fallecido escritor ecuatoriano César E. Arroyo, que residió en México —y otro acerca del libro "El Solar de la Raza", del novelista argentino Manuel Gálvez.

* Manuel Moreno Jimeno. *Los Malditos.* Lima. CIP. 1937.

Poemas de intención social, realizados con hermetismo sibilino.

* Carlos Mérida. *Modern Mexican Artists.* Critical notes by... México. Frances Toor Studios. Art Series. 1937.

Antología rigurosa, con reproducciones características de la obra de Amero, Castellanos, Cantú, Covarrubias, Charlot, Chávez Morado, Díaz de León, Fernández Ledesma, Guerrero Galván, Goitia, María Izquierdo, Lazo Méndez, Mérida, Montenegro, O'Higgins, Orozco Romero, Orozco, Pujol, Revueltas, Rivera, Ruiz, Alfaro Siqueiros, Tamayo, Zalce. Las notas críticas, ilustradas con el retrato de cada pintor, precisas y atinadas.

* Rodrigo Bermúdez. *Lo Prohibido.* México. Imprenta Pacheco González. 1937.

A despecho del título un tanto equívoco, se trata de poemas inofensivos, en los que apuntan estimables posibilidades.

I M A G E N E S

G A L E R I A D E A R T E

LA Universidad Nacional Autónoma, por conducto de su Departamento de Acción Social, ha creado esta Galería de Arte para estimular la creación artística, fomentar el desarrollo de las artes plásticas y divulgar el arte nacional y extranjero de la mejor calidad.

El propósito de esta Galería se aparta definitivamente de la intención que ha predominado hasta ahora en las galerías privadas con fines comerciales; porque no trata de pedir al artista una producción de acuerdo con las exigencias de ninguna clientela, sino por el contrario, de hacer valer los derechos del artista en una forma vigorosa y afirmativa y favorecer desinteresadamente la libre expresión artística. En la Galería de Arte del Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional, los artistas mexicanos darán a conocer su obra con libertad y con decoro.

La dignidad artística y la honradez profesional serán las limitaciones rigurosas de esta Galería para lograr una emulación eficaz y clara en los artistas.

En la Galería de Arte estarán representados los maestros de la pintura mexicana moderna, los nuevos pintores que han encontrado un carácter particular y también los artistas más jóvenes, cuya obra muestra posibilidades imprecisas todavía, pero abundantes ya en elementos sugestivos. La Galería mantendrá una exposición permanente y venta de obras de escultura, pintura, grabado y fotografía; organizará exposiciones individuales y colectivas de artistas mexicanos vivos, exposiciones retrospectivas para mostrar el desarrollo histórico de la pintura mexicana, y exposiciones de

artistas extranjeros. También llevará a cabo exposiciones de artistas mexicanos en el extranjero y procurará el intercambio de obras de artistas extranjeros, con el fin de darlos a conocer ampliamente en México. Las exposiciones serán completadas e ilustradas con lecturas y conferencias sobre temas de artes plásticas y de literatura.

Los escritores mexicanos tendrán a su vez la oportunidad de exhibir y poner a la venta sus obras, gozando de las mismas facilidades que se ha querido ofrecer a los otros artistas.

Esta obra que se propone realizar el Departamento de Acción Social, por conducto de su Galería de Arte, será completada con ediciones de libros, monografías y revistas de arte y con los medios de publicidad suficientes, donde se podrá ejercer una crítica viva y sana, leal a los fines esenciales del arte, interesada en mejorar la situación actual del arte de México.

La Galería de Arte estará abierta gratuitamente a todo el público; no cobrará porcentaje alguno por concepto de ventas a los artistas que en ella expongan sus obras.

El Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional Autónoma, al abrir esta nueva dependencia suya, tiene un plan claro y simple: aspira a realizar una obra de movimiento al servicio del arte y los artistas mexicanos. Ninguna bandera de carácter sectario, ninguna consideración de grupo cerrado, privará en la tarea que en este capítulo se ha impuesto la Universidad, teniendo la única mira de que los artistas de México que tengan una obra decorosa y noble, puedan darla a conocer.

I M A G E N E S

A L G U N A S

D E L A S O B R A S

E X P U E S T A S E N L A

G A L E R I A

D E A R T E

DEL DEPARTAMENTO DE

A C C I O N

S O C I A L

D E

L A

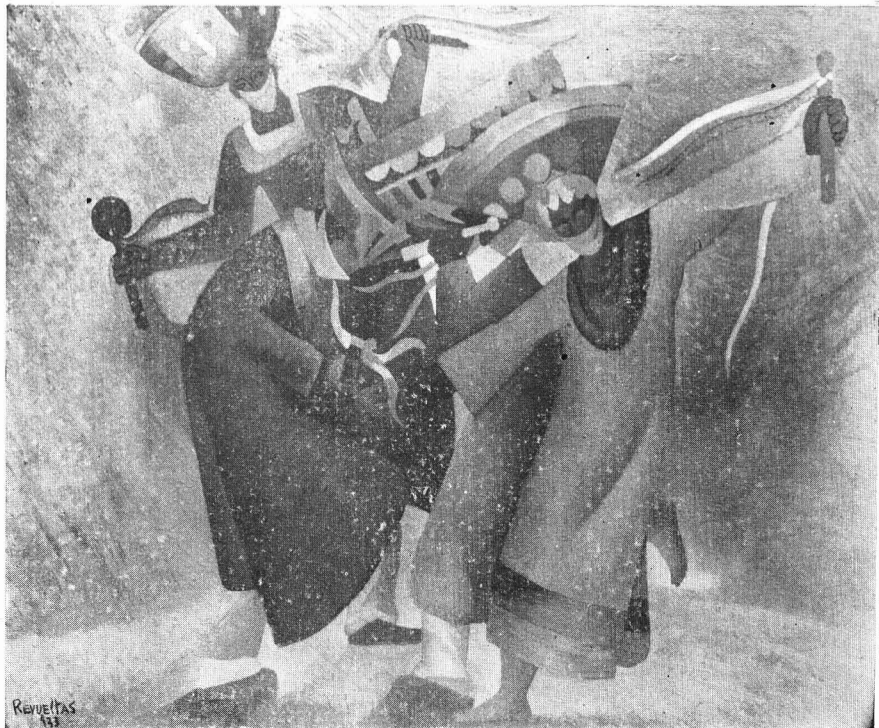
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

**JOSE CLEMENTE
O R O Z C O**



DAVID ALFARO SIQUEIROS

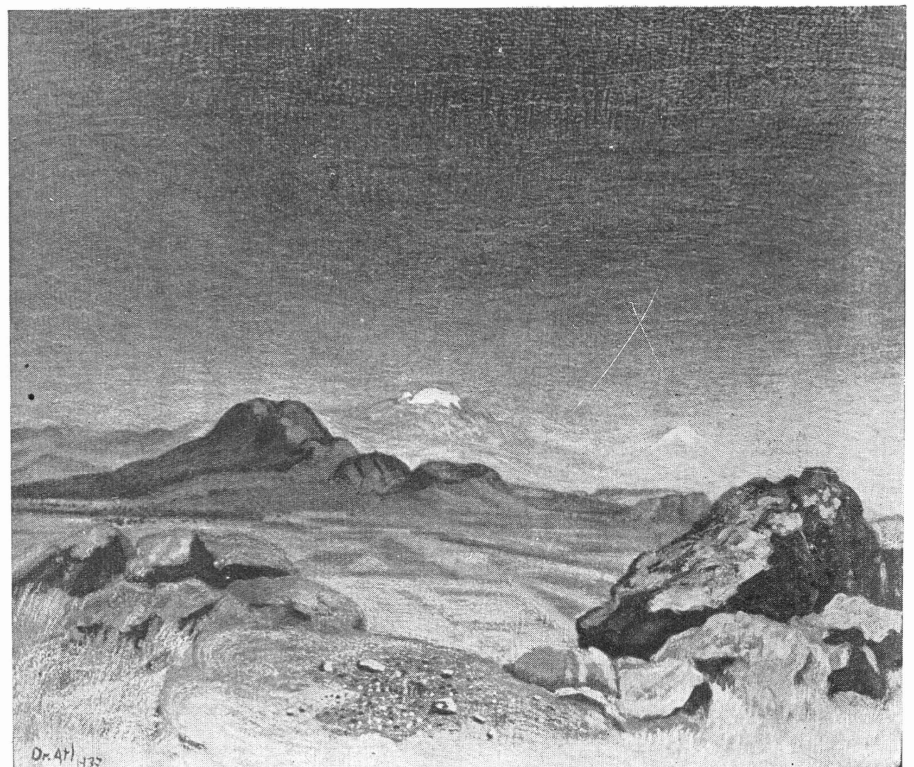
DIEGO RIVERA



**F E R M I N
R E V U E L T A S**

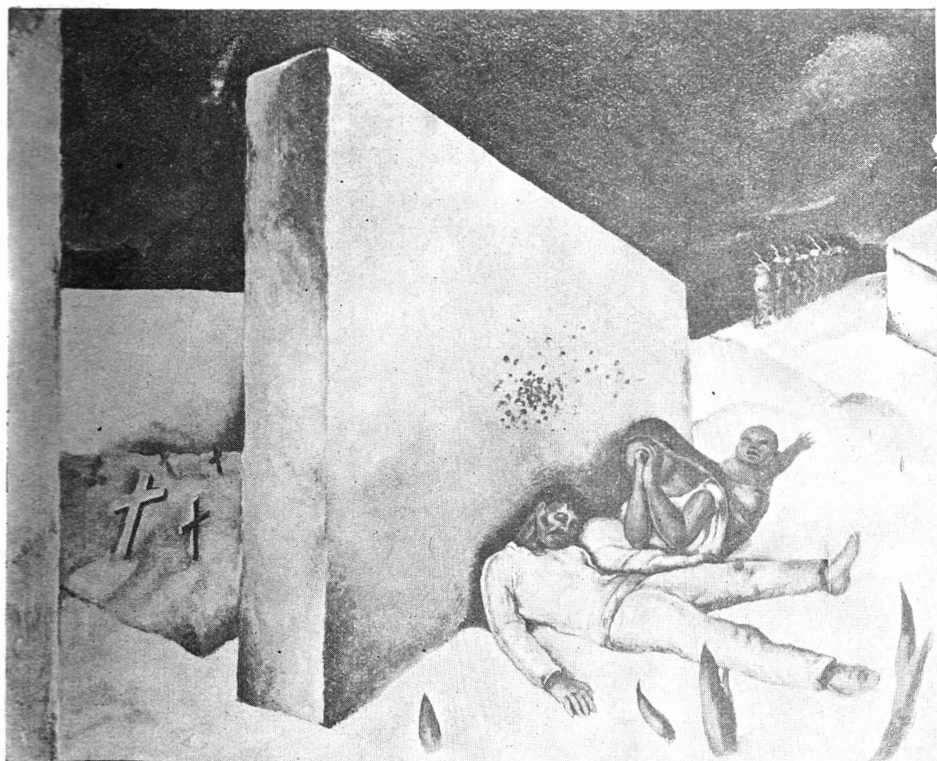
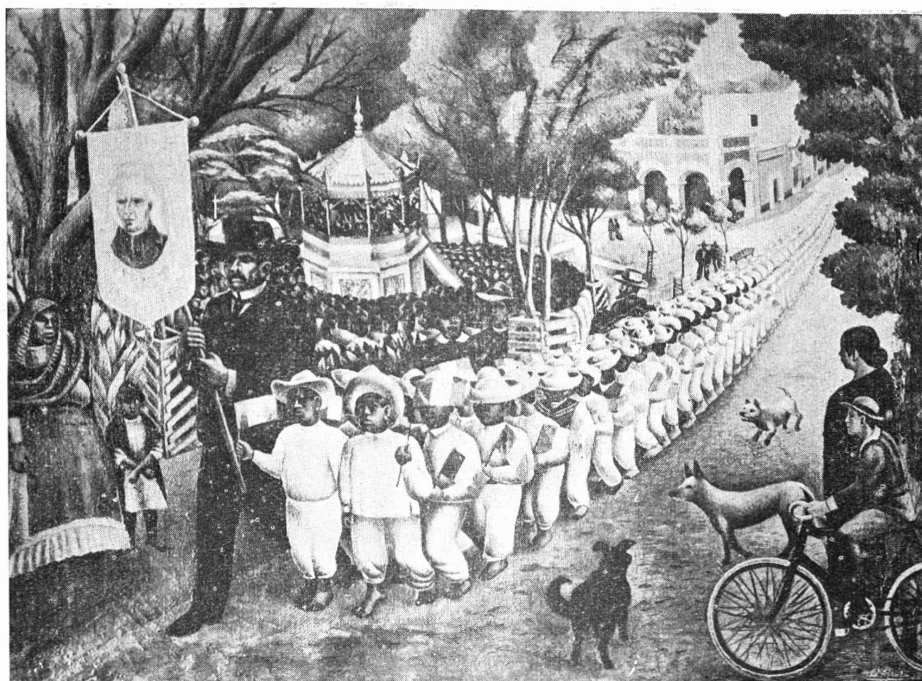


GABRIEL
FERNANDEZ
LEDESMA

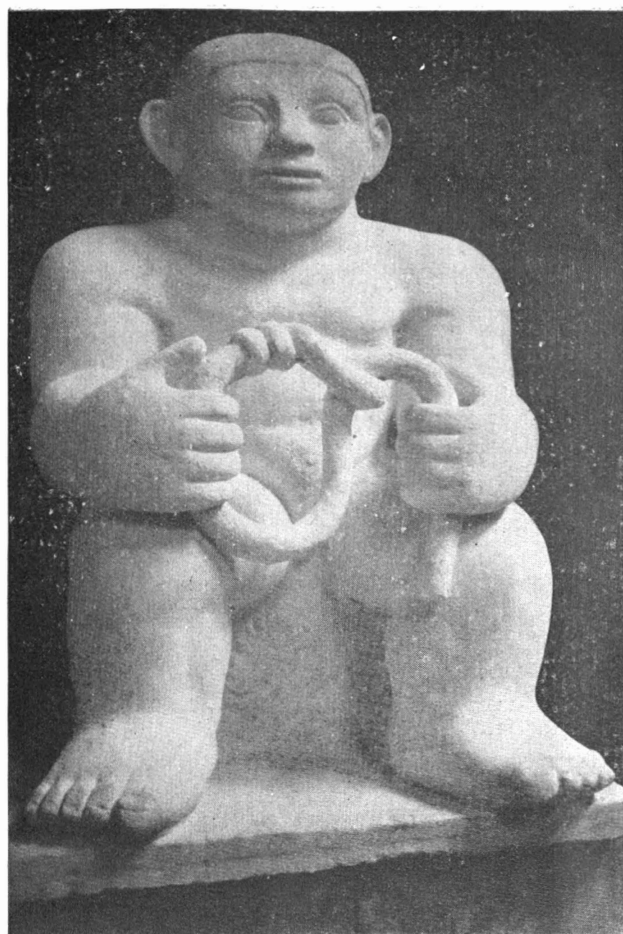


D R. A T L

ANTONIO RUIZ



**ROBERTO
MONTENEGRO**

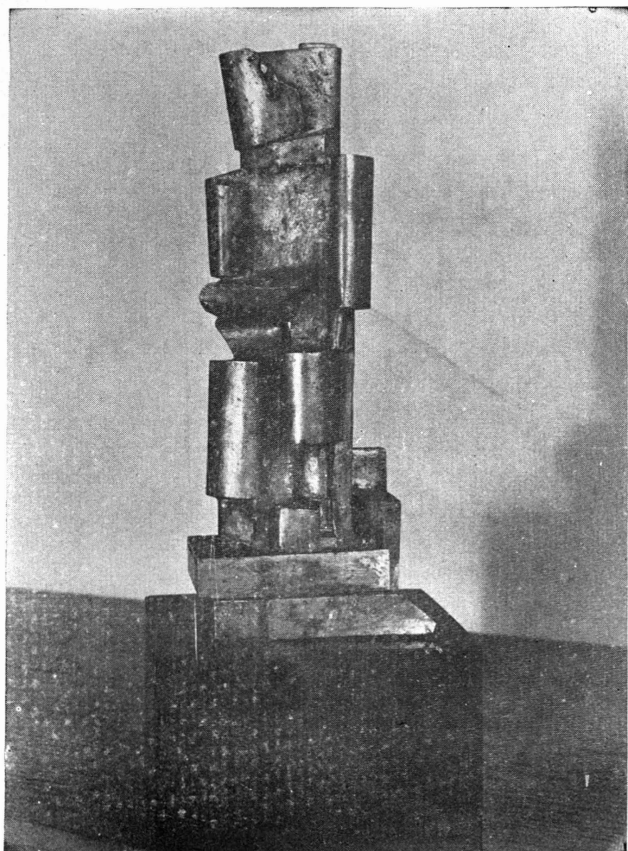


LUIS ORTIZ MONASTERIO

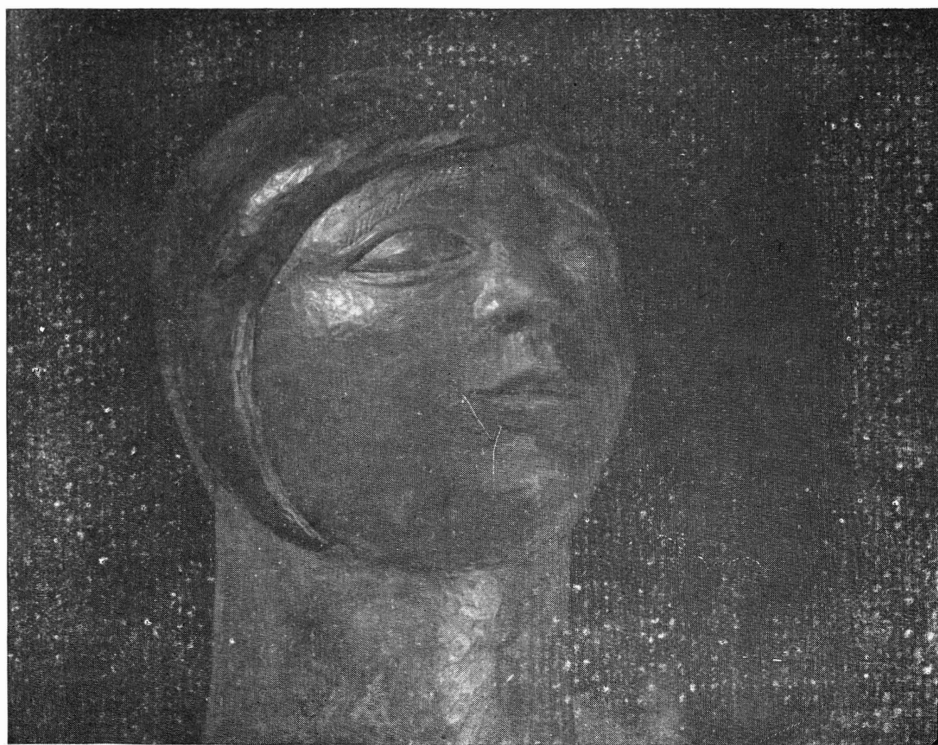


MARDONIO MAGAÑA

G E R M A N C U E T O



GUILLERMO
R U I Z



M A R I A
IZQUIERDO



F R I E D A
K A H L O



PANORAMA

9

EL HEROISMO ESPAÑOL

AL cabo de muchos años he vuelto a leer la *Numancia*, de Cervantes. He leído una obra nueva. He leído una obra maravillosa. No volvía de mi asombro. No me explicaba cómo una obra de tal naturaleza no es conocida, comprendida, admirada por las gentes. La *Numancia* nos ofrece una mezcla primorosa, exquisita, de lo real y lo alegórico. En el primer acto, al final, aparece la figura de España. Y también el Duero. Nos sentimos conmovidos. España habla, entre otras cosas, de los traidores que, nacidos en su suelo, existen en ella. Nos sumimos en una meditación profunda. España habla de la desunión de sus hijos. Volvemos a meditar. En esta tragedia se revela un conocimiento profundo del corazón humano. Hay en estas escenas tragedias de un pueblo y tragedia individual. Se llega en la primera a lo más sublime a que el genio humano ha llegado. Y se llega en la segunda a situaciones de tal hondura, de tal delicadeza, que el lector se estremece todo. No se puede ahondar más ni en el arte, ni en la vida. El punto más doloroso de toda la obra, a nuestro entender, es aquel en que, reinando el hambre en la ciudad, un hambre espantosa, esa necesidad orgánica, imperativa, llega a sobreponerse al amor, es decir, a lo más etéreo, sutil e inmortal. No podemos leer sin emoción profunda esa escena en que una amada, subyugada por el amor, un amor purísimo, casto, se ve forzada a confesar al amado que ella, la cuitada, la pobre, la misera, tiene hambre. Sí, siente una terrible hambre. La necesidad física tiene tal fuerza que sojuzga el sentimiento puro. La materia vence al espíritu. Y lo vence en la persona de esta niña inmaculada, castísima. En este minuto, llorosa, acongojada, bajando los ojos, mostrando en la palidez

P o r

A Z O R I N

de su cara el último resto de carmín, hace su confesión. Instinto o arte deliberado en el autor, esta escena es maravillosa. Nos indigna y nos admira. Nos irrita y nos sojuzga. Nos indignamos y lloramos. Sentimos furor contra la materia dominadora brutal del espíritu y tendemos nuestros brazos para estrechar entre ellos a la misera enamorada.

Numancia era un pueblecito de ocho mil habitantes. Se hallaba a siete leguas de Soria en el monte Garay. Al pie de ese altozano se levanta hoy el pueblo del mismo nombre. Durante veinte años resistió Numancia a Roma. Se estrellaron contra sus murallas, los más famosos capitanes. No nos explicamos hoy ni la obsesión de Roma, ni la obstinación de Numancia. ¿Necesitaba Roma el vencimiento de Numancia? Tan lejos como estaba, ¿qué le importaba la indomitez de este pueblecito perdido en la altiplanicie de España? Y a Numancia ¿qué le importaba el llegar a una composición con Roma? ¡Y sin embargo, el heroísmo es el heroísmo! No se rindió Numancia. No quiso entregarse viva. Entregó sus escombros, sus cenizas, sus ruinas, sus cadáveres. Por encima de todo flota inmortal, sublime, gracias al genio de Cervantes, la figura de esta niña maravillosa, delicadísima, que en un momento de confidencias al amado confiesa que tiene hambre.

No se rindió Numancia y no se rindió Baler. No se acaba en España la santidad. No se acaba el heroísmo. Una santa admirable, María Echean-

día, ha sabido en España en estos últimos años. Baler nos atestigua que el espíritu de Numancia no se ha extinguido. La guerra con los Estados Unidos fué un desastre, pero fué también una demostración magnífica del espíritu heroico de España. Ninguna página más bella que el heroísmo de los marinos españoles en Cavite. Y en Santiago de Cuba. El combate de Cavite fué entre una escuadra poderosísima, escuadra de acero y una escuadra debilísima, escuadra de madera. Se ensañaron cruelísimamente los norteamericanos. Lo demostró así el examen médico de los cadáveres españoles. Mostraron los españoles mandados por Patricio Montojo, una serenidad, un estoicismo, una perseverancia, una intrepidez extraordinarios. Sabían que iban a ser destruidos, aniquilados, y serenamente se presentaron en línea de batalla y abrieron el fuego. Sabían que iban a jugar con ellos, como una fiera juega con un cordero, y se dispusieron sin vacilaciones, resueltamente al combate. Bien puede citarse al Almirante Montojo entre los héroes más simpáticos que España ha tenido. Y allí mismo, en la isla de Luzón, a ciento ochenta kilómetros de Manila, se estaba escribiendo la página más brillante que desde Numancia, si, desde Numancia, ha escrito el heroísmo español. Cosas muy admirables se han visto en la gran guerra europea; no se ha visto ninguna superior a la defensa de Baler. Enrique de las Morenas, Juan Alonso y Saturnino Martín Cerezo, jefes del destacamento sitiado, son nombres que con los de los muchachos acaudillados por ellos pueden citarse junto a los más preclaros.

Baler es un pueblecito situado cabe al mar. Se halla de cara al Pacífico. Contaba con un grupo escaso de casas dispersas y una iglesia. En esa iglesia se refugió el destacamento mandado, primero, por Las Morenas; luego muerto éste, por Alonso; después fallecido Alonso, por Saturnino Martín Cerezo. Saturnino fué el que rigió los destinos de la corta tropa más número de días. Casi toda la defensa de Baler fué dirigida por Cerezo. La iglesia era reducida y de muros débiles. Se encerró en ella una cincuentena de hombres. Se taparon las ventanas. En torno de la iglesia, muy próximo a sus paredes, el enemigo formó una recia trinchera. Comenzó la defensa. Iban pasando los días, las semanas, los meses. Los víveres se acababan. Desde el primer día carecieron de sal; las vituallas almacenadas se fueron averiando. Llegó un momento en que la harina de los sacos estaba hecha pelotones, y los garbanzos carcomidos por los gorgojos, y el arroz reducido a polvo y putrefactas las sardinas en conserva. El sitio seguía riguroso. La defensa era obstinada. Se les enviaban a los sitiados, de tarde en tarde, mensajeros de paz; pero los sitiados los desdennaban. Reducidos al interior de la iglesia, tabicadas las ventanas, la ventilación era deficiente; se respiraba un aire denso y viciado. Comenzó a asomar la te-

rrible epidemia del beri-beri. Daba principio el mal por los pies. Se hinchaban las extremidades inferiores con tumefacciones dolorosas; iba ascendiendo el mal, y poco a poco, entre dolores agudísimos acababa la vida del atacado. Había que mantener centinelas día y noche. Hubo precisión de llevar los enfermos, sentados en sillas, para que durante seis horas, con el fusil entre las piernas hicieran la guardia en lo alto de los muros. La serenidad y constancia de los sitiados no se alteraba. Habían formado unas listas en que figuraban todos los más o menos próximos a morir. Estaban los más enfermos los primeros. "Tú vas a ser el primero en morir", se le decía a un enfermo. Y el enfermo sonriente, sin dar importancia a su muerte, donaba una cantidad para el que había de abrirle la fosa. Se iban acabando las provisiones. Se sentía ansiedad por comer algo nuevo y fresco. Todo lo que se devoraba eran cosas averiadas, descompuestas. Se ideó el coger en una huertecilla próxima hojas de calabacera; se las comía con delicia. Saturnino Martín Cerezo y el médico Vigil, muchas noches, sin que lo supiera nadie, salían expuestos a las balas enemigas y se daban un banquetazo de grama. El techo fué destruido por el cañón enemigo. Caía la lluvia e inundaba los lechos. Apenas se dormía. La ropa se había gastado. Iban todos vestidos de andrajos. No había calzado. Se iba también casi descalzo. A todo esto, el enemigo no cesaba de enviar mensajes de paz. Acabaron los sitiadores por decir que no recibirían ya ningún emisario. ¡Y nadie se acordaba de los sitiados! "¡Estaba esto tan solitario y tan lejos", dice Saturnino Martín Cerezo en el libro dedicado al sitio. La bandera española que flameaba en la torre se había consumido por el sol, la lluvia y el viento. Afortunadamente, en la iglesia pudieron encontrar telas de color amarillo y rojo. La bandera que amparaba a todos fué rehecha. Pero la torre, a fuerza de cañonazos se vino abajo. La defensa había llegado a límites infranqueables. Parecían todos espectros salidos de la huesa. Tal estaban de exangües, pálidos y descarnados. Llegaban los posteros días del sitio. Había comenzado éste en febrero de 1898. Entregadas las Filipinas no había razón para continuar más la resistencia. Duró la defensa 337 días. Se escribe eso rápidamente. No se piensa en lo que esos 337 días representan en un local cerrado, infecto, sin víveres, sin ropa, inundado por la lluvia, sin sal, sin agua saludable, sin zapatos, azotados por la epidemia, sin poder dormir. ¡337 días de serenidad, de constancia, de heroísmo! Sí, desde Numancia no se ha dado caso tan extraordinario en España. ¡Y casi sin gloria! ¡Sin gloria clamorosa, resonante, trompeteada! ¡Estaba aquello tan lejos y tan solitario!

La capitulación se hizo con todos los honores, los máximos honores para los sitiados. Treinta y dos soldados fueron los que quedaron. ¿Qué nación en Europa puede mostrar ejemplo tal de heroísmo?

(La Prensa.—Buenos Aires).

Debilidad de la Violencia

Por LUIS DE ZULUETA

PARIS, 1937. La escultura griega está de moda. Lo mismo que en las plazas la iluminación nocturna de monumentos, fuentes y edificios bañados en blanca claridad merced a los ocultos reflectores como en un plenilunio artificial, así también, algunas noches, se abren las salas de la estatuaría antigua en el Museo del Louvre para mostrar los gloriosos mármoles helénicos y romanos a la nueva luz de los focos eléctricos.

Entre los visitantes, unos os dirán que esa presentación teatral no favorece a la milenaria belleza de las deidades clásicas y otros sostendrán, por el contrario, que aquella atmósfera luminosa, artísticamente dispuesta, evoca la emoción serena de un estético Olimpo.

Unos y otros, empero, se detendrán ante la famosa Venus de Milo, cuya desnuda perfección afronta todas las luces.

En París, cabalmente hace muy pocos meses, leía yo en un libro de Bergson el estudio que el hondo y fino pensador contemporáneo hizo de *La Vida y la Obra de Ravaisson*. Ocupado éste en salvar durante la guerra los tesoros artísticos de la capital de Francia, observó, al resguardar la Venus de Milo, el defectuoso ensamblamiento de los dos bloques de la escultura. Reflexionando sobre el caso, llegó—de inducción en inducción—primero, a reconstruir la actitud de los dos brazos que a la diosa le faltan; luego, a la idea de que debió de estar unida o enlazada a otra estatua, acaso la de Marte o de Teseo, y, al cabo, a la hipótesis de que el grupo escultórico representaría el triunfo de la persuasión, de la razón, sobre la fuerza. Rendidos ante la perfección los más poderosos quisieran ser los mejores.

Esa es, concluye Bergson, la religión de la generosidad, la magnanimidad, el amor. Brilla en la edad clásica, se completa con el cristianismo y constituye el ideal de Ravaisson y, en cierto modo, el de la conciencia moderna.

* * *

Pero ese ideal está en crisis. La fuerza no cede hoy ante la persuasión. La razón se declara impotente. Los mejores se humillan ante los más fuertes. La violencia domina al mundo y fascina a los hombres.

No creemos que así ha ocurrido siempre. Siempre eso sí, la fuerza ha sido temida, soportada y aun acatada. Siempre hubo guerras y siempre la espada de Breno cayó sobre la balanza de la Justicia.

Mas la humanidad pensaba, no obstante, que la justicia era un bien, el bien supremo, y que la violencia era un mal abominable. La sufría, pero

la condenaba. Si, en interés del poder, por razón de Estado, se consumaban no pocas iniquidades, esa amoral razón de Estado era considerada como el lado repulsivo, "la partie honteuse" de la política. La guerra "que las madres detestan" aparecía como una maldita calamidad. Las preces de la Iglesia pedían a Dios que librara a sus pueblos de ese azote como de la peste o del hambre...

Hoy existe una filosofía, y una política, y una mentalidad pública que no sólo se pliegan a la fuerza, al poder amoral, sino que los admiran, encumbran y exaltan. Con un Maquiavelo mutilado, del que sólo se lee "*El Príncipe*"; con un Hegel sin alma, de quien se ha eliminado el sentido de la libertad; con un Burckhardt sin cultura y un Nietzsche sin hondura; con algo de Maurras y su violencia autoritaria, y otro poco de Sorel y su mitología de la violencia proletaria, se ha ido formando un concepto de la vida civil y de la política interior y exterior de las naciones, en el que el insulto es ya un estilo; la provocación, un mérito; la agresión una virtud; la fuerza, la única razón: el poder, el único derecho; el Estado, el único Dios; el pacifismo un delito y la guerra, el yunque sagrado en que se robustecen las almas y deben forjarse los destinos de los pueblos.

* * *

Esa propensión a la violencia, su doctrina y su práctica, su apología, tienen mucha mayor gravedad en nuestro siglo que pudieran haberla tenido en otras épocas pasadas.

Por dos razones. Primera, porque el asombroso progreso de las técnicas ha dotado a la violencia de armas incomparablemente más peligrosas que la que blandía antaño. No es lo mismo, por ejemplo, injuriar en la plazuela que hacerlo ante el micrófono de la radio o en las hojas periódicas que lanza la máquina rotativa. No es igual agredir con la quijada que blandía Caín, que hacerlo con un centenar de aviones de bombardeo.

Segunda razón: Estamos atravesando en este siglo XX una de las más decisivas crisis que ha vivido el mundo. Crisis a la vez económica y espiritual; crisis social y política; crisis internacional. Querámoslo o no. El mundo está realizando una compleja transformación, cuyo sentido profundo quizá no percibimos y cuyo término acaso no podemos prever. Pero de nosotros depende que esa crisis se desarrolle y se resuelva por cauces jurídicos; sin sangre; con razones, con votos, con leyes: de suerte que la fuerza se incline ante la persuasión, como en el grupo de la Venus que Ravaisson intentó idealmente reconstituir.

Luchas, ha de haberlas, y más hoy que nunca. Pero más que nunca es también necesario elevar esas luchas para que no sean combates de fieras que se destrozan a dentelladas, sino contiendas sociales entre seres dotados de razón y de conciencia que buscan, aunque por opuestos caminos, el bien común.

De lo contrario, si anda suelta la violencia, con las armas de que hoy dispone y en momentos co-

mo estos de univcersal conmoción, la catástrofe será tal que no habrá tenido precedentes en la historia.

* * *

Es natural, sin embargo, que el hombre ame la fuerza. Natural, sobre todo, que la ame la juventud.

Mas en el concepto de fuerza late un equívoco. La fuerza abrazada a la razón: la fuerza, como el Marte o el Teseo de la fábula, rendida de un libre ideal de belleza y de perfección, no es ya la fuerza bruta sino la fuerza esclarecida, sublimada, transformada en virtud, que virtud y fuerza se confunden etimológicamente, originalmente. Es la fortaleza.

En el caso contrario, la fuerza se degrada hasta convertirse en su caricatura: la violencia. La violencia, "esa hija degenerada de la fuerza"... Prevenía Jaurés a los obreros contra la tentación de recurrir en sus justas reivindicaciones a la violencia, que no es una prueba de fortaleza sino un signo de pasajera debilidad.

Si. Violencia, en el fondo, es flaqueza. Debilidad, los denuestos y amenazas; debilidad mental y moral, la intolerancia: debilidad espiritual, falta de íntima convicción en el propio destino, los odios desencadenados y las agresiones cruentas.

A la larga, la violencia se destruye a sí misma y la razón serena se hace dueña del campo. También nuestro siglo comprobará a su turno, aun a costa de tanto dolor, la interna debilidad de la violencia.

Allá, en el Louvre, la Venus se alza incólume, vencedora de los siglos. En aquel grupo escultórico, ¿qué se ha hecho, entre tanto, del Marte, o del Teseo, que con el casco guerrero y la lanza homicida dícese que figuraba el lado de la diosa? Simbólicamente, se perdieron allí las representaciones de la fuerza y hoy ya ni siquiera sabemos si alguna vez han existido. Inerme, sola, desnuda, sin brazos para parecer más indefensa; sobrevive, en cambio, la diosa, encarnación de la belleza, de la armonía, del amor que engendra la vida; de la razón, que la alumbró; de la protección, que como un ideal lejano la dirige.

(*El Tiempo*.—Bogotá).

Descartes y el Mundo Moderno

Por JACQUES CHEVALIER

TAN rico es el pensamiento de Descartes: "*Descartes, este mortal de quien se hubiese hecho un dios entre los paganos*"... que desde luego puede anticiparse, sin que sea posible ser tachado de exageración, que el mundo moderno en buena parte procede de él. De él y de Pascal, si es cierto, como afirma Bergson, que Descartes y Pascal son los dos

iniciadores, y en todo caso, los dos grandes representantes de las formas o métodos de pensamiento entre los cuales se reparte el espíritu moderno: filosofías de la razón pura, y filosofías de la intuición o del corazón.

La resolución que tomó Descartes, por una vez en su vida, de deshacerse de las opiniones que había recibido en su creencia, a fin de reformar sus propias ideas, de discernir lo verdadero de lo falso o de lo verosímil, y de construir sobre bases que fuesen enteramente suyas; la audacia con la cual emprendió una búsqueda general de los principios o primeras causas de todo lo que es o que puede ser en el mundo, sin considerar nada para este efecto fuera solamente de Dios que ha creado a aquél, ni extraer esos principios sino de ciertas semillas de verdades que se hallan naturalmente en nuestras almas; las luchas que él libró para tratar de vencer todas las dificultades que nos impiden llegar al conocimiento de la verdad; finalmente, los resultados que alcanzó y los progresos que hizo en este conocimiento y que no son, según sus propias palabras, sino consecuencias y dependencias de cinco o seis principales dificultades que el hombre ha llegado a dominar: La evidencia obtenida por la reducción analítica de lo complejo a lo simple, la solución de la duda y la evasión de las garras del genio malévoló por la experiencia inmediata del *cogito*; la certidumbre de la existencia del ser perfecto, Dios; el principio de la veracidad divina, o la seguridad de que todo depende de la voluntad omnipotente e inmutable de Dios; en fin, la verdad del mecanismo que de allí se deriva, es decir, del acuerdo entre el mundo de la cantidad pura y el mundo del espacio o de la materia, estas iniciativas y los éxitos que las han coronado, son, puede uno decirlo, las que han lanzado por vías enteramente nuevas el pensamiento humano, el pensamiento humano que la autoridad de la filosofía griega, y en particular de Aristóteles, había constreñido a un método sintético y deductivo: a la búsqueda de las esencias o de las formas que responden en la naturaleza a los conceptos de nuestro espíritu. Con Descartes, ya no se trata de repetir lo que ha sido dicho, o de seguir lo que ha sido hecho, como la hiedra que no logra subir más arriba que los árboles que la sostienen y que muchas veces desciende, una vez que ha llegado a la cima de los árboles. Para concebir una cosa y hacerla nuestra, no basta ya saberla por otro, necesitamos descubrirla por nosotros mismos. Este esfuerzo de invención constituye toda la revolución cartesiana.

En este sentido, es legítimo decir que Descartes ha operado una ruptura en el desarrollo del pensamiento humano; que con él una época se cierra, una época comienza; que su filosofía, como su ciencia, es en cierto modo una *proles sine matre creata*, y que todas las direcciones en las cuales se ha lanzado el mundo moderno se remontan a él y pueden referirse a él.

En ese sentido pero no en todos Descartes, el primero, no habría permitido que se atribuyese a su obra el privilegio que pertenece solamente al

Creador, y que nos manda referirlo todo a él según el principio fundamental de la razón; a saber, que lo más no puede venir de lo menos, ni el ser de la nada. Crear para el hombre, es recibir; recibir la luz, que le permite escoger, ordenar y restituir así a las cosas su significación verdadera.

En cuanto a las doctrinas o tendencias, a menudo divergentes en que se divide el mundo moderno, se les ha extraído de Descartes, pero solamente porque se ha desconocido la unidad fundamental de su pensamiento, dislocándolo y aislando de su contexto las afirmaciones en las cuales se concreta su pensamiento. Que, por otra parte, su doctrina se haya prestado a este descoyuntamiento y que las partes que se encontraban juntas, y que en su pensamiento se equilibran y se delimitan, hayan podido correr cada cual por separado una aventura en el mundo, es un signo de riqueza y de fecundidad; pero para quien quiera buscar la verdad de Descartes, y posiblemente la verdad a secas, es necesario, para cada una de esas partes, remontar a la fuente de que se deriva, según la recomendación expresa que el propio Descartes hiciera.

Así, cuando se afirma, siguiendo a Fontenelle, que el "nuevo método de raciocinar de que somos deudores a Descartes, demuestra la incertidumbre o la falsedad de la metafísica, según las propias reglas que Descartes nos ha enseñado; así cuando se pretende, con León Daudet, que el maquinismo reemplaza a Dios, y que explica al hombre lo mismo que a los animales; así, cuando se afirma, con Laberthonniere, que el único fin de Descartes fué hacernos amos y señores de la naturaleza; y cuando se insinúa, de acuerdo con el pensamiento de otros filósofos, que la metafísica del filósofo de la máscara no fué más que un disimulo a su incredulidad fundamental; así, por último, cuando con los idealistas y le fenomenologistas modernos o con sus adversarios, como Jacques Maritan, se proclama, ya para ensalzarlo o para acusarlo, que Descartes reduce todas las cosas al pensamiento y asimila el hombre al espíritu puro o al ángel... siempre se olvida, en primer lugar, que este mecanicismo y que este idealismo, a los cuales por una parte y por otra, se pretende reducir el pensamiento de Descartes, se contradicen estrictamente en sí; que, en el pensamiento de Descartes, cada uno de estas doctrinas, está delimitada por la otra, y que ambas están subordinadas a la voluntad creadora del movimiento como del pensamiento; se olvida que el método cartesiano, con todas sus aplicaciones es rigurosamente inseparable de su metafísica, que es la raíz del árbol de la ciencia y la filosofía; que el maquinismo no puede reemplazar a Dios puesto que de Él procede "como la marca del obrero impresa sobre su obra", y que no puede explicar al hombre, puesto que el yo o "el alma por la cual yo soy lo que soy" no depende en modo alguno del cuerpo ni del lugar; se olvida, finalmente, que para Descartes, el pensamiento en sí no se basta, que por el contrario está limitado por los dos extremos por el cuerpo al cual se encuentra unido en esta vida, por Dios que lo ha

creado y que lo crea continuamente; y que así infundido en el mundo no es una simple forma en el sentido moderno de la palabra, sino un ser substancial, suspendido del Ser perfecto.

Cogito, ergo sum, sum ergo Deus est. Pienso, luego soy. Soy luego Dios es. Todo el cartesianismo se contiene en estas dos fórmulas del *Discurso* y de la *Regla XII*. Y estas fórmulas no son sino la traducción en términos discursivos, de la intuición misteriosa, y por lo mismo eminentemente real, que Descartes piensa haber recibido del Espíritu de verdad que lo libra del *malus spiritus*, aquella famosa noche de San Martín del año de 1619; así como el descubrimiento del 1º de noviembre de 1620, le permitió encontrar el primer punto de aplicación en la teoría de las *merveilleuses lunettes*, que le probó que la materia toda, al par que el espacio—la física como la geometría—puede quedar expresada en un lenguaje de número, puramente intelectual; el álgebra, cuyas nociones claras y distintas, viniendo de Dios, en todo aquello en que son claras y distintas, no pueden ser más que verdaderas. Por último, es precisamente en esto—quiero decir, en la conformidad de la voluntad humana con la divina, como Descartes descubrirá el secreto de la sabiduría y de la beatitud, como descubrió también el de la ciencia.

Tal es el verdadero pensamiento de Descartes, el que Descartes afirma por todas partes en su obra. Tal es el hombre, tal cual nos ha sido descrito por su biógrafo, el abate Baillet, tal cual nos lo presenta Weenix en el curioso cuadro que se puede contemplar, en el museo de Utrecht, el hombre sensible, que revistió, "como el comediante en el teatro", "la máscara destinada a cubrir el rubor de su frente"; el fabulista o el novelista que, el primero, osó escribir del método en la novela, que escogió por su lema, en el cuadro de Weenix "Mundus est Fabula", y cuya obra Pascal había de comparar, a la "novela de la naturaleza, como don Quijote"; el poeta que prefería al razonamiento de los filósofos la imaginación de los poetas, y que estimaba que contemplar el verdor de un bosque, los colores de una flor, el vuelo de un pájaro, no es perder el tiempo, sino emplearlo bien; el amigo de Helena y el padre de Francina, para quien el rostro de la princesa Elisabeth representaba el de las Gracias, que le descubría los secretos de su álgebra y de su medicina, y que se dejó persuadir por Cristina, la joven reina, a dejar el país de la leche, Holanda, en donde este hombre había nacido, para marcharse al país de los osos y de los hielos, en donde murió; el valeroso, el soldado que más de una vez experimentó la impresión que puede hacer el atrevimiento de un hombre sobre un alma; el hombre respetuoso de todas las tradiciones, el confidente del cardenal de Bérulle y del Padre Marseenn, el devoto peregrino de Loreto, que montaba en cólera contra los que tenían la osadía de combatir contra Dios, y que murió sintiéndose feliz porque iba a descubrir la verdad que había buscado toda su vida; el hombre, en fin que, según la bella frase del *Tratado de las Pasiones*, juntó esa generosidad que lleva a

emprender grandes cosas con la humildad virtuosa que nunca trata del infinito sino para someterse a él.

Es de esta experiencia humana, es de esta experiencia personal, *ego cogito, ego sum*, de donde partió Descartes, según lo da a entender a Gassendi, y no de las proporciones abstractas y generales, de acuerdo con el orden de los silogismos de la dialéctica. Es de aquí de donde deriva su doctrina y donde nosotros le descubrimos espúes a él.

Y este Descartes, el verdadero Descartes, es más que un sabio y que un filósofo; es un ángel y es un hombre. Por mucha que sea la estima en que él tenga los artificios de la mecánica por el bien que los hombres pueden derivar de ellos, no tiene sino en mediocre consideración a quienes no sirven las creencias sino las artes mecánicas y a quienes sobre estos fundamentos sólidos, no han construido nada más elevado. Descartes espera mucho de la medicina para la conservación de la salud, pero, al final de su vida, declara a su amigo Chanuts: "Os diré en confianza, que tal cual noción de la física que he tratado de adquirir, me ha servido grandemente para establecer fundamentos ciertos de la moral, y que me he sentido más satisfecho en este punto que en otros varios referentes a la medicina, en los que sin embargo he gastado mayor tiempo. De tal manera que, en lugar de encontrar allí los medios de conservar la vida, he encontrado otro más sencillo y más seguro, que es: no temer la muerte; es decir, como lo explica a Elisabeth: "amar a Dios y conocer la inmortalidad de nuestras almas". Descartes tiene buen cuidado de no aconsejar a los otros que imiten sus dudas; pues ni los temperamentos inquietos y efervescentes, ni los tímidos que componen unos y otros este mundo, podrán seguir sin peligro tal ejemplo; y Descartes sabe muy bien que, por cuanto se relaciona con el público, "nuestros cuerpos pesados son muy difíciles de levantarse una vez que han caído, y sus caídas son siempre rudas".

Su principal objeto en esta vida es la busca de la verdad. Su bien más preciado, la libertad. Pero, tratándose del hombre, la libertad, menos que en la elección consiste en la determinación de un hábito, hábito por lo demás esencialmente iluminado, vivificado, orientado por la claridad del espíritu y vuelto hacia el porvenir. En Dios, pero solamente en Dios, se encuentra la alianza incomprendible pero muy real, de la libertad soberana y el orden inmutable. Este principio de la inmutabilidad de la voluntad divina, garantía del valor de nuestra ciencia, y el principio de que *lo más no puede venir de lo menos*, son los dos postulados, o más bien los dos aspectos del postulado último sobre el que reposa todo el pensamiento cartesiano. Lo que equivale a decir que todo, en Dios como fuera de Dios, procede de la real y verdadera inmensidad de su poder. Así, Dios existe por sí como por una causa, a saber por una superabundancia de su propio poder, y todos los demás seres existen por una causa que no contiene todo el ser o toda la perfección (pues cuando parece

ser de otra manera, como en el caso de la mosca que nace del queso, no es—dice Descartes, con una genial paciencia—sino que ignoramos aún la causa total). En otros términos, y según sus propias palabras, *de nada, nada se hace*. No hay nada real que no nos haya sido dado por el soberano Bien y la soberana Verdad. "En cuanto a aquellos que niegan llevar en sí la idea de Dios, y que en su lugar se forjan algún ídolo, éstos niegan el nombre, pero conceden la cosa". "Pues no podemos nosotros saber nada de cierto, ni querer nada de bueno sino por Dios". "Al principio, como en el término de todo lo que es, se encuentra la Razón suprema que se confunde con la Libertad Incondicionada".

Este sencillo resumen proviene de una constante meditación en el pensamiento cartesiano, y espero que bastará para probar que estamos muy lejos de haber agotado su jugo. El mundo moderno, que ha extraído ya muchísimo de Descartes, obraría cuerdamente si volviese sus ojos a este sabio, pues le falta aprender de él lo esencial.

(*Les Nouvelles Littéraires*.—París).

Biografía de Leopardi

Por JULIETTE BERTRAND

LA pequeña ciudad de Recanati, se extiende a lo largo de una cresta de colina a 300 metros de altura, y señorea dos anchurosos valles. Se encuentra sólo 10 kilómetros del Adriático: desde Recanati la vista sobre la campiña es amplísimo. El mar aparece y desaparece alternativamente detrás de las montañas; frente al mar se otea sobre una altura el campanil y la cúpula desdorada de Loreto. Detrás, asoman las montañas de la Dalmacia.

Esta campiña es de una belleza indecible. Los caseríos que coronan las colinas tienen un tinte de piedra negruzca, que se repite, ligeramente más oscuro, en los techos. La tierra es del mismo tono: purísima, mate, de un tono casi perfecto. Tierra con abolladuras, de relieve complicado, con un fondo de tela primitiva, pero sin aridez. "Es un jardín", oye uno decir, y no sin envidia, en los pueblos comarcanos. El mercado se celebra en Recanati los sábados, y siempre con bastante animación.

El mar, las perspectivas (como en la poesía leopardiana) dan una impresión de lejanía; porque el aire, extremadamente luminoso, está como velado de blanco. Esta luz comunica al paisaje un más allá de infinita serenidad. Todo es dulzura. Un poco del idilio toscano, un poco de la suavidad de Umbría, un poco de la gran paz romana.

La casa solariega de los Leopardi se encuentra en el barrio de Montemorello, cerca de la minúscula iglesia en que Giacomo fué bautizado. Las fuentes bautismales ya no son las mismas; pero los bancos pintados de café no han cambiado. El primero de la izquierda se halla reservado a las Her-

manas de la Caridad, el primero de la derecha al Hospicio de Ancianos. Más cerca del coro y contra el muro, otros dos bancos pintados del mismo color café, muestran esta inscripción en mayúsculas blancas, agudas y recortadas: *Gentis Leopardi*. En el de la izquierda es en el que Leopardi, enfermo, perdida ya la fe, los días de fiesta de guardar venía a arrodillarse con su familia. Recanati es frío, la iglesia es fría, estos bancos adosados al muro quedan también fríos. Se le veía a Leopardi, con la cabeza inclinada, subirse hasta la boca el cuello de su abrigo.

La casa familiar

La pieza de Giacomo es la que da al Norte. Pero él no habitó esta pieza sino hasta los 19 ó 20 años. Durante toda su infancia compartió con sus hermanos un cuarto con tres camas, sombrío y triste, y que da al atrio.

La alcoba en que nació el poeta está en el segundo piso. Estaba tapizada con una tela de seda de rayas rosa y blanco que Paolina, la hermana del poeta, tuvo el mal acuerdo de cambiar. Como el padre de Giacomo se llamaba Monaldo y su madre Adelaida, en el artesonado del fondo lleno de dibujos y flores, pintado con ocasión del matrimonio, se ve a Medor, rubio y tocado con un casco sobre el que se yergue un penacho rosa que dibuja una *A* en la corteza de un árbol, y se ve también a la bella Angélica que va grabando hábil y con mano distraída, esta otra inicial: una *M*.

El atrio y la escalera de piedra, que ostentan un carácter de gran majestad, son la obra de un tío abuelo de Monaldo, sacerdote atormentado por escrúpulos y talentoso arquitecto, a quien Giacomo conoció en su tierna infancia. Incrustadas en el muro con toda regularidad, se ven inscripciones y bajorrelieves antiguos que contribuyen grandemente a la nobleza de esta entrada.

A la izquierda, poco visible, se abre la puerta de la biblioteca. En la segunda sala de esta biblioteca, parecénos ver todavía las flacas espaldas del poeta, encorvado sobre una pequeña mesa en donde hay un tintero de porcelana blanca, y se ve aquí todavía aquel mísero tapiz de lana con el que Leopardi durante el invierno cubría el mármol de las mesas para evitarse el contacto del frío.

La familia

La familia Leopardi pertenecía a la más vieja nobleza de los Marches. Esta familia se había distinguido particularmente por su adhesión a la iglesia. De varias generaciones atrás, a efecto de reservar el patrimonio al hijo mayor, había destinado al sacerdocio o al claustro a todos los menores de uno y otro sexo. Varios miembros de la familia murieron en olor de santidad. Monaldo, el padre del poeta, recuerda como la cosa más natural del mundo el caso de su tío abuelo Paolo, que perdió la razón en plena juventud por exceso de escrúpulos. A principios del siglo XVII,

se contaban hasta quince religiosas pertenecientes a la familia de Leopardi; nueve de ellas llegaron a vivir juntas durante veinte años en el mismo monasterio. Un poco después, para no dejar extinguir la familia, Vito Leopardi tuvo que abandonar la carrera eclesiástica. Seis de sus siete hijos, unas cuatro señoritas y dos muchachos, se entraron monjes.

El ambiente

Cuando nació Giacomo, el 30 de junio de 1798, del matrimonio del conde Leopardi y la marquesa Adelaida Antici, dama perteneciente también a otra noble familia de Recanati, el ambiente familiar era ya numeroso, pues comprendía dos tíos abuelos de Monaldo: el excelente canónigo Carlo Oracio, el arquitecto atormentado por escrúpulos de que ya se habló antes, y el hermano de éste: Pablo a quien la misma enfermedad del escrúpulo había hecho perder la razón desde su juventud; dos tíos; la madre de Monaldo; la condesa Virginia Mosca; uno de sus hermanos, y una hermana, además, el preceptor de Monaldo: un jesuita mexicano de nombre José Torres, y otro eclesiástico sudamericano: Serrano; por último, otro sacerdote refugiado, franceses éstos y entre los cuales se hallaba el abate Borne, de Montpellier, a quien Giacomo irrespetuosamente llamaba el abate *Borné* (de cortos alcances).

Descendencia numerosa pero nada placentera. La mayor parte de estos eclesiásticos eran viejos, y, los que no eran viejos, tenían sus razones para sentir, hacia toda revolución y toda idea avanzada, un verdadero horror. Familia abrumadora y además, extravagante; basta pensar que, en medio de extremas dificultades de orden económico, el joven conde y su mujer se empeñaban en sostener un criado particular a cada uno de sus hijos menores.

Un año después del nacimiento de Giacomo o sea el 12 de julio de 1798, Adelaida Antici traía al mundo un segundo hijo, Carlo, y, dos años después, una niña. Todavía tuvo siete hijos más, que no vivieron, con excepción de Luigi y de Pier Francesco. Los compañeros de juego de Giacomo, y más tarde sus confidentes, fueron naturalmente Carlo y Paolina, de edad próxima a la suya.

Mágicamente, después de la cena, los chicos se escapaban de la estrecha atmósfera y se hundían en pleno siglo XVIII, en plena despreocupación y retozo. La segunda mujer de Carlo, hermano de Giacomo, nos ha dejado, en idioma francés, basándose en los recuerdos de su marido, un amable cuadro de estas efusiones.

Por la noche los chicos iban siempre a pasar una hora a la casa de la abuela paterna, la condesa Virginia, que habitaba un bonito entresuelo arriba del apartamento de su hijo.

Las mañanas eran aún más agradables: Giacomo relataba a Carlo historias que duraban semanas. Era, a pesar de ello, de una sensibilidad hiperestésica. Para sufrir menos solía alejarse de las gentes. Pero, en ocasiones, aun las cosas ex-

teriores le hacían sufrir. Entonces Giacomo iba a refugiarse en el jardín del Este, desde el cual no se divisaba sino la campiña libre, detrás de la iglesia de Montemorello, lo que dejaba libre la imaginación del poeta. Silenciosamente, se ponía a mirar las estrellas escuchando el croar de las ranas y soñaba mil cosas más allá de estos campos, más allá de esta luz, más allá de estos rumores.

Crisis

Como Monaldo, el padre de Giacomo, había despilfarrado mucho dinero en su juventud, era a su mujer a quien correspondía la administración de los bienes familiares. Seca y avara, la condesa Adelaida pudo reconstruir un patrimonio demasiado mermado, pero ello a precio de una austeridad que iba a entristecer para siempre a los suyos y de una parsimonia que vino a pesar como plomo sobre toda la vida de su hijo mayor.

En esta casa sin alegría, Giacomo vio transcurrir, sin embargo, una plácida adolescencia. La biblioteca era su refugio. Allí aprendió a solas el griego y el hebreo. No cumplía aun catorce años cuando su preceptor decía no tener ya nada que enseñarle. A esta edad, Leopardi escribió ya una tragedia. A los 16 años ofreció a su padre un bello estudio sobre la Vida de Plotino, por Porfirio, acompañado de una traducción latina del texto. Iba acumulando versiones, estudios, ensayos —y contestaba (buen clásico como era) en la Biblioteca italiana a las famosas cartas de Me. de Stael sobre el Romanticismo. Comenzó a escribir entonces su ensayo sobre los Errores populares de los antiguos. Junto a esto, en perfecta comunión de ideas con su padre, después de la batalla de Tolentino, el futuro poeta nacional de la Oda a Italia saluda el triunfo de Austria con un *discurso a los italianos*. Ebrio de pensamientos, el espíritu agudizado por la lectura asidua de nuestros filósofos, Leopardi se siente a sus anchas en un mundo enrarecido, sin contacto con la vida. Un triple y brusco contacto con ésta (pues ello le significó más que una simple experiencia) va a hacer saltar en fragmentos ese frágil refugio y a despedazarlo a el mismo a los veinte años. A esta edad —cerebro casi envejecido y corazón indefenso de adolescente— Giacomo entra en una primera amistad apasionada y sufre, además, un choque amoroso que trastorna toda su jerarquía de valores y le descubre que la filología no tiene interés alguno en sí misma. El pasado, el presente y el porvenir de este ser huracán y frágil quedan entonces aniquilados. Nada más noblemente doloroso que estas tres experiencias. El amigo, cuadrangular neurasténico, es un escritor de talento; descubre a primera vista y en toda su grandeza, el extraordinario genio de Giacomo. Pero en lugar de servirle de ejemplo y consolación, le escribe cartas tan lacrimosas y endebles, que es el tuberculoso de veinte años quien tiene que reconfortarlo e infundirle ánimo. En cuanto a la mujer, era una prima del poeta; linda criatura de 25 años. Está de paso. No hace sino reflejar en sus bellos ojos la imagen de aquel ser débil, raquítico y ape-

sadumbrado por una joroba que es el regocijo de los pilluelos de Recanati (“¡el jorobado de Montemorello, el jorobado!”), gritan a su espalda cuando él se atreve a salir entre la bruma. Destrozado por nuestros filósofos y por una reciente lectura de la autobiografía del Alfieri, nuestro joven pedante analiza sus impresiones con un don de introspección inaudito ciertamente, pero de una afectada objetividad que llega a molestar. Por otra parte, con ese terrible pudor que pone en todas las notas de su diario siempre que se trata de él mismo, en cierta ocasión se limita a decir, lacónicamente: “Estrellado contra el muro”. Carlo, el hermano muy amado de Giacomo, nos descubre el sentido de esta nota. Al acompañar a su prima al convento a donde ella conducía a su nietecilla, rápidamente, en la penumbra de un corredor, Giacomo había intentado romperse el cráneo. Por cuanto a la filología..., Homero, Virgilio, Hesiodo son indudablemente bellos, pero sólo porque se asemejan a los conmovedores espectáculos que Leopardi observa desde su ventana: cuando, escuchando el canto de una muchachita tejedora que había de morir joven; el trabajo de los albañiles que parecen construir un mundo —y que evocan para ello el parto de Rhéa—, o el ruido decreciente de un carro, que le oprime al poeta el corazón, todo cuanto se aleja.

Ciertamente, ahora dejará de ser filólogo, ahora que la amistad, el amor y la poesía han enternecido y calentado su alma, o mejor, ahora que su alma turbada por una floración sentimental tardía (tras una pubertad precoz pero puramente física) se vuelve sensible a la amistad, al amor y a la poesía; ahora Giacomo será poeta. Pero esta vocación no trae para él sino pesadumbre.

Monaldo, observando la delicadeza espiritual de su hijo y su entusiasmo por el estudio, había acariciado la idea de hacer de él un prelado erudito del tipo de Angelo Mai. La poesía era para Monaldo un pasatiempo ciertamente honesto, digno de un gentilhomme, pero no podía ser elevada a la categoría de una misión. Fue mal recibido, por consiguiente, el cambio de orientación de Giacomo. La amistad que por entonces trabó con Giordani, liberal e irreligioso, no hizo más que aumentar la suspicacia y la tiranía familiar. Giacomo, su hermano y su hermana, vivían con un sentimiento de rebeldía cercano a la desesperación. Contribuyó a agravar esta situación una tentativa de fuga por parte de Giacomo. ¿Cómo ser poeta en un poblacho, y en el seno de tal familia lúgubre y tiránica, saturado hasta los huesos de sentimientos de acritud y cólera? ¿Y cómo bastarse asimismo cuando se tienen enojos que no permiten la lectura y nervios débiles, sin resistencia? Giacomo, hundido en su cuarto escucha pasar las horas; luego, por la noche, se pasea de aquí para allá en la alcoba del brazo de Paolina, Paolina que, años más tarde, no puede recordar este largo martirio sin estremecerse.

Sin embargo, por la época de su fuga frustrada, Leopardi había escrito ya hermosos poemas: sus dos “canzoni” patrióticas que le habían ele-

vado los veinte años al rango de poeta nacional, dos obras que excluyó más tarde de la colección de sus versos, y sus tres primeros idilios (*El Infinito*, *A la Luna*, *Escucha, Molissus*), que cuentan entre las más frescas y puras de sus poesías.

Después del fracaso de su tentativa, Giacomo sigue trabajando. Canta el descubrimiento que Angelo Mai acaba de hacer de los libros perdidos de la *República* de Cicerón, y escribe tres nuevos idilios en que apuntan ya entrelazados todos los temas de la poesía de Leopardi: el que aparece indicado en *El Infinito*, y que más tarde se desarrollará magníficamente en la retama, acerca de la insignificancia de los más altos destinos de hombres y pueblos en el conjunto del cosmos, y aquel otro del señuelo indigno que constituyen las promesas que hace la vida al adolescente fascinado.

En virtud de sus constantes alternativas de exaltación y depresión, fenómeno propio de los neurasténicos, y en correlación con las estaciones del año, tras *Las Maldiciones de Bruto*, Leopardi escribe el dulce *Himno a la Primavera*. Y dos meses después de haberse complacido en la sombría desesperación de Safo para quien todo es misterio excepto la sentencia que nos condena al eterno dolor, Leopardi escribe su *Himno a los Patriarcas*, evocación de una nostálgica edad de oro.

Después de la crisis

Tras de haber solicitado vanamente un empleo cualquiera, a los 24 años Leopardi sale por primera vez de Recanati. Mas la frivolidad de los romanos le causa escándalo y necesita entonces "construirse una pequeña ciudad en el interior de una grande". Fue en la casa del Ministro de Holanda donde Leopardi se encontró por primera vez en una sociedad de su agrado. Allí trabó conocimiento con Jacopssen, que llegará a ser uno de sus amigos más comprensivos, y con el secretario de la Embajada de Prusia, Karl Bunsen, que es también para él un buen amigo, y que a toda costa procura siempre serle útil. Pero en este medio, se le aprecia más que nada por sus conocimientos y lo lógico; llama la atención, no tanto el poeta que ahora es, si no el adolescente que precisamente ha dejado de ser. No es, pues, extraño, que los ofrecimientos de sus nuevos amigos sean equivocados. El mismo Niebuhr se equivocó respecto a Leopardi y lo creyó destinado a trabajos de los que estaba cansado ya, y a los que sólo volvía a veces por adaptarse al gusto romano. Antes de salir de Roma, Giacomo trató de encontrarle un empleo a su joven amigo y escribió humildemente en tal sentido al subsecretario de Estado.

El poeta volvió a Recanati a fines de abril. El corazón del solitario joven de provincia encontró tan pocas satisfacciones en Roma que volvía al lugar sin ninguna fe.

Ya lejos de Roma, el poeta siente ahora la embriaguez de su luminosa colina natal. La primavera le emociona una vez más. Y pronto esta

conmoción florece en poesía. El 26 de agosto, una nota del *Diario* sobre las bruscas iluminaciones líricas y filosóficas, nos permite casi fijar la fecha de la concepción, o mejor, de la revelación del Himno, *Alla Sua Donna*, himno alado, compuesto a principios del mes de septiembre en seis días. Y fue a principios de enero, sin bruscas iluminaciones, pero como resultado de largas meditaciones sobre el estilo, cuando Leopardi comenzó su *Operette Morali*, diálogos lucianescos en que su prosa alcanza una perfección a la que solamente el estilo de Maquiavelo puede ser comparado.

Meditando en su *Diario* sobre el ideal de la prosa, Leopardi hace notar que la naturalidad debe anteponerse a todo; aún a la claridad; pero que esta naturalidad no ha de ser la del rústico que ignora las reglas, sino la desenvoltura del hombre de mundo cuya amable facilidad de movimientos, lejos de ser ignorante a las fórmulas, implica una posesión tan perfecta de ellas, que constituye una segunda naturaleza. Y así ocurre, en efecto, en la prosa leopardiana. Su estilo helénico de severos ensambles, consiente deliciosas efusiones poéticas.

El invierno viene, una vez más, a abatir al poeta. Cuando vuelve la primavera, Leopardi se entrega a la lectura de "La Síntesis del Origen de Todos los Cultos", por Dupuis, áspera crítica al cristianismo; relee el catecismo de Volney. Un hastío feroz hace presa en él. El editor Stella lo llama a Milán. De paso se detiene en Bolonia en donde le espera Giordani y en donde todo le parece hermoso y amable. Muy a su pesar prosigue su camino y, naturalmente, Milán es para el poeta un desencanto. Encuentra allí la misma "magnificencia" y la misma "diplomacia" que estragaron sus nervios en Roma. Vuelve a Bolonia. Se dedica entonces a dar clases durante algunos meses. Pero pronto se siente fatigado y su carácter se agria al ver que fracasan todas sus gestiones para obtener empleo. La publicación en la *Antología* de tres de sus diálogos que están allí fuera de lugar, da ocasión a un furioso ataque de Tommaseo. Pero ya la primavera viene nuevamente a aliviar su estado. Entabla relaciones amorosas con una culta dama que se complace en traducir a Cicerón: la condesa Teresa Garniani Malvezzi. Después de una breve estancia en Ravena, Leopardi acaba por ceder a las instancias de los suyos que le llaman a Recanati. Evidentemente dejaba con tristeza un lugar donde ha sido admirado y amado. Fobia de enfermo ante la perspectiva de un invierno tan riguroso como el anterior. Vuelve a partir para Bolonia el 23 de abril y encuentra de nuevo a su amiga Malvezzi... que no tarda en hacerle sentir que sus visitas son ya demasiado frecuentes... Y, una vez más, emprende el viaje a Florencia. Aquí Leopardi participa de las invitaciones que le procura la mundanidad literaria de Giordani. Pero se encuentra enfermo de los ojos y los dientes, y trabaja en un estado de depresión tal, que piensa en volver a Recanati para morir entre los suyos. Felizmente, los lu-

nes de Vieuſſeus (director de *La Antología*) le distraen, si no del sufrimiento, por lo menos de su delectación morbosa. En casa de Vieuſſeus, entabla amistad con Manzoni "bellísima alma y hombre buenísimo", escribe Leopardi a Stella.

Leopardi tiene ahora casi treinta años. Su filosofía, no ha cesado de oscilar entre lo que se ha llamado su "pesimismo histórico", es decir, el "optimismo" de Rousseau —una edad de oro y un hombre de oro corrompidos por la razón, o sea una naturaleza malévola y aun aparentemente hostil. Como todos los pesimismos, tal filosofía sólo puede conducir a una moral de compasión. Víctimas de una misma fatalidad hostil, lejos de acusar a las mezquinas circunstancias de nuestra desdicha y a nuestros compañeros tan desvalidos como nosotros, tendámonos las manos los unos a los otros, y, aun cuando la razón nos esté haciendo ver suficientemente cuán poco merece la vida ser vivida, impartámonos unos a otros afectuosa compañía para reconfortarnos, para ayudarnos a soportarla. Tal es la conclusión del admirable diálogo de "Plotino y Porfirio".

Los vientos invernales de Florencia espantan a Leopardi, que parte rumbo a Pisa: Cuando llega a esta ciudad, el 9 de noviembre, todo le complace, más que otra cosa la dulzura del clima. Acepta de buen grado la simpatía de los pisanos y sus invitaciones; no rehuye ni aun los homenajes de los estudiantes. En mayo, no obstante el trabajo que hace para Stella, da término a dos poemas, de los cuales el primero "Renacimiento" nos revela, con un ritmo insólito en Leopardi, el dichoso azoramiento del poeta ante el despertar de su sensibilidad y de su corazón tras un largo sonor de nueve años. El segundo poema, "A Silvia", dado a luz siete días después, o sea el 20 de abril de 1828, es una de sus obras maestras.

Pero la casona de Recanati era cada vez más lúgubre, y Giacomo tornaba a ella desarmado, sin dinero, y sin esperanza de que mejorase en lo sucesivo su situación económica.

El cálido estío retorna y hace cantar de nuevo al prisionero. Hacia mediados de junio de 1828, escribe el conmovedor "Gorrion Solitario" y "Los Recuerdos", tal vez el más perfecto de sus poemas. En el curso de este mismo mes de septiembre, escribe todavía dos pequeños poemas exquisitos: "La calma después de la Tempestad" y "Sábado de Pueblo", ambos contruidos de la misma manera: un espectáculo sonriente, una conclusión amarga. Y, poco tiempo después, da a luz el "Canto Nocturno de un Pastor Nómada de Asia", que juntamente con "Los Recuerdos", es su obra maestra por excelencia.

Leopardi abraza todavía una esperanza: recibir un premio de la Academia de la Crusca, premio al que parecía haberse hecho acreedor por sus "Diálogos". Pero la recompensa otorgada fue a Carlo Botta, por su "Historia de Italia". Coletta, muy llanamente, le ofrece entonces a Leopardi una modesta mensualidad, a título de préstamo colectivo suministrado por varios amigos.

Y el poeta, acepta. Sus fuerzas se hallan agotadas.

Sale de Recanati, el 30 de abril de 1830 por la mañana. En Florencia es acogido tiernamente. Se relaciona con el dulce filósofo suizo De Sinner, que llega a ser para Leopardi amigo dilectísimo. Mas esta tregua es ilusoria, pues los subsidios los había aceptado solamente porque estaba bien seguro de devolverlos con el producto de las cinco obras maestras que traía de Recanati. Ahora bien, Coletta entregó la obra al más moroso de los editores, y llevó tan mal el negocio que se fue al desastre. Cuando Leopardi consiguió pagar a sus amigos, se encontró sin recursos, y su amistad con Coletta, hombre chismoso y de una egolatría tan pavorosa como su egoísmo, se vino a tierra.

La amistad de Ranieri

Y he aquí que otro napolitano, joven de veinticuatro años, viene a invadir en este momento la vida del poeta: no lo dejará ya hasta su muerte: Antonio Ranieri.

Espantado por la desesperación y el acabamiento físico de Leopardi, Ranieri insiste en decirle que no le dejará volver a enterrarse vivo en el odioso Recanati. Reunirán sus fondos y harán vida en común. Leopardi, tuberculizado, escupía sangre. Ranieri no se contenta con corregir las pruebas; día y noche asiste al enfermo, llama a su cabecera a los mejores médicos. Y he aquí que complicaciones políticas y familiares convierten de pronto en el más rico, al más pobre de los dos amigos. Es precisamente en este momento cuando Leopardi se halla atormentado por una dolorosa pasión hacia la florentina Fanny Targioni Tozzetti. ¿Se complacería ésta en despertar en el poeta un amor que estaba decidida a no corresponder? ¿O es que pensó en utilizar como intermediario cerca del bello Ranieri al pobre enfermo, como al cabo lo hizo? Ni una ni otra cosa, sin duda, o todo ello, pero inconscientemente. Leopardi supo callar. Pero indudablemente fue en este momento cuando escribió la breve poesía titulada "A si mismo", que es toda un sollozo. Ranieri no tiene escrúpulo alguno en llevarse el enfermo a Roma, a donde le llama a él una pasión volcánica.

Por el mes de diciembre, Vieuſſeus anuncia a Giacomo que se le ha nombrado académico de Crusca. Pero he aquí que poco tiempo después aparecen, sin nombre de autor, los famosos diálogos de Monaldo Leopardi, padre del poeta, diálogos de los que Lammenais diría poco después que: "bajo una forma a veces groseramente burlesca, a veces ingenuamente atroz, estos diálogos resumen... el sistema entero del absolutismo". El 23 de mayo de 1832, el pobre Giacomo se ve precisado a desmentir en la "Antología" que él sea autor de estos diálogos, teniendo que justificarse al propio tiempo de esta aclaración con su padre. Entretanto, los dos amigos se han quedado sin recursos y Giacomo tiene que acudir a su padre.

Apenas llegado a Florencia, escribe "*El Pensamiento Dominante*" (*La Pensée Dominante*) "Como torre en una llanura solitaria, "gigantesca tú te yergues", dice a su amor. Un rumiar interior y la imagen obstinada de la hermosa Fanny, que lo ha seguido a Roma, más peligrosa que su presencia real en Florencia.

El 8 de julio se ve obligado, una vez más, a dirigirse a su padre; le suplica que le conceda una mensualidad fija de 12 escudos. El padre Monaldo le envía inmediatamente dos mensualidades, tomando estos dineros de sus economías secretas y recomendándole que, por cuanto a los envíos mensuales, se dirija a su madre.

La carta de Giacomo a su padre es una mezcla de miseria y vergüenza. La carta que envía a su madre es conmovedora también, pero cuán diferentemente. No es un vencido dirigiéndose a otro vencido. Es la petición o requerimiento de un empleado sin fortuna a un patrón un tanto sordido, para que convierta éste en "especies", la despesa y el alojamiento. Lenguaje tan mesurado tuvo el éxito apetecido.

Apareció por entonces un artículo alemán en que su pesimismo parece ser atribuido a su estado patológico. Y escribe, en francés, a su amigo De Sinner una famosa carta: "Tengo que protestar contra estas invenciones de la inconsciencia y la vulgaridad y pedir a mis lectores que traten de destruir mis observaciones y mis razonamientos, mejor que culpar a mis enfermedades". Y es lo que hace al escribir el diálogo de Tristán y un amigo.

El poeta anhela morir y se siente ya cerca del sepulcro; quiere hacer un himno a Ahriman, genio malévol que gobierna al mundo, pero no escribe sino cuatro versos, pues esa pasión devastadora que para él fue siempre el amor, le llena de una "fúnebre alegría", sentimiento que le es ya bien conocido. Escribe "El Amor y la Muerte", trasunto del dolor y del frenesí, de la rebelión y la resignación que en estos momentos se han cernido sobre él. Luego, durante una permanencia de Ranieri en Nápoles, Leopardi escribe "Consalvo". Antes de morir, Consalvo tiene el valor de declarar su amor a Elvira. ¡Consigue así un beso de la amada y muere satisfecho!

La primavera napolitana trae nuevamente para Leopardi, junto con la inspiración, los recuerdos cálidos de su pasión, la rabia de haberse visto desbancado por otro y, sobre todo, de haber podido doblegar su genio a una mujer de obtusa inteligencia, que bien le hizo sentir cuán lejos estaba de sus sueños. Es entonces cuando escribe "Aspasia", poema en el que revive toda la historia de su pasión por Fanny Frangioni Tozzetti.

Durante el invierno y la primavera del año de 1835, Leopardi escribe dos poesías: *Sobre un bajorrelieve fúnebre* y *La efigie de una mujer hermosa esculpida en su monumento funerario*; además, *Palinodio* sátira contra la moda invasora entonces de la economía política, de la industria y del estúpido orgullo de un siglo mediocre.

De mayo a junio dicta a Ranieri (pues está ya casi completamente ciego) su delicadísimo nocturno *Déclin de Lune*.

La muerte

Y parte para Capodimonte buscando las brisas frescas del mar. Pero, cuando apenas algunas lluvias han refrescado la atmósfera, Leopardi quiere volverse allá arriba. Tornamos a encontrarlo allá en agosto. El cólera ha estallado en Nápoles y el poeta no se atreve a entrar en la ciudad. Una hinchazón de la rodilla le preocupa. Tiene el presentimiento de su muerte próxima y así lo escribe a De Sinner.

El primero de febrero una bronquitis lo pone en cama. A mediados de mayo le sobreviene una crisis de asma y se cierne sobre él la amenaza de la definitiva ceguera. Su cuerpo se cubre de parásitos. Y, sin embargo, Leopardi teme aún la muerte. En cuanto sabe que el cólera ha disminuido en Nápoles, quiso volver allá, pero su estado empeoró enseguida. Retención de orina, opresión creciente. Se pospuso el viaje para el día 12, luego para el 14 de junio.

El 14, después de haber tomado dos o tres cucharadas de caldo, pidió helado de limón a Paolina, luego intentó volver a tomar el caldo, pero ya no pudo hacerlo. Dijo que no se sentía nada bien. Cuando Ranieri volvió a llevar al doctor, éste indicó que se requería, a toda prisa, un sacerdote. Entraron todos en alarma. Se le dio a oler un pomo de sales. Leopardi abrió anchos los ojos, miró fijamente a Ranieri y díjole, suspirando: "Ya no te veo"; y su respiración se detuvo repentinamente. El fraile agustino que llegó en este momento no tuvo ya ocasión sino de recitar las oraciones de los agonizantes.

A grandes penas—nos cuenta Ranieri—pudo ser librado el cadáver de ser sepultado en la fosa común en que se arrojaba a los muertos por la peste; se le colocó bajo un altar en la pequeña iglesia de San Vito; después en el vestíbulo de esta misma iglesia. Cuando, en el año de 1900, se hizo la exhumación, no se encontró ni siquiera el cráneo; además, el ataúd encontrado, era demasiado corto para contener el esqueleto—aun siendo éste tan pequeño—de Leopardi.

Algunos años más tarde, Ranieri publicó un libro, inexacto y mezquino, sobre sus siete años de vida común con uno de los más grandes poetas que han vivido jamás.

(*Les Nouvelles Littéraires*.—París).



Meditación del Impedido

Por FRANCISCO ICHASO

HE de seguir imaginándome a Mariátegui en su coche de paralítico, aquella tribuna rodante que pudo ser la burla plástica de su vida, pero que fue el *handicap* de su espíritu a una materia demasiado castigada—demasiado castigadora—que iba anticipando, con avara celeridad, su desmoronamiento.

Mariátegui y su coche—ese coche que remontó el Ande y viajó por todos los caminos de América, batiendo *records* de kilometraje y velocidad. Ese coche que dejó atrás el *Rolls* y el *Packard* del gamonal y el tirano y ha de aparecerse todavía, entre las nieblas de la sierra, como el carro de un nuevo profeta que dirá a la América las verdades que cercenó su marcha.

¿Quién recogerá la herencia de este coche que aprendió a transitar contra el *tránsito*, en sentido opuesto al que apunta el índice manchado del déspota? ¿Habrá quien siga remontando los cursos oficiales de la política americana en el coche de Mariátegui?

Invito a la meditación de Mariátegui y su coche. Meditación tranquila, sin gratuito desasosiego. Meditación del *impedido*.

¡Sublimidad de esta limitación! Mariátegui, inmóvil en su coche, conoció, con lucidez dolorosa, el verdadero valor del movimiento. Parejamente el drama de su parálisis le enseñó, con la dura lección de la necesidad, lo inútil del ademán y el aspaviento sin motivo. La vida no pudo brindarle esa voluptuosidad primaria del desperezo y el cómodo cambio de postura. El cuerpo le ascetizó el espíritu y le hizo ver toda la trascendencia de un vivir que no es girar sobre sí mismo, ni simular la marcha, sino moverse convulsivamente en la intimidad del ser, con toda la carga de la pasión y el pensamiento y con esa otra carga más triste de una carne macerada y unos huesos canijos.

Mas no pudo dejar de sentir su cuerpo retrasado la espuela del ansia. ¡Cuántas veces se vería asediado por el íntimo deseo de la lucha material, brazo con brazo! Pero hizo fuete de su voluntad para castigar las vehemencias inútiles y resolvió, por las vías de un pensamiento frío—de puro calecido—, sus nobles rebeldías.

Resolución heroica. Y por ello serena. Asistida de esa firmeza de los espíritus que saben su misión. Y así no fue Mariátegui ese americano más de los gestos esporádicos y los desahogos circunstanciales, del epifonema estéril y el afemi-

nado lamento. Fue el hombre de la organización mental, de las soluciones numéricas, de la estrategia revolucionaria. No llevó a su obra el drama íntimo de su vida. Sabía que el drama—y más en América—casi siempre es teatro y ruta de Narciso. Examinó el caso peruano—el caso americano—con pasión lúcida de médico, no con pasión turbia de enfermo.

Por la misma ascesis de su vida, no confluyó en esa literatura del odio, grata al revolucionario. Entre las amenazas, las persecuciones, los encarcelamientos y los destierros, dijo siempre Mariátegui su palabra serena y sustanciada, sin carga de rencor, lastrada sólo con esa justicia que desprecia el grito, porque toda ella es un clamor vivo.

Hombre apasionado—“mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones”, decía—no frecuente, sin embargo, el panfleto ni la proclama incendiaria. Su pasión,—a diferencia de la de Unamuno, con quien tuvo su espíritu algunos puntos de contacto, a cambio de numerosas diferencias—se tradujo siempre en un celo ferviente por sus ideas, no en el arranque lírico ni en la confesión sentimental. Dejó su pensamiento desnudo, como el maquinista que desarbola su motor para que pueda apreciarse la solidez de la estructura y la exactitud del mecanismo.

Mariátegui expuso sus ideas con ardor, pero fué el ardor luminoso de los reflectores, mejor que el ardor humoso de las teas. En América se hacía—se sigue haciendo—demasiado comunismo inconsulto; un comunismo que no pasó nunca por esa escuela de rigor y precisión, por esa apretada organización revolucionaria que es la obra de Marx. Mariátegui, revolucionario genuino, no podía seguir los mismos caminos fáciles y trunco de una demagogia parvular. Mariátegui arribó al Marxismo por los duros escarpes del análisis, la meditación y el estudio. Sus 7 *ensayos* bastan para que la literatura revolucionaria de América tenga bibliografía.

Entre una muchachada ansiosa, pero desorientada, que se atropellaba para no ir a parte alguna, Mariátegui guió serenamente su coche, uno de los pocos vehículos del pensamiento político americano que sabía a dónde ir y por dónde ir.

Mariátegui, “apresurándose lentamente” en su coche de paralítico, ¿no es acaso el símbolo de una nueva América que vencerá, no por el impulso ciego ni el movimiento improvisado, sino por el avance tenaz y progresivo, según el *tempo* y la norma marcados por aquel hombre, a quien le bastó la mínima posibilidad móvil de dos ruedas para escalar la última eminencia andina y plantar en ella la bandera de una nueva libertad?

Hagamos la meditación de Mariátegui y su coche. Meditación del *impedido*. Meditación del paralítico. ¿Paralítico? O paráclito ¿por qué no? Nunca la afinidad fonética de dos palabras me ha parecido tan íntima, tan sustancial. Mariátegui: paralítico: paráclito. Paráclito espíritu con cuya presencia y asistencia sigue contando América.

(De Sech.—Santiago de Chile).

La Poesía de Heredia en su Centenario

Por JOSÉ MARIA CHACON Y CALVO

EN 1925 se cumplieron cien años de la primera edición de las poesías de Heredia, que el propio poeta cuidó y dió a la imprenta en la ciudad de Nueva York. En 1939, el 12 de mayo, se conmemorará el centenario de la muerte del poeta, ocurrida en la ciudad de México, en medio de la más honda soledad. Entre aquella fecha de la edición *princeps* del poeta cubano y la de la muerte del gran contemplativo del Teocalli, se desenvuelven los episodios más tormentosos y dramáticos de una de las grandes vidas americanas. No es a esta vida, cuyos lineamientos tratamos de fijar en 1930, sino a la lírica del cantor del Niágara, a la que queremos consagrar estas páginas, que quieren contribuir a preparar el ambiente del próximo centenario, que no debe ser un centenario más, protocolario y externo, sino el homenaje de todo un pueblo a su poeta nacional.

Porque hay que partir de aquí para hablar del gran lírico. Una tradición que comienza en nuestra América en Andrés Bello, el patriarca de toda una literatura continental, y termina en Don Enrique José Varona, el maestro de las humanidades y de la libertad, considera la poesía de Heredia como fiel encarnación de los sentimientos, los anhelos más íntimos, los sueños y los ensueños de su pueblo. Una tarde, cuando visitaba a Enrique José Varona, en aquel año que señala una fecha esencial en nuestra dolorosa historia de pueblo libre —el año de 1930—, me dijo el escritor egregio: yo aprendí a sentir a Cuba no por sus filósofos, como Varela y Luz, ni por sus historiadores o estadistas, como José Antonio Saco, ni por sus mismos mártires de la libertad, como los precursores de nuestra independencia, sino por el poeta que antes de los veinticinco años había condensado en un libro—la edición de Nueva York—el alma en formación de su pueblo. Acerquémonos con espíritu reverente a una poesía que se relaciona de manera tan íntima con el proceso formativo de nuestra nacionalidad. Con espíritu reverente, sí, pero con el ánimo bien dispuesto para la indagación de los valores actuales de la poesía de Heredia, separándolos de los puramente históricos, circunstanciales o adventicios.

Poeta de época y de escuela —la época del liberalismo poético y la escuela pre-romántica—, hay en la obra de Heredia limitaciones propias de su tiempo y sus tendencias. Son dos mundos esencialmente distintos el de la poesía contemporánea y el de la poesía de Heredia. Pesaban sobre Heredia las tradiciones del siglo XVIII. Espíritu romántico, al menos de profundas aspiraciones románticas, no pudo romper —hubiera roto con su época— con los lazos de una poética externa y convencional. Poeta civil, de una poesía civil sin precedentes claros en la literatu-

ra de su tiempo, por lo vaga, imprecisa y apartada del procedimiento oratorio, está demasiado próximo y es demasiado fuerte el ejemplo de Quintana y aquella alta y legítima poesía, verdadera poesía civil interna, va a convertir en odas elocuentes, admirables por su valor patriótico, pero más cerca del mundo de la oratoria que del de la poesía.

Poeta lírico, profundamente lírico, dice de Heredia la generalidad de sus críticos. Buscad, no obstante, en él, lo que es la característica de la lírica actual: buscad la poesía interna, dejadme decir *pura* para recordar a Bremond, y os encontraréis frente a un poeta exterior, exterior en su erotismo, pues no pasa de un erotismo físico exterior —y hago abstracción del poeta civil interno— el Heredia de valor actual— exterior en sus odas patrióticas, por lo mismo que eran el producto de una necesidad política, por lo mismo que su fin era de total renovación política. Buscad también lo complejo de las emociones: encontraréis siempre una gran simplicidad psicológica. Buscad la tendencia discriminativa o el poder admirable de introspección que se observa en la poesía contemporánea: será vano vuestro intento.

Es necesario deslindar los dos mundos poéticos que viven en la obra de Heredia. Quien habla esta tarde desde esta tribuna del aire, que animan un ensayista brillantísimo como Miguel de Marcos, un filósofo artista como Bustamante y Montoro, y un fino espíritu como José Antonio Portuondo, ha consagrado largas páginas al problema de las influencias en la poesía de Heredia, con el fin de distinguir los valores actuales de los inactuales que hay en la lírica caudalosa del cantor del Niágara.

El proceso de las influencias puede resumirse en tres grandes momentos:

a) El de su primera estancia en México (época de formación y de influencias humanísticas).

b) El del estudio asiduo de los poetas salmantinos (este momento coexiste con el primero, pero se extiende a gran parte de la vida del poeta).

c) El del inicio de la tendencia romántica (culto al pseudo Ossian, traducciones e imitaciones de Byron, Millevoye y Lamartine).

A estos tres aspectos queda reducido el problema de las influencias. Si se logra su análisis, se habrá distinguido lo que hay de individual en Heredia de lo que es propio y privativo de su época; lo actual de su obra de lo inactual, y se habrá avalorado, desde una perspectiva histórica, su labor poética.

Hay una anécdota de la niñez de Heredia que explica toda una actitud inicial. Es la que cuenta el asombro de D. Francisco Javier Caro ante la facilidad de Heredia, niño entonces de 8 años, para traducir a Horacio y a otros poetas de la más pura latinidad. Este humanismo de la niñez, esta cuidadosa educación clásica, se afirman en un pasaje conmovedor de una carta de José Francisco Heredia, Regente de la Audiencia de Caracas y padre del gran poeta: "A José María

que estudie todos los días su lección de lógica y lea el capítulo del evangelio... y que repase... el *Arte Poético* de Horacio que le hice escribir y de Virgilio un pedazo todos los días y los tiempos y reglas del Arte". (Caracas, 25 de mayo de 1815). Este ambiente humanístico es el mismo en que ha de desenvolverse el poeta en sus años de adolescencia mexicana.

Durante el siglo XVIII fue el Virreinato de Nueva España el centro de la cultura clásica de América. Los ejercicios de versificación latina dejaron, en manos de los jesuitas Abad, Alegre y Landívar, de ser tales para convertirse en verdadera poesía, rica en la dicción, precisa y sobria en los conceptos y en uno de ellos, el autor de la *Rusticatio Mexicana*, de espléndido colorido, que ha pasado con toda su brillantez al más reciente de los poetas humanistas de México. Monseñor Pagaza, muerto en 1919, el insigne traductor del gran poema virgiliano de Landívar. La tradición de buenas humanidades persistía en el México de la guerra de independencia. Recorramos las páginas de la obra monumental *Antología del Centenario*, que publicó el Gobierno de México para conmemorar el Grito de Dolores, y a cada momento encontraremos traducciones latinas. No son aisladas, no son fragmentarias. En ocasiones un poeta civil como Quintana Roo (más interesante por su vida que por sus versos), al componer sus odas patrióticas aparece lleno de reminiscencias horacianas. Y Marcial, y Ovidio y Catulo, alcanzaron versiones más o menos imperfectas, y ampliándose el círculo, los acentos de profunda emoción lírica de Safo tienen un eco tenue en este coro de humanistas, poco o nada poetas, menos penetrados del espíritu antiguo que Abad y Alegre, pero estudiosos al fin de la tradición clásica.

El corte pseudo clásico de algunas composiciones de Heredia, por ejemplo *La Prenda de la Felicidad*, en versos sáfico-adónicos y encabezada con una cita de Ovidio, se explica perfectamente con esta influencia humanística de ambiente mexicano. De la misma manera que el erotismo exterior y la poesía social, utilitaria del cantor del Teocalli queda explicada por el grande y persistente influjo de los poetas salmantinos de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Si pudieran reducirse a precisas fórmulas las vicisitudes de una escuela, diría de la poesía salmantina de este tiempo, que presenta dos aspectos fundamentales: el erotismo exterior y el didactismo. Toda la rica variedad de matices y tendencias de Meléndez, de Jovellanos, de Cienfuegos, etc., puede concretarse en estas dos aspiraciones poéticas, que parecen dividir en dos épocas el desarrollo de la escuela. Meléndez Valdés representa la tendencia erótica; Jovellanos, el austero magistrado de la Ley Agraria, caracteriza perfectamente la aspiración didáctica. No he de insistir en el comentario de estas características indubitables. Bástenos observar que el didactismo se prolonga hasta entroncarse con la poesía quintanesca, gran intérprete de las ansias libertarias de su siglo.

Era de fines utilitarios: el poeta aparece saturado de preocupaciones sociales. Debía intervenir en los asuntos públicos; debía legislar; debía ser la encarnación del espíritu reformista. Jovellanos es el gran maestro de esta poesía. Una pragmática de Carlos III sobre el duelo le lleva a escribir *El delincuente honrado*; señalar los vicios de su patria, indicar sus remedios, son los propósitos de su *Sátira a Armesto*, "escrita desde el centro oscuro de su prisión"; una reforma literaria que obligue al poeta a "cantar los estragos del vicio y con rugiente voz descubrir a los míseros mortales sus apariencias engañosas" es la idea fundamental de la *carta a sus amigos de Salamanca*, mientras que una aspiración austera a la soledad, al recogimiento, producida por el desengaño de los favores del mundo, da ocasión a su *Epístola a Anfriso*, la de más alto pensamiento, impregnada de un suave tinte bucólico y con algo de aquel sereno estoicismo, expresado en forma precisa y utilitaria, que da vida imperecedera a la *Epístola Moral del Anónimo Sevillano*.

En Heredia hay estos mismos aspectos: no es sólo la influencia de éste o aquel autor; es la de toda una escuela, la de una tendencia estética. Cánovas del Castillo, advirtió ya, y nada menos que en 1851, en pleno dominio de la crítica retórica, que muchos de los versos de Heredia "parecen una carta amatoria en prosa". Nada más lejos de la poesía que estos versos de la *Inconstancia*:

Mas no mi oído
hiera jamás el nombre aborrecido
de mi rival ni de tu voz el eco
torne a rasgar la ensangrentada herida
de aqueste corazón; no a mirar vuelva
tu celeste ademán, ni aquellos ojos,
ni aquellos labios do letal ponzoña
ciego bebí.

Sigue Heredia el didactismo de la escuela en lo que tiene de poesía civil. Es la nota más duradera en el espíritu del poeta: a los 18 años se ensaya con unos versos a las libertades españolas (Odas a España libre, al Dos de Mayo) la política de Iturbide le hace poeta civil mexicano y escribe su *Oda a los habitantes del Anáhuac*, su destierro le torna en intérprete elocuente de las libertades de Cuba; el panhelenismo de Byron le hace breves momentos cantor de la independencia griega, las luchas de México vigorizan en él su espíritu de americanismo y escribe entonces su *Oda a Bolívar*. En todo momento es el poeta de la libertad, de la renovación política, del mejoramiento social. Sin la influencia precisa y directa de la escuela salmantina, no hay duda que este espíritu libertario se hubiera manifestado, pero no en forma concreta, no con aspiración utilitarista, no con procedimientos oratorios, sino como una manifestación lírica, vaga, imprecisa, del modo admirable de las estrofas patrióticas de la Canción del Niágara y de la serena Meditación en el Teocalli. La poesía civil externa se desenvuelve dentro de los límites de aquella escuela; la interna es

privativa de Heredia, la afirmación más vigorosa de la personalidad del poeta.

No consienten los límites de este comentario que ejemplifiquemos nuestro juicio. *La Oda a los habitantes del Anáhuac*, el largo poema *Las Sombras*, el mismo *Himno del Desterrado*, son muestras de la poesía oratoria de Heredia. No fue el énfasis de los menores defectos de nuestro autor; no lo fue tampoco en Cienfuegos, ni en Quintana, ni mucho menos en D. Juan Nicasio Gallego.

¿Y el romanticismo? Es mucho más vaga e imprecisa esta influencia. No cumplió Heredia con el programa de la escuela romántica, pero no hay duda que de su obra, como de la de Cienfuegos, brotan a raudales hechos e ideas precursores de esa revolución literaria. Fue su poesía —he de decirlo con la frase del caudaloso Menéndez y Pelayo— “como aurora tenue de una tendencia romántica, que se manifiesta en las traducciones e imitaciones de Ossian, de Byron, de Millevoye, de Lamartine. Quizá con Millevoye, el olvidado poeta de transición, haya relaciones no puramente incidentales. Hay en uno y en otro un estado espiritual semejante, que se traduce en una misma interpretación melancólica del mundo físico. Naturaleza poética superior la de Heredia, la penetración entre el mundo físico y nuestro mundo interior es mucho más intensa en su obra. Partía, no obstante, de la misma base, que la poesía de Millevoye, aunque ascendiera a cumbres poéticas a que nunca pudo llegar la Musa modesta, de cortas alas, del cantor de la *Caída de las Hojas*.”

Y ya tenemos frente a frente al Heredia de valor actual, al clásico por excelencia, de nuestra poesía. Excluidos quedan del cuadro de valores definitivos, su poesía erótica, su poesía civil externa: interesan para explicar su evolución, pero son circunstanciales en el arte legítimo de Heredia. Pesaron sobre el poeta tradiciones estéticas que nuestro gusto de hoy rechaza sin restricciones: la poética externa y convencional, el procedimiento oratorio de la mayor parte de sus composiciones civiles, el sentimentalismo, expresado en formas demasiado concretas y prosaicas. Pero había en él un ímpetu lírico, un ardimiento pasional, una visión tan penetrante de las realidades físicas, que el arte de Heredia —en aspectos muy fundamentales— resiste las mudanzas del gusto, traspasa los límites de una época y de un dogma literario, y es a los ojos del lector moderno, arte joven y nuevo, con valor clásico y actual, pródigo en emociones. Tres son las formas de este arte definitivo: la comprensión sintética de la naturaleza, el sentido espiritual del paisaje (recordemos la frase amielesca: en todo paisaje hay siempre un estado de conciencia) y la poesía civil interna.

En las composiciones descriptivas la percepción de la naturaleza es rápida y rica en amplitud; desaparece el procedimiento enumerativo y en rasgos firmes y precisos se destacan los conjuntos, presentados con serena majestad. Algo de señorial y pródigo hay en estas brillantes descripciones, en las que el rasgo aislado suele tener el valor de una síntesis completa.

Nada ¡oh! Niágara! falta a tu destino,
ni otra corona que el agreste pino,
a tu terrible majestad conviene.

Importancia más alta, esencialmente lírica, tienen los versos descriptivos: la identificación plena del poeta con la naturaleza, el secreto ritmo que se establece entre un ser interior y el de la realidad física. El sentido espiritual del paisaje es una de las notas definitivas de nuestro gran poeta nacional, y la Meditación en el Teocalli de Cholula, la composición típica de esta tendencia. Es la poesía de los grandes momentos interiores: la serenidad del ambiente tiene tintes melancólicos, en armonía plena, perfecta con los crepúsculos dolorosos del poeta expatriado:

Era la tarde: su ligera brisa
las alas en silencio ya plegaba
y entre la hierba y árboles dormía
mientras el ancho sol su disco hundía
detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,
cual disuelta en mar de oro, semejaba
arder en torno de él: un arco inmenso
que del empireo en el cénit finaba
como espléndido pórtico del cielo,
de luz vestido y centelleante gloria,
de sus últimos rayos recibía
los colores riquísimos. Su brillo
desfalleciendo fue: la blanca luna
y de Venus la estrella solitaria
en el cielo desierto se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
que la alma noche o el brillante día.
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!

¡Tal parece que la quietud de la tarde, aquella suspensión de la vida externa, aquel manso recogimiento de las cosas, restablecen en el espíritu de Heredia el orden, la interior armonía dándole algo de la serenidad clásica!

De este penetrante sentimiento de la naturaleza brota también la poesía civil interna de Heredia. Surge como recuerdo, como nota pasajera, como alusión momentánea: en realidad es el espíritu, la vida de la composición. ¡Cómo se olvidan en la canción al Niágara la riqueza de color, las maravillas de descripción sintética ante esta nota suave, melancólica, envuelta en vaporosos tintes de elegía:

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vida,
con inútil afán? Porque no miro
alrededor de tu caverna inmensa
las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
que en las llanuras de mi ardiente patria
nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
y al soplo de las brisas del océano
bajo un cielo purísimo se mecen.

Nunca hay en los versos de este tipo una aspiración política inmediata. Pero la visión de la patria, vaga y melancólica, penetra en ellos y se difunde. Por eso tienen un valor actual.

Poeta de la naturaleza, poeta civil —en sus dos manifestaciones— la esencia de su arte es el

sentimiento de la patria y el sentido de humanidad. Si hubiera en él tan sólo fuerza y color en las descripciones, o elocuencia enérgica en las poesías patrióticas, Heredia tendría un interés formal, pero no hubiera encarnado nuestras aspiraciones ni presentado las de un continente. Dió con el alma espiritual del paisaje, penetrado en ella, llegó a identificarse con el alma, a medio formar entonces, de nuestra patria, y apartada su vista de las cosas exteriores fueron borrándose los matices de la naturaleza física, y fue acentuándose cada vez más, para decirlo con la expresión de Hegel, el *imperio infinito del espíritu*.

(De *Revista Cubana*.—La Habana).

Chirico el Inventor

FRAGMENTO

P o r E M I L I A P R I E T O

CEZANNE, sumido en la religión del color y la forma, se planteaba con la mayor buena fe los más serios problemas. Buscaba una teoría de la relatividad dentro de sus mundos tratando de establecer verdaderas leyes de gravitación. Estudiando tendencias, ahondando en los límites en que las diferentes manifestaciones del arte se comunican y funden unas entre otras, su honestidad de esteta perseverante buscaba la sonoridad del color y tocaba los puntos en que por el camino de lo pictórico, la forma le iba tomando realidad escultórica y tridimensional. Pero en la intrascendencia de un anecdotismo siempre subordinado al color, su *Asesinato* nos deja tan desentendidos como si aquello ocurriera en los campos de la beatitud. Por eso es tan feliz en los *Bodegones* y *Naturalezas muertas*. Así en el *Rapto* nada ocurre a pesar de que las figuras cumplen, disciplinadamente con las fórmulas del caso, porque se trata de un pretexto de forma mediante el cual, las masas de dos cuerpos llenan un propósito pictórico únicamente.

Chirico es el caso inverso. Aún en sus bodegones y sus perspectivas metafísicas se percibe un doble filo. Véase *Galletas* y *Naturaleza muerta evangélica*. Se empeña en buscarle un fin particular a esa riqueza plástica que ha ido apuñando tras no menos hondas y constantes cavilaciones. Quiere canalizar, darle curso a la sobreexcitación de los místicos para que no sea infecundo el espasmo en que acostumbran caer con ángeles anacrónicos.

Entonces se vale de ese artefacto que es el monigote porque le servirá de personaje anónimo que caracterice, sin compromisos, en la difícil odisea de su regreso, nuevas pasiones, nuevos conflictos, nuevos aspectos del problema humano.

Si fuera un simple Cézanne evolucionado pudo llamar "masas" o "estudio" a las *Dos hermanas*, "hombres" o "monigotes" simplemente a los *Platónicos* o al *Poeta consolado por su musa*. Pero habría sido una irreparable catástrofe que pudiendo decir tanto con esos sagacísimos subtítulos, esas obras realizadas se hubieran perdido tontamente en un vano merodeo estético y se hubieran negado a la vital necesidad revisionista de la época.

El drama de sentimentalismo precario que se extingue en *El asesinato* por darle vida a una razón de forma, en el *Interior de un valle* hace su reaparición por el agujero de la ironía. Pero los colores, la composición y la armonía plástica son allí luz auroral que predicen el advenimiento de un nuevo modo de sentir.

Nacido en Volo en 1888, de padres italianos, vió la luz, puede decirse, en el puerto de Tesalia, que llamado antiguamente Pagasa, fue el punto de partida de los argonautas que emprendieron la conquista del Toisón de Oro.

Fracasa en la Academia de Atenas y en la de Munich luego. Pero de allí trae su devoción a Boecklin, el pintor simbolista, que dentro del utilitarismo del siglo XIX, crea un *Combate de Centauros* de línea sonora y épica. Va después a París donde lo descubre Apollinaire. De esta amistad hay un cuadro documentario —el retrato de Apollinaire, por Chirico.

Se dirige a Italia y deseoso de penetrar el misterio de su gran pintura copia a Rafael y a Miguel Angel. Algunos críticos creen ver en las obras del artista producidas bajo la influencia italiana una decadencia del espíritu chiriquesco. Pero ejercitado en una técnica que estudia dentro de sus más completos aspectos, reconquista nuevamente su propio mundo y el inventor —mejor armado— actúa luego más libre y seguro. Con su instalación definitiva en París termina el recorrido biográfico de este gran artista contemporáneo, que habiendo logrado establecer un balance entre el fondo y la forma, entre el sentido y la manera de expresión abre el campo vastísimo de insospechadas posibilidades especulativas.

(De *Repertorio Americano*.—Costa Rica).



X—E—X—X—

1170 KILOCICLOS

LA OBRA DE EXTENSION UNIVERSITARIA POR RADIO

La voz de la Universidad:

La Universidad Nacional Autónoma de México ha querido acendrar progresivamente su obra de extensión cultural por medio del radio, como se advertirá por la serie de nuevas transmisiones que han venido a enriquecer el programa general de trabajos de la Estación X.E.X.X. con un claro sentido de unidad y distinción auténticamente universitarias.

Desde luego, a horas fijas (dos y tres cuartos de la tarde, ocho de la noche y al final de las transmisiones nocturnas, hacia las once), difúndese la voz oficial de la Universidad, en mensajes de acercamiento a todas las clases sociales, mensajes en que se exponen las ideas de nuestro Instituto respecto a los grandes problemas nacionales e internacionales contemporáneos. Estos mensajes se difunden bajo el rubro elocuente, que es el lema de la gran Casa de Estudios mexicana: "Por mi Raza hablará el Espíritu".

La voz de los estudiantes:

En el variado concierto de las voces radio-universitarias, no podía faltar la voz del estudiantado. "La Casa de la Troya" es el programa transmitido a las siete y media de la noche, pleno de la algarabía y el entusiasmo de la juventud: músicas optimistas, concursos de estímulo cultural, disertaciones, charlas, transmisiones a control remoto desde los típicos cafés estudiantiles: toda la inquietud de las generaciones nuevas es reflejada por estos conciertos de estudiantes, para cuya mejor organización se han formado comités promotores en las diversas Facultades y Escuelas.

Para los trabajadores:

La hora siguiente: las ocho de la noche, está dedicada a los trabajadores, cuyo programa se integra con música popular, consultas sobre Derecho Obrero, Higiene, cuestiones sindicales; biografías y lecturas tonificantes; bolsas de trabajo; informaciones culturales y deportivas, etc. La Universidad, consciente de sus hondos deberes hacia el proletariado, se esforzará en hacer cada día más útil y amena esta transmisión, que juzga una de las actividades importantísimas en su programa de extensión universitaria por radio.

La voz de los maestros:

El auditorio de la Estación X.E.X.X. estará en contacto con los hombres de ciencia y estudio más destacados en el ambiente profesional mexicano, que sirven cátedras universitarias. Diariamente, a las ocho y tres cuartos de la noche, excepto los domingos, disertan ante el micrófono de la Radio-Universidad Nacional, sobre los más variados tópicos de su especialidad, los pensadores, médicos, abogados, lingüistas, historiógrafos, sociólogos de mayor prestigio en la República. Es esta la epifanía luminosa, tangible, de la libertad de pensamiento que tan esforzadamente ha venido sustentando y defendiendo nuestra Casa. Por lo demás, estas transmisiones constituyen una novedosa conquista de la cultura sobre el ambiente radiofónico, y lo dignifican.

Cursos radiofónicos:

A reserva de ampliar este aspecto educativo del Departamento de Acción Social, por medio de la radio-difusión, a la fecha se imparten los siguientes cursos radiofónicos: de idiomas extranjeros, a las siete de la noche; de problemas sociales y económicos, a las siete y tres cuartos de la noche; de cuestiones estéticas y literarias, a las diez de la noche.

En esta misma línea de actividades educativas, figura, a las nueve de la noche, la DENUNCIA DE DISPARATES gramaticales, por la pureza del idioma, y a las diez y veinte, la consulta sistemática del diccionario, para el enriquecimiento del léxico. Pronto serán implantadas otras secciones permanentes en este aspecto cultural y educativo de X.E.X.X.

La mejor música. Lecturas selectas:

La Estación de Radio de la Universidad tiene especial empeño en distinguirse por la calidad de su música; a este respecto, los programas han sido ordenados con un propósito rigurosamente educativo y con miras al saneamiento del gusto popular. No se excluye la música popular, con tal de que sea auténtica y nos lleve al conocimiento del alma de los pueblos; pero se proscribire la música vulgar y comercial. En cuanto a la música de los grandes maestros, la Estación X.E.X.X. tiene establecidos, permanentes e invariables, dos conciertos con la mejor música de la humanidad: de las dos a las tres y media de la tarde, y de las nueve a las diez de la noche. Quien con su buen gusto musical acredite la distinción de su espíritu, puede sintonizar a esas horas su aparato en 1,170 kilociclos, seguro de encontrar el alto mensaje que busca. Las obras musicales están precedidas de breves explicaciones que sitúan el valor y la historia de lo que en seguida ha de oírse. Por otra parte, al medio día, al concluir la transmisión completa de una obra, se da lugar a breves lecturas de las páginas inmortales de la Literatura Universal, se recomienda la lectura de los libros capitales de la cultura humana y se dan a conocer las ediciones de la Universidad; actividad ésta que se repite indistintamente en las transmisiones del día, pero de modo fijo, a las diez de la noche.

La voz de España:

Por cortesía del Dr. Tomás Perrín, la Universidad Nacional podrá hacer que se oiga la voz de los más altos ingenios españoles, X.E.X.X. difundirá todos los jueves, a partir del 7 de octubre, hasta el fin del año, a las nueve de la noche, unos programas extraordinarios con el rubro: Voces de España. El auditorio de México oír la voz auténtica de Unamuno, Pío Baroja, Menéndez Pidal, Azorín, etc. La presentación será hecha por algún intelectual mexicano de altura y el ciclo será precedido por unas palabras del señor Rector de la Universidad. Los programas serán ilustrados con música española de calidad. El Departamento de Acción Social distribuirá oportunamente unos memorándum con el orden preciso a que estas transmisiones se sujetarán.



ODOL blanquea, limpia y pule la dentadura.

ODOL estimula y mantiene sanas las encías.

ODOL neutraliza los ácidos de la cavidad bucal.

ODOL purifica el aliento y provoca una deliciosa

SENSACION DE FRESCURA.

